



se

Sombra de
luz

Sombra de vampiro, libro 4

BELLA FORR Lectulandia

Una revuelta entre los humanos. El puerto sitiado. Un reino al borde de la guerra civil que además debe enfrentarse a la amenaza de un ataque de fuerzas externas en cualquier momento.

Desde la implosión en El Oasis y la estancia de Derek en el cuartel general Halcón, La Sombra ha caído en el caos más absoluto. Para empeorar aún más las cosas, los ciudadanos del reino de Derek han comenzado a desconfiar de su lealtad y lo acusan de ponerse de parte del enemigo... En un momento en que Derek necesita desesperadamente la cooperación total de sus súbditos, estos desean llevar a su propio rey a juicio.

Mientras tanto, Sofía se ha convertido en rehén de los cazadores. Están decididos a librarla de su enamoramiento del vampiro. Sofía somete a la estricta rutina y entrenamiento que le imponen, pero lo único que le permite seguir adelante es el pensamiento de reunirse con Derek, algo contra lo que Reuben luchará con cada fibra de su ser para que nunca ocurra.

... Hasta que un día parece que Reuben cambia de idea sin razón aparente y se reúne con Sofía con una propuesta, una solución que ella nunca pensó que fuera posible. Una solución que colma los deseos más recónditos de su corazón y asegura un futuro juntos para Derek y Sofía, para siempre. Pero ¿puede confiar realmente en este hombre cuyo odio hacia los vampiros es conocido por todos? ¿Tiene Sofía alguna otra opción?

Lectulandia

Bella Forrest

Sombra de luz

Sombra de vampiro - 4

ePub r1.0

Titivillus 03.01.2018

Título original: *A Shadow of Light*
Bella Forrest, 2016
Diseño de cubierta: Sarah Hansen

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo: Sofía

—¡Voy a matarlo!

Nunca me había sentido tan frustrada como cuando conocí a Aiden Claremont durante una excavación de un mes en lo más recóndito de la selva cubana. Desde el día que llegamos, demostró ser el hombre más molesto, arrogante y engreído que jamás haya caminado sobre la faz de la Tierra, y el hecho de que anduviera tras el orbe rojo, *mi* artefacto, era tan solo uno de los muchos motivos que lo convertían en un imbécil a mis ojos.

—¿Cómo se atreve? —Estaba tan enfadada que echaba humo por las orejas.

—¿Qué es lo que te altera tanto, Camilla? —me preguntó mi asistente y mejor amiga, Amelia Hudson, mientras levantaba sus gafas de montura negra sobre el puente de su nariz.

—Ese hombre irritante, pomposo, egocéntrico... —Busqué en mi mente una palabra lo suficientemente fuerte para describir a Aiden Claremont y fallé miserablemente, así que terminé con un simple— idiota.

Amelia sofocó una risita. Se puso de pie y se acercó a uno de los extremos de nuestra tienda para hacer una taza de café.

—¿Qué pasó esta vez?

Crucé los brazos sobre mi pecho, sin ningunas ganas de contarle a mi mejor amiga el motivo de mi ira.

Amelia terminó de hacer el café y se dejó caer sobre un saco de frijoles que habíamos traído. Tomó un sorbo de café y me arqueó una ceja.

—¿Y bien?

—No quiero responder a tu pregunta.

—Te estás comportando como una niña, Cam. ¿Qué pasa?

—¡Lo odio!

—Sí. Lo has dejado muy claro desde el momento que pusiste los ojos en Aiden y, sin embargo, ¡parece que no hablas más que de él!

—Eso es porque, si no me desahogo, le rompería el cuello.

—De acuerdo. No olvides la última vez que...

—Cállate, Amelia. —La miré fijamente, sabiendo muy bien qué episodio iba a señalar. Fue una de esas noches frías en nuestro campamento y, por alguna razón, Aiden decidió hacernos una visita. Estábamos frente a la fogata y fue todo lo agradable que un idiota como él podía llegar a ser. Terminamos a solas, ya que todos los demás se retiraron a sus tiendas para descansar. Me ofreció su chaqueta cuando se dio cuenta de que yo estaba temblando. La rechacé, pero él insistió. Ni siquiera recordaba nuestra conversación de aquella noche, pero de alguna manera terminó

cuando él me besó. Cuando nuestros labios se separaron, hice un movimiento para darle una bofetada en la cara, pero él atrapó mi brazo, así que intenté abofetearlo con la otra mano, pero también me la sujetó. Mientras me agarraba las dos manos, me besó una vez más. Me resistí hasta que me descubrí entregándome.

Tal vez era por eso por lo que lo odiaba tanto, porque cuando estaba cerca de él, por mucho que lo intentara, se derrumbaban todas mis defensas. Aiden Claremont me hacía sentir vulnerable y, sin embargo, protegida al mismo tiempo. No estaba acostumbrada a esa sensación. Aquello me asustaba.

Amelia no pudo evitar esbozar una sonrisa burlona.

—¿Cuándo vas a admitirlo, Camilla? Estás loca por él.

—Eso no es cierto.

—Sigue mintiéndote.

—Encontró el orbe. Están levantando el campamento ahora mismo.

—¿Qué? —Amelia escupió el café—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Me encorvé, desalentada.

—No lo sé.

Todavía recordaba el destello de diversión en sus ojos mientras me guiñaba un ojo y me decía:

—Me parece que he ganado, Camilla. No te preocupes... Estoy seguro de que la próxima vez serás una rival mejor.

«*Con todo el descaro*».

A decir verdad, no estaba segura de qué me frustraba más: que hubiera encontrado el artefacto primero o que nunca lo volvería a ver.

—¿Qué quiere decir con que otra persona lo encontró?

No pude mirar al Sr. Banks a los ojos. Era un coleccionista privado que me había contratado con el fin de encontrar el orbe rojo. Estaba muy entusiasmado con el artefacto, y me contó los rumores que había sobre sus poderes oscuros y misteriosos. Al ser una arqueóloga con un profundo amor por la aventura, no había podido resistir la tentación de una expedición con todos los gastos pagados que me conduciría hasta una baratija que probablemente valdría menos que el costo de la aventura.

Yo no creía en la magia ni en los vampiros, ni siquiera en las supersticiones. Solo deseaba alejarme de los museos y de los laboratorios, y salir al campo. No había oído hablar de este artefacto en particular, así que se trataba de descubrir algo nuevo.

Sin embargo, también era escéptica con respecto a la expedición. Se decía que el Sr. Banks era un hombre con el que era difícil trabajar. Quería lograr resultados por su inversión y se sabía que tenía mal carácter cuando no conseguía lo que quería.

Por eso, mientras estaba sentada frente a él en uno de los sofás de la sala de estar de su oficina, intentaba desesperadamente averiguar cómo iba a explicarle que otro había llegado al orbe antes que yo.

—Había otro equipo excavando en el yacimiento. También buscaban el orbe.

—¿Y quién, si se puede saber, está a cargo de este otro equipo?

Su nombre me dejó un sabor amargo en la boca.

—Aiden Claremont.

La cara vieja y arrugada del Sr. Banks se retorció por la sorpresa.

—¿Aiden Claremont? ¿Para qué puede querer un tipo como él un artefacto como ese?

Fruncí el ceño, alzando los ojos para encontrarme con los suyos por primera vez.

—¿Lo conoce?

—Por supuesto que lo conozco. —El hombre me miraba como si hubiera vivido en otro planeta toda mi vida—. Es uno de los multimillonarios más jóvenes del mundo. Es el propietario de uno de los mayores conglomerados de empresas de seguridad de los Estados Unidos. ¿Nunca había oído hablar de él?

Sacudí la cabeza.

—Es difícil conocer a gente como esa cuando te pasas todo el día dentro de bibliotecas y museos.

El Sr. Banks me miró con ojos entrecerrados.

—Bien, teníamos un acuerdo, señorita Saunders. Yo pago la excavación y usted me consigue el orbe. A menos que me entregue el orbe rojo, le voy a pedir que me devuelva todo lo que pagué por su expedición.

Me aferré a los reposabrazos del asiento. No me podía permitir desprenderme de esa cantidad de dinero.

—¿Pero cómo...? ¿Dónde voy a conseguir todo ese dinero?

—Tendrá que apañárselas. Le voy a dar un mes, señorita Saunders.

Seguía dando vueltas en la cabeza al ultimátum del Sr. Banks cuando regresé al apartamento que compartía con Amelia. Nada más llegar me lanzó una almohada.

—¿Nunca adivinarás quién acaba de llamar! —exclamó.

—No estoy de humor para adivinanzas. —Fui directamente a la nevera para tomar la limonada rosa que había preparado ese mismo día—. Me duele la cabeza.

—¿Qué ocurrió?

—No quiero hablar de ello.

—Está bien. Bueno, te alegrará saber que el amor de tu vida, Aiden Claremont, acaba de llamar. Desea reunirse contigo para cenar esta noche.

Me atraganté con la limonada, y a Amelia le pareció divertidísimo, sobre todo después de tomar una foto de la escena con su cámara Polaroid.

—¿Sabía que tu reacción a la noticia sería valiosísima!

—¿Por qué querrá quedar conmigo para cenar? —pregunté, sintiendo cómo se sonrojaban mis mejillas ante la perspectiva de volverlo a ver. Me habría abofeteado a mí misma por actuar como una adolescente estúpida.

—¿Cómo se supone que voy a saberlo? —Amelia se encogió de hombros—. ¡Oh, Dios mío, Cam! ¿Te estás ruborizando?

—¡No! —pero sí me había sonrojado.

Revisé mi aspecto en el espejo de cuerpo entero de la sala de estar por centésima vez. No entendía por qué me importaba tanto lo que pensara de mí. Me recordé a mí misma que lo odiaba, que era un arrogante, pomposo y engreído, un “idiota”, pero me estaba engañando y lo sabía. Aiden Claremont era exactamente mi media naranja.

«Además, tiene el orbe rojo. Por supuesto que lo encuentro atractivo» —me dije mientras me alisaba la cintura con las palmas de las manos. Yo no era exactamente el tipo de chica que uno vería en una revista, con una figura alta y delgada. Era de constitución más atlética, sobre todo debido al tipo de trabajo que hacía. Sin embargo, sabía que era hermosa. Mirándome fijamente en el espejo, contemplando lo que los demás a menudo llamaban mis atractivos, una sensación nauseabunda y familiar se apoderó de mí.

Por toda la gloria del mundo, la belleza era una mercancía por la que tuve que pagar un alto precio. Los recuerdos largamente enterrados de mi pasado comenzaron a atormentarme y tuve que aferrarme a una silla cercana.

—Impresionante, Cam. —Amelia salió de su dormitorio—. ¿Estás bien? ¿Nerviosa por la cita?

—No es una cita.

—Ya, ya. Dentro de nada estaréis fabricando un buen puñado de Aidens y Camillas.

La idea me repugnaba.

—No, nunca. Recuerda mis palabras, Amelia. Nunca tendré hijos, ni de él ni de ningún otro.

Jamás olvidaría el aspecto de Aiden aquella noche, con esa camisa blanca perfecta, esos *jeans* de corte recto, esos brillantes zapatos negros. Esa sonrisa, esa mirada en sus ojos cuando los posó en mí por primera vez, como si yo fuera la mujer más hermosa de la sala.

—Hola, preciosa —me saludó con una amplia sonrisa.

Le fruncí el ceño, tratando desesperadamente de mantener altas mis defensas, temerosa de lo que pasaría cuando inevitablemente se derrumbaran, a tenor de lo encantador que estaba siendo conmigo.

—¿Podríamos ir directamente al grano, Claremont? ¿Por qué me pediste que me reuniera contigo?

—¿Ir al grano, Camilla? ¿Por eso te has puesto máscara para resaltar esas largas y hermosas pestañas tuyas? ¿Por eso vienes tan elegante y tienes un aspecto increíble esta noche? —me dijo con ojos entornados—. ¿Te vestiste así solo para que pudiéramos hablar de negocios?

—Mi aspecto y mi forma de vestir no son de tu incumbencia, Claremont. —Me revolví en el asiento, con la esperanza de que la voz no me fallara—. Quiero el orbe

rojo. ¿Qué tengo que hacer para conseguirlo?

Esa exasperante sonrisa de satisfacción se formó en sus labios.

—No lo sé. ¿Qué estás dispuesta a hacer para conseguirlo?

Casi esperaba que su ego hiciera explotar su cabeza. Molesta, di un gran suspiro y me levanté.

—Esto es una enorme pérdida de tiempo.

—No, espera. —Puso una mano sobre mi hombro—. Lo siento. Intentémoslo de nuevo.

Lo miré a los ojos y vi sinceridad.

—¿Intentar de nuevo *qué*?

—Intentar mantener una conversación civilizada, Cam. Prometo ser menos idiota.

—Levantó una mano en el aire para hacer oficial su promesa—. Escúchame.

Mantuve mis ojos fijos en él mientras me volvía a sentar lentamente en la silla.

—No me vengas con más tonterías de las tuyas, Claremont —advertí.

—Ni una más. —Se volvió a sentar y se aclaró la garganta.

Me preguntó si deberíamos pedir la cena primero y yo asentí. Pedimos nuestros platos, una experiencia bastante incómoda, antes de que, una vez más, le reclamara con la mirada algún tipo de explicación para nuestro encuentro.

Cuando el camarero se marchó, Aiden respiró profundamente.

—¿Así que realmente quieres el orbe rojo?

—Ya te lo dije.

—Te lo daré.

Arqueé las cejas con extrañeza.

—¿Así, sin más?

Él asintió lentamente.

—Sí. Así, sin más.

—Eso no tiene sentido. Estas últimas semanas has estado volviéndome loca intentando hacerte con ese artefacto. ¿Y ahora simplemente me lo das?

—Bueno, en primer lugar, tienes que admitir que la competencia hizo que la excavación fuera mucho más divertida. Jugar contigo fue lo más emocionante de toda la expedición. Tu reacción me dio mucha más satisfacción que conseguir el orbe —admitió riendo entre dientes.

—Me alegra que te divirtieras. —Fingí sentirme molesta, a pesar de que una sonrisa amenazaba con formarse en mis labios mientras me venían a la cabeza los recuerdos de todas las discusiones y bromas ingeniosas que habíamos intercambiado.

—Mira. —Ladeó la cabeza ligeramente—. Soy una persona que sabe lo que quiere. Viajé a Cuba porque quería el orbe y lo conseguí, pero me di cuenta de que hay algo que deseo más que el orbe.

Tenía miedo de preguntar, pero las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

—Y ¿qué es?

—Tú, Camilla.

Esa fue la primera de las muchas citas que vinieron a continuación después de regresar a Estados Unidos. Me enamoré de Aiden Claremont y, cuando me propuso matrimonio después de varias semanas de noviazgo, no pude decir que no.

A decir verdad, estaba aterrorizada. Durante el tiempo que fuimos novios, nunca tuvimos relaciones íntimas. Le dije que quería esperar hasta el matrimonio y él lo respetó. Que acatara mi decisión de esperar me suscitó aún más admiración hacia él, pero también me hizo temer la noche en que tendría que compartir mi intimidad con él.

La noche de bodas deseé desesperadamente complacerlo, ser la novia ruborizada ansiosa por compartir la cama con su marido cariñoso, pero por mucho que traté de disfrutar cuando me tocaba, no pude. Fingí por él, pero, en cuanto se quedó dormido acunándome en sus brazos, estallé en lágrimas.

Mi pasado me había herido demasiado para disfrutar de tales placeres.

Por supuesto, Aiden no era ningún tonto. Sabía que algo iba mal. Se dio cuenta varias veces, cuando me cerraba en banda cada vez que intentaba hacer el amor conmigo, pero yo siempre evitaba responder a sus preguntas sobre ese asunto. Mi pasado era mi propia pesadilla con la que yo tenía que vivir. No era necesario que él compartiera la carga.

Los primeros meses de nuestro matrimonio fueron los mejores meses de mi vida. Aiden era todo lo que podía pedir en un hombre. Era cariñoso y afectuoso. Me hizo querer ser la mejor persona posible para él. Yo estaba satisfecha, pero sabía que él no lo estaba, o al menos no lo estaría por mucho tiempo.

Cada vez que sacaba a colación el tema de los niños, yo lo esquivaba. No quería que supiera que nunca había querido tener hijos. Seguí tomando pastillas anticonceptivas sin su conocimiento, y por eso me llevé una sorpresa increíble cuando, varios meses después de nuestra luna de miel, me quedé embarazada. Me habría abofeteado a mí misma por permitir que Aiden viniera conmigo al chequeo médico. Si no hubiera estado allí, si no hubiera visto la alegría en sus ojos cuando se enteró, si no hubiera visto por mí misma cuánta alegría le proporcionaría llevando a su hijo dentro de mí, habría abortado inmediatamente. Sofía nunca habría nacido.

El día que nació nuestra hija supe, por la forma en que Aiden la contemplaba, que acababa de perderlo. Ya no poseía todo su corazón. Sofía acababa de arrebatarme un gran pedazo.

Mi hija creció más y más hermosa cada año. Era muy preciada para mí, porque sabía que era muy preciada para él. Sin embargo, estaba aterrorizada. A pesar de que Aiden siguió siendo un marido maravilloso, y aunque todavía me miraba de la misma forma que me había mirado en nuestra primera cita, no quería que amara a Sofía más que a mí.

Tenía miedo de que me abandonara. Cada salida de padre e hija me producía una desesperación que Aiden jamás pudo comprender. Nunca me sentí más débil que cuando Aiden pasaba algún tiempo a solas con Sofía, un tiempo que yo estaba convencida de que me pertenecía. Habría preferido tener a Sofía para mí sola que dejarla estar con su padre. Aiden lo malinterpretó y creyó que estaba siendo egoísta con Sofía, y a menudo se burlaba de mí, pero en realidad estaba siendo egoísta con él.

Empecé a obsesionarme con el hombre que amaba y, con los años, comencé a notar pequeñas cosas de él que me convencieron de que acabaría por dejarme. Sofía, después de todo, era la única chica que necesitaba en su vida. Ella había ocupado mi lugar.

Comencé a percatarme de las conversaciones telefónicas en voz baja de Aiden, sus prolongados viajes fuera de la ciudad y sus horas extra en el trabajo. Estas cosas eran normales para él, teniendo en cuenta las exigencias de su trabajo, pero a medida que pasaba el tiempo, me fui convenciendo de que tenía una aventura. Traté de persuadirme de que solo estaba comportándome como una paranoica, pero no pude evitarlo. Una noche, cuando Sofía tenía nueve años y ya la había acostado, escuché una conversación que Aiden estaba manteniendo por teléfono.

Hablaba en susurros.

—Los vampiros Maslen están ganando poder. No podemos permitirlo. —Un puñado de maldiciones escaparon de sus labios—. Maldita sea. Rastréalo. Borys Maslen fue visto por última vez en Egipto. Encuéntralo y destrúyelo.

El primer pensamiento que me vino a la cabeza fue:

«*Aiden se ha vuelto loco. ¿Cómo puede nadie en su sano juicio creer en vampiros?*».

Pero conocía bien a Aiden. Era quizás el hombre más inteligente y racional que jamás había tenido el placer de conocer. Cuando se trataba de trabajo, no era de los que creían en cualquier tontería.

Intenté disculpar lo que había oído razonando que tal vez Aiden estaba hablando en una especie de código corporativo. Tal vez "vampiros" era simplemente una palabra en clave para hablar de la competencia.

No supe cómo ocurrió, pero se convirtió en una obsesión. Por mucho que lo odiara, comencé a espiar las conversaciones de Aiden sobre vampiros, Egipto y los Maslen. Llegó un momento en que no pude soportarlo más. Empecé a investigar. Me puse en contacto con viejos amigos míos bibliotecarios y les dije que estaba interesada en todo lo que supieran sobre vampiros. Como excusa, les expliqué que quería escribir una novela.

Este interés recién descubierto no era algo que pudiera ocultar a mi marido, así que, cuando me preguntó directamente por ello, ya tenía una respuesta preparada.

—Yo creo que existen. ¿Tú no?

Esperaba que él mintiera, que se riera de mí y me dijera que me estaba comportando como una loca, pero no. Tomó uno de los libros que yo estaba leyendo

y se dispuso a hojearlo.

—Por supuesto que existen.

Lo miré entornando los ojos.

—Tú... Aiden Claremont... ¿De verdad crees en vampiros?

Él se encogió de hombros mientras devolvía el libro que estaba hojando a mi escritorio.

—Después de una década de matrimonio, mi encantadora Camilla, todavía hay muchísimas cosas que desconoces de mí.

—Cuéntame.

—No sé si debo, Cam. ¿Por qué te interesan tanto de repente?

—¿Cómo podrían no interesarme? —Me encogí de hombros—. Son fascinantes, y ahora me dices que de verdad crees en ellos. ¿Puedes culparme por estar intrigada?

Esperaba alguna ocurrencia sobre lo mucho que le gustaba mi lado aventurero. En lugar de eso, se limitó a sacudir la cabeza.

—No hay nada fascinante en los vampiros, Cam. Son las criaturas más viles que caminan sobre la faz de la Tierra. Poderosos pero malvados más allá de lo imaginable... Mantente alejada de ellos.

Su advertencia solo sirvió para azuzar mi curiosidad. Comencé a interrogar a Aiden sobre lo que sabía acerca de los vampiros y por qué demonios sabía tanto sobre ellos. Me contó de buena gana lo que sabía, pero siempre guardó silencio sobre cómo lo sabía. Odiaba que me ocultara cosas. Me hacía sentir traicionada, porque me había casado con un hombre que tenía esta conexión misteriosa y secreta con vampiros de la que nunca me había hablado, pero no se lo dije.

Llegó un momento en que se irritó por todas las preguntas que hacía sobre aquellos seres. Odiaba sobre todo que los mencionara en presencia de Sofía.

—Cam, te lo advierto. No quiero que Sofía se vea jamás expuesta a esos monstruos. Ni siquiera quiero que sepa que existen. Si pudiera, destruiría todo lo que hay en este mundo que pudiera apuntar hacia la existencia de esas criaturas. Haría todo lo humanamente posible para mantener a nuestra hija alejada de ellos.

En ese momento, apenas entendía lo que decía Aiden. No lograba comprender su odio hacia los vampiros o por qué era tan inflexible con respecto a mantener a su familia alejada de esas criaturas. Siempre que pensaba en vampiros, en lo único que podía pensar era en el poder que tenía su especie. Deseaba ese poder.

Comencé a preguntarle acerca de cómo encontrar vampiros, cómo localizarlos. En los momentos en que obviamente no quería hablar de ellos, utilizaba mi encanto y, por lo general, después de acostarnos juntos me complacía y respondía a mis preguntas.

Tal vez no me diera cuenta en un primer momento, pero vi en los vampiros la posibilidad de escapar de la desesperación provocada por el nacimiento de mi hija. Estaba cansada de sentirme tan impotente frente a la angustia y los miedos, y la fascinación que sentía por aquellas oscuras criaturas misteriosas comenzó a

consumirme.

Cuando me pareció que estaba lista para cazar a un vampiro, le pregunté a Aiden si podía volver a trabajar como arqueóloga. Por supuesto, él no se negó a esta petición. Incluso me alentó.

—Me preguntaba cuándo volverías a ceder a esa vena aventurera que sé que tienes —dijo mientras me besaba en la frente—. Tal vez así pensarás menos en vampiros y más en arqueología. —Parecía muy contento cuando me tomó en sus brazos y me besó.

Me di cuenta de que mi amor por él era la razón por la que yo era tan débil.

Dos semanas después de aquello, partí hacia mi primera aventura en años. Mi destino, por supuesto, era Egipto.

Estaba decidida a no salir de Egipto hasta que averiguara si Borys Maslen era lo que yo sospechaba: un vampiro. Me tomó un par de semanas de excavación y rastreo, siguiendo los consejos y trucos que había aprendido para localizar vampiros, antes de que el hombre que estaba buscando viniera a mí.

Era medianoche y acababa de meterme en la cama cuando una mano me tapó la boca y el peso de un hombre cayó sobre mí. Al principio pensé que estaba a punto de violarme, pero cuando vi los colmillos, mis emociones pasaron del terror a la fascinación.

—Sé que me has estado buscando, mujer —siseó en mi oído—. ¿Por qué? Elige bien tu respuesta porque podría ser la última. Y no te atrevas a gritar o tu muerte será lenta.

Quitó su mano de mi boca. Lo miré directamente a la cara, con actitud resuelta.

—Quiero convertirme en vampiro.

En ese momento se burló.

—¿Tú? ¿Convertirte en vampiro?

—Sí.

—¿Por qué diablos iba a otorgarte tal honor?

—Te daré cualquier cosa, haré cualquier cosa...

De su rostro emergió una sonrisa maníaca, y sus ojos oscuros brillaron con la tenue luz de la lámpara.

—¿Cualquier cosa? Demuestra tu lealtad hacia mí dándome a la persona más valiosa para ti.

—Si accedo, ¿qué harás con esa persona?

—Lo que me plazca.

La persona más valiosa de mi vida era y siempre sería Aiden. Por un momento, sopesé dárselo a ese extraño, a ese *vampiro*, pero no pude. Mi amor por él superaba a mi deseo de llegar a ser igual que la poderosa criatura que me había encontrado aquella noche. Sin embargo, había una persona valiosa en mi vida que podía ofrecerle.

—Tengo una hija. Tiene nueve años. Estoy dispuesta a ofrecértela para demostrar mi lealtad.

El recuerdo de la sonrisa de satisfacción de su rostro todavía me producía escalofríos en la columna muchos años después.

—Perfecto —dijo, antes de mordirme en el cuello e inyectarme el suero que destruiría a Camilla Claremont para siempre y traería a la vida a Ingrid Maslen.

Intenté convencerme de que nunca sentí remordimientos después de aquella noche. Como Ingrid Maslen era inmortal, era poderosa y tenía una familia de vampiros que nunca me dejaría. Nunca volverían a abandonarme.

Hice un buen trabajo fingiendo que estaba bien, pero muchos años más tarde me di cuenta de que no era cierto.

Fui presa de una gran agitación interna cuando mi hija siseó a Borys:

—No soy tu prometida. —Pronunció aquellas palabras como si fuera la idea más repugnante que jamás había pasado por su cabeza.

Ahí intervine yo. Me preparé para enfrentarme a Sofía por primera vez desde que la ofreciera como presa a ese mismo vampiro para que se diera un festín.

—En realidad, Sofía —hablé mientras salía de entre las cortinas y ocupaba mi lugar al lado del trono de Borys—, sí eres su prometida.

Las palabras no podían explicar cómo me sentí al ver la conmoción y la aflicción de su rostro al posar sus ojos en mí. Quería secarle las lágrimas. Deseaba tomarla entre mis brazos y abrazarla.

Al ver la belleza en que se había convertido mi hija, más hermosa de lo que jamás fui yo a los dieciocho años, fui plenamente consciente de a qué había renunciado cuando me convertí en Ingrid Maslen.

Había renunciado a mi hija. Había renunciado a mi marido. Había renunciado a mi vida entera.

—Parece tan feliz de verte, Ingrid. —Borys ladeó la cabeza con una sonrisa maníaca en el rostro.

Los ojos de Sofía estaban fijos en mí. Era imposible que conociera el efecto que me producirían sus palabras cuando las pronunció:

—¿Mamá?

Odiaba sentir afecto hacia Sofía y, sin embargo, era la verdad: detestaba la idea de que Borys tocara a mi hija. El pensamiento hizo que se me revolviere el estómago. Sabía lo que la haría sufrir. Le había visto hacérselo a innumerables jóvenes, y no quería eso para ella, pero yo pertenecía a Borys y lo sabía. Por lo tanto, Sofía también le pertenecía.

Sin saber cómo controlar mis sentimientos, hice lo único que podía hacer: me hundí aún más en mi lado oscuro.

Así pude sonreír a Sofía, indiferente a su difícil situación, y decirle:

—Sí, Sofía. Soy yo. Tu madre. Te prometí a Borys hace mucho tiempo. Eres suya

por derecho.

Me puse de pie junto a la cama de Sofía, mientras la sangre corría por sus muslos blancos como la leche. Sus piernas temblaban de dolor. Era obvio que intentaba contener las lágrimas. Me lanzó una mirada rápida, acusadora, herida y llena de desprecio. No podía culparla. Yo también me habría odiado si hubiera estado en su lugar.

Me quedé de pie y contemplé cómo gritaba cuando Borys la besó al tiempo que hundía las garras en sus muslos hasta producirle sangre. No hice nada. Mientras lo veía hacer lo que quería con ella, solo podía pensar en lo que acababa de revelarnos: que ya estaba casada con Derek Novak.

Una parte de mí todavía tenía la esperanza de verla luciendo un exquisito vestido blanco de novia, caminando hacia el altar para encontrarse con su novio.

«Me lo perdí. Me perdí la boda de mi propia hija».

Cuando Borys amenazó con matar a Derek para ocupar su lugar como legítimo esposo de Sofía, me sentí abrumada por el alivio.

«Aún puedo asistir a su boda».

El estómago se me encogió ante ese pensamiento tan enfermizo, pero antes de que la culpa me invadiera, Borys arrojó a Sofía al suelo y me dirigió una mirada para indicarme que sanara a mi hija. Estaba paralizada por la visión de mi hija sollozando en el suelo. No tenía ni idea de qué hacer. Quería aliviar su dolor. Sin embargo, una parte de mí solo deseaba alejarse todo lo posible de ella.

Ordené a dos guardias que me ayudaran a llevarla a su habitación.

—Sean amables con ella —les espeté—. Después de todo, se convertirá en la reina.

Me lanzaron miradas extrañas, pero los ignoré y se dirigieron al dormitorio.

Más tarde hice que trajeran sangre de vampiro para curar las heridas de sus piernas.

—Ya has bebido sangre de vampiro antes —observé, al darme cuenta que beber la sangre no parecía perturbarla en absoluto.

Sofía se limitó a mirarme con furia. Fue entonces cuando me di cuenta de que no era en absoluto como yo. Había creído que era débil y, guiándome solo por su apariencia, parecía ser así, pero bajo su tembloroso aspecto exterior solo sentí una cosa en Sofía: poder.

Intimidada, intenté quebrarla durante el siguiente encuentro con ella. Borys me envió para que se la llevara a sus aposentos. Me pregunté si estaba siendo cruel o si simplemente estaba poniendo a prueba mi lealtad. La idea me pareció ridícula. ¿No había demostrado ya lo leal que le era?

Al entrar en el dormitorio de Sofía la encontré hablando con su mejor amigo, Ben, el hijo de Amelia. Descubrí que añoraba a mi mejor amiga, la persona que había estado a mi lado durante algunos de los días más difíciles de mi vida cuando todavía

era Camilla Claremont. Odiaba mirar a Ben debido a lo mucho que me recordaba a Amelia.

—Quiero unos minutos a solas con mi hija —les dije a los guardias—. Que lleven al joven ante la pequeña vampira rubia de La Sombra. Lleva insistiendo en tenerlo desde que llegó.

El ambiente se hizo tenso mientras contemplaba la expresión de horror que apareció en el rostro de Sofía. Por alguna razón, encontré placer en suscitar el terror en ella.

—No... —suplicó Sofía—. Por favor... No... Ella no... Claudia no... Madre, por favor.

«Madre».

La palabra fue como un jarro de agua fría, una súplica final para que yo pudiera demostrar el afecto maternal del que mi hija estaba claramente necesitada. Levanté una mano hacia los guardias que ya se acercaban para llevarse a Ben.

—Espera. ¿Qué acabas de llamarme?

—Madre... —Los labios de Sofía temblaban al hablar. Se aferró a la mano de Ben, y parecía que le daba fuerza a la vez que la obtenía de él—. ¿No es eso lo que eres? ¿Mi madre?

—Sí. Así es, Sofía. —Sonreí—. Soy tu madre. —La poderosa Ingrid siempre se impone a la débil y patética Camilla—. Eso significa que harás lo que yo diga, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Por supuesto.

—¿Así que no vas a causar ningún problema mañana?

—¿Mañana? —Apretó aún más la mano de Ben.

—Sí. Mañana. Te casarás con Borys mañana.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto? ¿Por qué obligas a tu propia hija a casarse con ese bruto?

Empecé a apartar mechones de su cabello de su rostro.

—Tú no lo conoces. Borys merece lo mejor, y tú, Sofía, eres la mejor. ¿Por qué no lo ibas a ser? Eres de mi sangre, mi hermosa niña perfecta. Pertenece a Borys. —Me erguí en toda mi altura—. He cambiado de opinión —anuncié—. Que el chico se quede aquí. La pequeña vampira rubia de La Sombra podrá tenerlo después de la boda. Borys solicita la presencia de su resplandeciente novia ahora mismo. Que lleven a mi hija a sus aposentos.

Vi cómo los guardias arrastraban a mi hija hacia lo que fuera que Borys tuviera preparado para ella aquel día. La contemplé, preguntándome por qué me sentía tan amenazada por ella. Seguí observándola, deseando que se derrumbara, porque la fortaleza de su espíritu solo servía para poner de relieve la debilidad del mío.

Habría que estar ciego para no ver cuánto amaba Sofía al legendario Derek Novak,

que, según los rumores, era el vampiro vivo más poderoso, el rey de La Sombra, el aquelarre de vampiros más grande e influyente que existía. Era bastante evidente por la expresión de su rostro al verla que él sentía lo mismo.

Su reencuentro me perseguiría durante el resto de mi vida. La forma en que se acariciaban y se susurraban palabras de consuelo al oído se quedó grabada para siempre en mi mente.

Albergaba la esperanza de que yo experimentaría lo mismo al ver a Aiden, pero cuando los cazadores atacaron y nuestros ojos se encontraron por primera vez en casi una década, lo único que vi fue un odio puro y absoluto.

Todavía amaba a Aiden Claremont, pero él ya no sentía lo mismo por mí. No podía culparlo y, sin embargo, odiaba que él todavía mirara a Sofía como si adorara el suelo que ella pisaba.

El poco amor que sentía por mi hija desapareció cuando Aiden eligió subir en el helicóptero con ella en lugar de ir conmigo. Los cazadores me querían muerta, pero Aiden los detuvo. Pensé que era porque todavía se preocupaba por mí, pero me lanzó una mirada feroz y dijo fríamente:

—Yo también la quiero muerta, pero mi hija no va a perder a su madre ahora. Esta noche no.

Ella tenía que ser el centro de todo.

Sofía había arruinado mi vida. No solo eso, sino que parecía que el mundo de todos esos hombres poderosos, Aiden, Derek, incluso Borys, girara a su alrededor. Estaba celosa de ella.

Sofía era bella por dentro y por fuera. Tenía un buen corazón y una inexplicable fortaleza de espíritu. Era poderosa y valiosa como la inmune, una humana que nunca podría convertirse en vampiro. Era amada.

Sofía era todo lo que yo no era. Cada vez que posaba los ojos en ella después de aquella fatídica noche en la que El Oasis fue destruido y nos llevaron a todos a territorio enemigo, al cuartel general de los cazadores, dos palabras me cruzaban por la cabeza.

«Te odio».

Derek

Estaba con los ojos vendados, envuelto en una oscuridad negra como el carbón. Apretado en medio de dos cazadores en el asiento trasero de un todoterreno negro, con las manos atadas delante de mí, el viaje me pareció agitado e incómodo.

Al abandonar el cuartel general, no pude evitar una sonrisita de suficiencia cuando los cazadores me ataron las muñecas.

«¿Realmente creen que no puedo soltarme de cualquier cosa con la que me aten?».

Aun así, como no quería darles motivos para que me hirieran, dejé que hicieran lo que quisieran. No podía permitirme enfadar a los cazadores, no mientras estuviera en su territorio, no mientras me encontrara a su merced.

El viaje fue extremadamente largo y, ahora que ya estábamos fuera del cuartel general, me estaba preparando para luchar. Esperaba que intentaran matarme. No hacía falta ser un genio para llegar a la conclusión de que todos y cada uno de los cuatro cazadores que me escoltaban fuera del territorio halcón me odiaban.

No me sorprendía. Sabía que estaban resentidos con Aiden por no acabar con mi vida solo porque su hija estaba enamorada de mí. También sabía que el hecho de que Aiden me dejara ir era demasiado bueno para ser cierto. Era el cazador jefe, con un odio hacia los vampiros profundamente arraigado.

«Van a matarme o a seguirme hasta La Sombra».

La Sombra era la isla a cuya protección había dedicado mi vida. Si los cazadores encontraban la isla, sería el fin del que era probablemente el aquelarre de vampiros más poderoso del mundo, el aquelarre Novak, *mi* aquelarre. No podía permitirlo. Sin embargo, me resultaba imposible idear un plan, no cuando no podía apartar a Sofía de mis pensamientos.

Ya me había convencido de que dejar a Sofía era lo correcto. Estaría a salvo con su padre, más segura que conmigo. Tragué saliva, dolorosamente consciente una vez más de mis ansias por ella, paladeando el sabor de su sangre todavía en mi boca.

Sofía, mi prometida, la única mujer que he amado, era la inmune.

«¿Cómo es posible que no pueda convertirse en vampiro?».

Los recuerdos de la noche que me contó su pasado me atormentaban. Odiaba a Borys. Odiaba a su madre por permitir que todo aquello sucediera. Me preguntaba qué significaba eso de que fuera la inmune.

Hice una mueca.

«Significa que nunca podrá ser inmortal como yo. Significa que, a pesar de todas mis declaraciones de que algún día me casaría con ella, Sofía tenía razón desde el principio. En realidad, nunca podremos estar juntos».

Intenté apartar todo pensamiento sobre ella. Si iba a sobrevivir a esa noche, tenía que discurrir cómo quitarme de encima a los cazadores y llegar a La Sombra sin que me siguieran.

No había mucho tiempo para pensar.

—Ya estamos aquí, alteza —dijo con voz cansina el cazador de mi derecha.

El sonido de las puertas al abrirse dio paso a unas manos bruscas que me sacaban del automóvil. Mis pies golpearon lo que me pareció grava, y uno de los cazadores susurró:

—Yo digo que lo matemos.

La afirmación vino acompañada de un puñetazo en el estómago y una estaca de madera atravesando mi brazo izquierdo.

Contuve el punzante dolor, rompí la soga que habían usado para atarme las muñecas y me arranqué la venda que me cegaba antes de lanzar una mirada de furia a mis captores.

—No debisteis hacerlo.

La conmoción asomó a sus rostros. Sus reacciones dejaban claro que no era normal que los vampiros fueran capaces de liberarse de esas cuerdas. Muy probablemente, las brujas de los cazadores habían empleado alguna clase de hechizo en las cuerdas.

Al recuperarse del asombro, los cuatro buscaron sus armas mientras yo me extraía la estaca de madera del brazo. El más rápido de los cuatro ya había sacado su arma de rayos ultravioleta. Su rapidez fue su muerte, porque lancé la estaca de madera y el arma penetró justo por el centro de su cráneo.

La sangre de Sofía todavía recorría mi cuerpo, y sus increíbles poderes me encendían. Mi mente se llenó de destellos de sus ojos verdes, su cabello rojizo y su sonrisa acogedora, y su influencia se apoderó de mí. Usé mi agilidad para colocarme detrás de uno de los cazadores y agarré su cabeza, amenazando con partirle el cuello en dos. La herida de mi brazo ya había sanado.

—No tiene por qué haber más derramamiento de sangre. —Miré a los otros dos hombres. Ellos intercambiaron una mirada.

—No me importa morir. —Habló el cazador que sujetaba con mis brazos—. Acaben con él. Acaben con Derek Novak. ¿Qué podría hacer Aiden para castigarnos? Probablemente desea en secreto que lo hagamos.

Arqueé una ceja, desconcertado.

«Así que Aiden no ordenó mi ejecución».

—Tal vez a él no le importe morir, pero a mí sí me importa tener que matar a tres cazadores más.

Uno de ellos, un hombre calvo con tatuajes bajando por su cuello y sus brazos, me miró con odio.

—Ningún vampiro había sido capaz de romper esas cuerdas.

—Soy más fuerte que la mayoría de los vampiros. —Cora se había asegurado de

ello. Después de que estableciera La Sombra, me había sumergido en un sueño de cuatrocientos años y, para asegurarse de que podría cumplir la profecía de la que me había hablado, había añadido un hechizo que me haría más y más fuerte durante el tiempo que estuviera sumido en el sopor.

—¿Qué propones que hagamos? —inquirió el cazador de los tatuajes.

—¿Qué quieres decir con eso de “hagamos”? —lo reprendió mi rehén—. ¡Lo matas!

Los otros dos lo ignoraron. Mantuvieron sus ojos fijos en mí, esperando una respuesta.

Eché un vistazo rápido a nuestro alrededor. Estábamos en una especie de bosque.

—Lánzame las llaves del todoterreno. También quiero las billeteras. ¿Dónde está la carretera?

El cazador tatuado me lanzó las llaves y apuntó en dirección a la carretera. En pocos minutos, estaba conduciendo el todoterreno negro de los cazadores con sus billeteras en el asiento de al lado. No tenía ni idea de dónde me encontraba o a dónde iba, pero tenía el depósito lleno de gasolina y un largo camino por delante.

No pude evitar recordar la última vez que había conducido un vehículo, un descapotable rojo. Sofía gritaba en el asiento del pasajero, convencida de que iba a llevarla a la muerte. Había decidido que aquel día era mi cumpleaños, negándose a aceptar que yo ya no necesitaba celebrar el día en que nací.

La realidad de lo que acababa de hacer me inundó completamente. Había dejado a Sofía. Ni siquiera me había despedido. Me había ido en medio de la noche, contemplando su pacífico sueño tanto tiempo como pude antes de que los cazadores me llevaran.

Empecé a sentir inmediatamente cómo las fuerzas familiares de la oscuridad comenzaban a romper mis defensas.

Sofía era mi luz y me estaba alejando de ella.

Me aferré al volante.

«No puedo dejar que la oscuridad se apodere de mí. Otra vez no. Debo encontrar una manera de sobrevivir lejos de Sofía».

La mantuve en mi mente, rememorando cada precioso recuerdo que atesoraba de ella.

«Si la pierdo de vista, será el final de todos nosotros».

Sofía

—¡Sofía, está ocupado! No puedes irrumpir en su oficina sin que te llamen. —

Zinnia Wolfe se cruzó de brazos.

Pero no podía importarme menos.

—Mírame. Soy su hija y merezco una explicación.

Irrumpí en el área que sabía que estaba prohibida para los huéspedes como yo, a sabiendas de que, de todos los rincones de la gigantesca finca conocida como Cuartel General Halcón, aquel era el lugar donde más probabilidades tenía de encontrar a mi padre.

—¡No puedes entrar ahí! —Zinnia corrió detrás de mí.

Solo me detuve cuando ya estaba en el interior del centro de control. Era la primera vez que me encontraba en esa parte del Cuartel General. Me quedé asombrada de lo que vi. Casi como una sala de prensa, el centro de control estaba equipado con tecnología avanzada y había docenas y docenas de cazadores pululando alrededor de la sala, haciendo el seguimiento de lo que parecía ser una red de por lo menos un centenar de equipos de rastreo para Dios sabe qué.

—Demasiado tarde —le dije a Zinnia, que intentaba recuperar el aliento a mi lado. Mi padre señalaba un monitor de pantalla plana gigante. Parecía molesto por algo.

—Los vampiros son más fáciles de atrapar que tú —siseó Zinnia. Intentó agarrarme por el brazo, pero yo ya me encaminaba hacia mi padre.

Cuando Aiden se dio cuenta de que me abalanzaba hacia él como un huracán, ya no pude controlar mi furia.

—¿Dónde está? ¿Qué le has hecho? —grité.

—Lo siento... No pude detenerla —se disculpó Zinnia. Aiden había asignado a la joven cazadora para que me vigilara nada más llegar con Derek al cuartel general.

Aiden paseó la vista por la sala de control antes de inclinar ligeramente la cabeza y mirarme.

—Sofía, no hagas una escena. Podemos hablar de esto en otro lugar.

—No me importa dónde hablamos o quién nos oye. ¡Quiero saber dónde está Derek!

—No sé dónde está. Se fue por su propia voluntad, Sofía.

—Mentiroso. —Sacudí la cabeza con furia—. Derek nunca me dejaría. No a menos que hicieras algo para que se fuera. ¡Nunca se iría!

Estaba temblando. Nada de lo que mi padre pudiera decirme me convencería de que Derek me había abandonado aquí. Sin embargo, en el fondo tenía miedo de que fuera cierto.

«Él siempre será inmortal y yo soy mortal. Tal vez pensó que era mejor estar separados. —Aparté aquel pensamiento—. No. Derek no me haría eso. No me abandonaría».

Mi padre respiró profundamente.

—Ven conmigo. Vayamos a mi oficina.

Mientras ambas seguíamos a Aiden, Zinnia me lanzó miradas llenas de curiosidad.

—¿Qué? —pregunté, incapaz de reprimir el humor de perros en el que me encontraba. No podía evitarlo. Estaba temblando de pánico por dentro.

—Yo solo... —Ella sacudió la cabeza—. Da igual.

—Simplemente escúpelo, Zinnia.

Ella dudó un instante, pero dijo:

—¿Qué tienes que sea tan especial? Todos están enamorados de ti. Derek, Ben, Borys, Lucas...

La miré a los ojos y sonreí con amargura.

—No tengo ni idea.

Era mentira. Sabía por qué me querían. Borys me quería porque era un bastardo enfermo que pensaba que le pertenecía y estaba fascinado por mi inmunidad a la maldición del vampiro. Lucas me había querido porque él me había encontrado y me había llevado a La Sombra. Además había probado el sabor de mi sangre y la deseó con su último aliento. Ben me había querido porque era mi mejor amigo, y hubo un tiempo en que pensé que yo también lo quería a él, pero no estábamos destinados a estar juntos. Sin embargo lo quería, y su muerte aún me dolía en el corazón.

Derek, por otro lado... él me quería porque yo estaba enamorada de él y él sentía lo mismo.

«Sí, sé por qué me quieren, pero eso no significa que sea especial. Solo soy quien soy, y esa persona que soy está enredada de alguna manera en todo este lío».

Finalmente llegamos a la oficina de Aiden, y allí me ofreció un asiento con un gesto e indicó a Zinnia que cerrara la puerta detrás de ella.

Decidí quedarme de pie mientras Aiden se sentaba en el sillón de cuero que había detrás de la gran mesa de cristal que hacía las veces de pieza central de la espaciosa oficina.

—¿De verdad no vas a sentarte?

Negué con la cabeza, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—A veces me recuerdas tanto a tu madre... —Lo dijo con la voz tan quebrada que me dejó desconcertada, y no pude evitar suavizarme un poco al ver su dolor. Cualquier mención de mi madre era dolorosa. Sabía que Ingrid estaba en algún lugar del cuartel general, cautiva de los cazadores. Solo pensar en ella me dolía. Ni siquiera estaba segura de si la afirmación de Aiden de que le recordaba a ella era algo bueno o malo.

—La quisiste de verdad, ¿no? —Que yo recordara, era la primera vez que

compartía un momento tan personal con él.

Aiden sonrió con amargura. Sacó un cigarro de un cajón del escritorio y lo encendió antes de mirarme a los ojos.

—Bueno, ¿por qué estás montando todo este escándalo, mi encantadora hija?

La ira creció en mí.

—¿Dónde está Derek? —exigí saber.

—Probablemente en su camino de regreso a su reino en este momento.

—Él no se iría sin mí.

Aiden se enderezó en su asiento, cuadrando los hombros.

—Me dijo que si se quedaba aquí no sería capaz de contenerse y bebería de ti hasta secarte.

El estómago se me encogió.

«¿Cómo sabía que Derek ya había bebido mi sangre? ¿Se lo habría contado él?».

—Sé que no he sido un buen padre para ti, Sofía, pero ¿por qué alimentaste voluntariamente a un vampiro con tu propia sangre?

Zinnia me miró como si estuviera loca.

—¿Has estado alimentándolo con tu sangre? ¿Pero qué te pasa?

Aiden la miró con furia.

—Zinnia, no te metas en esto.

Odiaba que actuara como si fuera una especie de figura de autoridad en mi vida. No tenía derecho, no después de haberme abandonado durante años, dejándome al cuidado de los Hudson y sin apenas reconocer mi existencia hasta hacía unas pocas semanas.

—No hagas eso. —Sacudí la cabeza—. No empieces ahora a actuar como un padre, Aiden. No tengo por qué darte explicaciones.

—Sí, Sofía. Tienes que hacerlo. Derek Novak es uno de los vampiros vivos más poderosos y él ansía tu sangre. ¿Cómo es que eso no es una razón para estar preocupado?

—Tú no lo entiendes. Somos más fuertes juntos y somos más débiles separados. Tal vez esto no tenga sentido para ti, pero tienes que darte cuenta de que una vida sin él... ¡Para mí eso no es vida en absoluto!

Debería haber sabido que una súplica sentimental solo sonaría débil para la mente racional y calculadora de Aiden Claremont. Tanto él como Zinnia me miraron como si me hubieran lavado el cerebro de alguna forma.

—¿Amas a Derek Novak? —preguntó Aiden después de una pausa larga e incómoda.

—¡Sí! —exclamé—. Lo amo. Amo a Derek.

—¿Y cómo funcionará exactamente este amor, Sofía? Él es inmortal. ¿Qué pretendes hacer? ¿Convertirte en vampiro para poder estar con él toda la eternidad? ¿Para convertirte en una asesina como él? ¿Tienes la más ligera idea de cuántas personas han muerto en sus manos?

Estaba aprovechándose de mis miedos más profundos sobre mi relación con Derek. Como si la inmortalidad de Derek no me atormentara lo suficiente, mi padre tuvo que restregármelo por la cara.

—Sofía, mereces algo mucho mejor que Derek Novak.

Sonreí con amargura mientras negaba con la cabeza.

—No tienes ni idea de quién es Derek, y confía en mí cuando digo esto, padre... incluso si yo quisiera, nunca podría convertirme en vampiro. ¿Estás contento ahora?

Me miró con ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres decir exactamente, Sofía?

Mi mandíbula se tensó mientras miraba a mi padre.

—No importa. Ahora lo que importa es esto: averiguaré qué le pasó a Derek y, si me entero de que tú estás detrás de esto, no te perdonaré jamás.

La fría sonrisa de Aiden mientras negaba con la cabeza y daba una calada a su cigarro hizo que un escalofrío me recorriera la columna.

—No, Sofía. No irás a ninguna parte cerca de Derek. Otra vez no. De hecho, no vas a salir de este lugar. Vas a entrenar para ser cazadora y vas a aprender a defenderte de esos vampiros. Te mantendré aquí hasta que tu falso amor por él sea extirpado de tu cuerpo.

A pesar de mi sorpresa, me las arreglé para dar unos pasos hacia él.

—No puedes mantenerme prisionera.

Al oír eso, mi padre se burló.

—Ah sí, sí que puedo, querida. Sí que puedo.

Derek

Cuando llegué a la cabaña campestre de Natalie Borgia me sentí seguro de verdad por primera vez desde que saliera del cuartel general de los cazadores.

Natalie era una vieja amiga mía. También era uno de los pocos vampiros errantes que tenía acceso completo a todos los aquelarres de vampiros. Era la diplomática por excelencia, la línea principal de comunicación entre todos los aquelarres de vampiros. Era de un valor incalculable para nuestra especie.

Caminé por el sendero de piedra que conducía a la cabaña y llamé a la puerta. Cuando Natalie abrió, una sonrisa le cubrió el rostro mientras me daba un vaso de sangre.

—Estoy segura de que estás muerto de hambre. —La italiana siempre conseguía hacerme sentir bien atendido.

Tomé el vaso y bebí su contenido de un solo trago. No había metido una sola gota de sangre en mi cuerpo desde que salí de territorio cazador. No podía soportar la idea de matar a los humanos con los que me había cruzado durante mi viaje a la seguridad de la casa de Natalie. Realmente estaba muerto de hambre.

Natalie me dio la bienvenida a la cabaña y me rogó que me pusiera cómodo mientras me servía otro vaso de sangre. Durante la espera, me acordé de la primera vez que me había puesto en contacto con ella un par de días atrás.

«—¿Derek? ¿Qué está ocurriendo? ¿Tienes idea de cuánta gente te está buscando ahora mismo?»

Mientras sostenía el teléfono desechable, nunca habría imaginado que pudiera estar tan eufórico al escuchar la voz de Natalie Borgia como en ese momento.

—Necesito que me ayudes a volver a La Sombra sin que los cazadores me sigan. He pasado los últimos dos días tratando de quitármelos de encima. Ha sido un infierno.

—¿Dos días? ¿Dónde estás? ¿Cómo evitas la luz del sol?»

Escondido en un motel de mala muerte en medio de quién sabe dónde, no estaba de humor para contestar preguntas.

—Natalie, agradezco tu preocupación, pero en este momento, ¿podrías ser menos una amiga y más una diplomática?»

A decir verdad, no entendía cómo había logrado sobrevivir esos dos días. En La Sombra, tanto Sofía como mi hermana Vivienne antes de morir a manos de los cazadores, hicieron todo lo posible para ponerme al día con las tecnologías y las normas del siglo XXI. Aun así, vivirlo en carne propia fue una verdadera conmoción. El mundo era muy diferente de lo que había sido cuatrocientos años atrás.

—Está bien —dijo Natalie en voz baja—. ¿Qué quieres que haga?»

—Los cazadores saben dónde estoy en todo momento. No puedo quitármelos de encima por mucho que lo intente.

—Probablemente te pusieron un rastreador. ¿Tienes algo puesto que provenga del cuartel general de los cazadores?

—Tengo tarjetas de crédito, carteras, permisos de conducir, un todoterreno... Casi pude ver a Natalie poner los ojos en blanco.

—Deshazte de todo eso. No sabes qué objeto está siendo rastreado, así que probablemente estaría bien deshacerse de todo. Te voy a dar una dirección. Esa es mi casa de seguridad. No lles nada que haya estado en contacto con los cazadores. ¿Lo has entendido todo?

Asentí con la cabeza antes de recordar que no podía verme.

—Sí. Gracias.

—Derek, llega a salvo. Estoy preocupada por ti.

—Lo haré. Gracias. —Solté un gran suspiro antes de mirar al todoterreno. Me despedí de él, gruñendo interiormente al pensar en todo lo que iba a tener que correr».

Natalie se dejó caer en el espacio vacío que había junto a mí en el sofá y me pasó otro vaso de sangre.

—Me alegra que lo lograras. ¿Seguro que los cazadores ya no te siguen?

—Los perdí hace un día. Aunque tuve que dar varios rodeos.

—¿Qué está ocurriendo, Derek? ¿Dónde has estado? La gente de La Sombra está como loca desde que conocieron la noticia de la caída de El Oasis. Los rumores dicen que ahora te has pasado al bando de los cazadores.

Casi me atraganté con la bebida.

—¿Al bando de los cazadores? ¿No me escuchaste cuando dije que llevan días persiguiéndome?

—Bueno, el rumor es que te atraparon y te trasladaron al territorio de los cazadores junto con Ingrid, Claudia y Sofía. Todos pensamos que eras hombre muerto y, sin embargo, aquí estás. ¿Cómo pudiste escapar de ellos? El territorio de los cazadores es a los vampiros lo que La Sombra es a los humanos. Si entras, no puedes salir.

No me gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Terminé la bebida y dejé el vaso encima de la mesita de café.

—No puedo creer que alguien pueda pensar que me he unido a los cazadores.

—Bueno, una vez fuiste el cazador vivo más temido. Tienes que admitir que salir ileso del territorio de los cazadores es sospechoso.

—Natalie, ¿me crees cuando digo que la única razón por la que me mantuvieron vivo y me dejaron salir de allí fue Sofía?

—Soy una errante, Derek. ¿Qué importa lo que yo crea? Mi trabajo consiste en ejercer la diplomacia y llevar mensajes de un aquelarre a otro. ¿Desde cuándo es

importante mi opinión?

—Me importa a mí.

—Te creo, por supuesto, pero, vamos... No espero que los demás aquelarres se traguen esa historia. Derek, por todos los cielos, ¿de verdad esperas que crean que saliste del territorio de los cazadores gracias al amor verdadero?

—Espero que crean que hay una excepción para todas las reglas. Tú misma lo dijiste, Natalie... El territorio de los cazadores es para los vampiros lo que La Sombra es para los humanos. Sofía y Ben fueron las excepciones. Salieron de La Sombra, ¿no? ¿No es hora de que un vampiro consiga escapar ileso de territorio cazador?

—Por supuesto. —Natalie se encogió de hombros—. Te conozco lo suficiente para creerte, pero solo por hacer de abogado del diablo, estás enamorado de Sofía Claremont, que es la hija de la famosa Ingrid Maslen. Y no solo eso, sino que también es la hija de Aiden Claremont o, como lo conocemos en nuestro mundo, el famoso cazador Reuben.

—¿Qué intentas decirme, Natalie? —pregunté, preocupándome cada vez más con la conversación.

—Gregor y Borys están vivos y nadie sabe dónde están. Otros aquelarres están empezando a sospechar de la lealtad de los Novak. Apareciste en El Oasis exactamente el mismo día que atacaron los cazadores. Algunos no creen que se trate de una coincidencia.

—¿Y qué esperas que haga? —Prácticamente podía sentir cómo se acercaba la oscuridad, y únicamente podía pensar en lo mucho que deseaba sostener a Sofía entre mis brazos. Solo imaginármela hizo que mi corazón se acelerara y ansiara su sangre. Fue esta la sed de sangre lo que me recordó por qué era necesario que la abandonara.

Natalie debió percibir mi tensión, porque pasó una mano sobre mi hombro, algo muy poco propio en ella.

—Novak, solo digo que La Sombra no será segura por mucho tiempo. Creo que es de esperar que los líderes de los otros aquelarres terminen atacando la isla.

Solo pude mofarme.

—Dime algo que no sepa.

En ese momento, casi podía imaginar el futuro y toda la sangre que se derramaría. Deseaba reírme de la profecía que hablaba de mí:

«El más joven gobernará sobre el padre y el hermano, y solo su reinado proporcionará verdadero santuario a los de su especie».

Teniendo en cuenta lo que se avecinaba, la profecía me sonaba como una enorme broma cósmica.

«¿Cómo puede toda esta oscuridad ser un santuario verdadero?».

Aiden

Me quedé mirando el cuerpo del cazador cuya vida había segado Derek Novak. Tenía una estaca de madera grotescamente enterrada en el cráneo.

Me pregunté si debía contarle a Sofía lo que había ocurrido. Tal vez debería explicarle cómo el amor de su vida había luchado contra los cazadores, había matado a uno de ellos y luego había tomado a otro como rehén antes de arrebatárselos sus pertenencias y dejarlos en medio de la nada.

Habíamos estado siguiendo su rastro desde entonces. Había dado instrucciones estrictas para que Derek Novak fuera mantenido bajo estrecha vigilancia hasta que regresara a La Sombra. Estaba desesperado por conocer la ubicación de la isla, pero lo habían perdido.

«¡Estúpidos incompetentes!».

Por supuesto, mantuve la calma delante de mis hombres. Había aprendido mucho tiempo atrás que mi calma silenciosa los asustaba mucho más que un estallido de ira.

—Seguro que tu hija sabe dónde está la isla —sugirió Iván, el cazador a quien Derek había tomado como rehén—. ¿No podemos presionarla para sacarle información?

—Creo que los vampiros le han lavado el cerebro. Está demasiado enamorada de Derek Novak para darnos la ubicación de la isla.

—Entonces tal vez podamos revertir los efectos del lavado de cerebro. Seguro que hay una manera...

—No someteré a mi hija a más daño.

El cazador se retiró, tal y como había supuesto.

Mi hija parecía odiar tenerme a la vista. Desde nuestro enfrentamiento, la mantenía encerrada bajo llave. No se le permitía ir a ninguna parte ni hacer nada sin mi aprobación expresa.

La obligué a seguir una rutina de entrenamiento en el atrio como recluta novata, para enseñarla a defenderse de los vampiros. Supuse que se mantendría aislada, que se distanciaría de los demás reclutas y de los cazadores más experimentados, hombres y mujeres jóvenes dedicados en cuerpo y alma a la erradicación de sus queridos vampiros. Por eso me sorprendió descubrir lo fácil que le resultó hacerse amiga de todos aquellos con los que se cruzaba. No pasó mucho tiempo antes de que forjara una buena relación con sus entrenadores y con los demás reclutas.

Entendí cuál era el atractivo de mi hija. Era un rayo de sol, siempre atenta y con una sonrisa lista para los que se acercaban a ella. Era preciosa y, por supuesto, llamó la atención de varios jóvenes.

«Idiotas patéticos. Como si alguna vez pudieran merecerse a mi hija...».

Me sorprendió lo sobreprotector que me había vuelto.

Me pareció irónico pensar en ella de esa manera, teniendo en cuenta que me odiaba. De hecho, la primera vez que la visité en el atrio ni siquiera me miró. Me trataba como si fuera invisible.

Lo único que podía hacer era contemplarla relacionándose con los demás reclutas mientras Julián, el director del entrenamiento, me ponía al día de sus progresos.

—Está aprendiendo rápido —admitió—. Dice que Derek Novak ya le dio entrenamiento básico sobre cómo defenderse de los vampiros.

—¿Por qué demonios haría eso?

—Me explicó que quería que estuviera a salvo. Le pregunté por qué nunca usó su entrenamiento contra los vampiros que la atacaron y ella se limitó a encogerse de hombros y a decirme que todos eran más fuertes que ella, y que es una pacifista de corazón y siempre se olvidaba de traer su estaca de madera. —No había duda del tono de diversión que bañaba la voz de Julián. Estaba claro que le tenía cariño a mi hija—. ¿Sabías que la apuñalaron con una estaca?

—¿Apuñalada? ¿Con una estaca?

Julián asintió.

—La estaca iba dirigida a Derek Novak. Ella lo quitó de en medio y fue apuñalada en su lugar. Derek le dio a beber su sangre para sanarla.

La idea de que Sofía hubiera arriesgado su vida por él me enfermaba, pero el hecho de que hubiera bebido su sangre era aún peor. Odiaba incluso pensar en todo lo que había soportado durante el tiempo que Derek la había retenido cautiva en La Sombra.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —inquirió Julián.

—¿Al respecto de qué?

—Al respecto del hecho de que tu hija está enamorada de un vampiro, y no un vampiro cualquiera. Está enamorada de Derek Novak.

—No lo sé. —Aquello me atormentaba. Para ser honestos, dudaba que le hubieran lavado el cerebro. No mostraba los tics, la paranoia, la confusión. Nunca se la veía extraviada con la mirada vacía. Era difícil de aceptar, pero parecía que su amor por Derek Novak era genuino.

«Parece que tendría que lavarle el cerebro yo para librarla de su amor por ese vampiro».

La idea me revolvió el estómago, y me pregunté si de verdad sería capaz de hacerle eso a mi propia hija.

—Podría ser una gran cazadora.

—Confía en mí cuando digo que ella nunca será de los nuestros.

«Me temo que lo ama demasiado».

Me erguí en toda mi altura, cuadrando los hombros mientras dejaba vagar la mirada sobre Sofía, abrumado por las emociones que me recorrían.

«Cometí un error abandonándola, pero ¿cómo iba a conservarla a mi lado?».

—¿Estás bien, Reuben?

—Dame informes regulares de sus progresos. De ahora en adelante, llevará una estaca encima en todo momento. Además, asegúrate de que aprenda a disparar un arma. No volveré a permitir que esté indefensa frente a esas criaturas.

Después de la conversación con Julián me encontré vagando por los corredores del cuartel general, sintiendo el dolor que me causaba todo el tiempo que había perdido con Sofía. Sin darme cuenta, mi paseo sin rumbo me llevó al último lugar al que creía que quería acercarme: la celda de Ingrid.

Estaba acabándose una bolsa de sangre animal. Sonrió cuando me vio entrar en la habitación.

—Increíble. Aiden Claremont finalmente me hace una visita. —Ladeó la cabeza y posó sus hermosos ojos en mí mientras su largo cabello castaño rojizo caía hacia un lado—. ¿Qué he hecho para merecer tal honor?

—¿Qué ocurrió en El Oasis? ¿Por qué estaba Sofía allí? —Acerqué una silla y me senté, preparándome para una conversación que ni siquiera estaba seguro de desear mantener.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu princesita?

—Sofía se niega a hablar de ello. —Tomé aliento y pronuncié en voz alta el pensamiento que me pesaba en la cabeza—. ¿No sientes ni una pizca de cariño hacia ella? ¿O hacia mí?

Los ojos de Ingrid se suavizaron por unos instantes antes de que la mirada maníaca volviera a ellos.

—Estoy segura de que Camilla te adoraba y, en sus días buenos, seguro que también sentía un poco de amor hacia Sofía.

Me dolió que hablara así de su antigua personalidad.

—Camilla era el amor de mi vida.

Ingrid se mofó.

—Seguro que sí.

Fruncí el ceño.

—¿No me crees?

—Tú eras el amor de la vida de Camila, pero dudo que ella fuera el tuyo.

La miré confuso.

«¿Fallé a la hora de demostrarle a Camilla cuánto la adoraba?».

Ingrid puso los ojos en blanco.

—Es obvio que no tienes ni idea de qué hacer con esa pequeña princesita tuya. Si me preguntas a mí, deberías ponerla un vestido blanco y ofrecérsela al hombre al que pertenece: Borys Maslen.

Era una extraña. No quedaba ni rastro de la mujer que había amado.

—¿Qué has hecho con mi esposa?

Una sonrisa amarga se formó en el rostro de Ingrid.

—Camilla está muerta. Murió el día que Sofía nació. —Hizo una pausa y me

lanzó una mirada penetrante que me perseguiría durante muchos días—. Estabas demasiado ciego para darte cuenta de que tu amor por Sofía mató a Camilla, Aiden.

Sofía

En cuanto Zinnia abrió la puerta de mi habitación, me arrastré dentro y me hundí en la cama. Estaba agotada. Tal vez Aiden pensaba que si me mantenía ocupada cada segundo del día, por algún motivo olvidaría a Derek.

Tenía que encontrar la forma de regresar a él. Aquello era lo único que evitaba que me hundiera en la desesperación. Cada instante que pasaba despierta lo llenaba con pensamientos sobre cómo iba a escapar de los cazadores para volver a La Sombra. Me entrené e hice todo lo que me decían; estaba dispuesta a desempeñar el papel de cazadora, aunque solo fuera para ganarme su confianza y traicionarlos más adelante.

Tal vez era una rebelión contra mi padre. Odiaba que ahora actuara como un padre y asumiera que él sabía qué era lo mejor para mí después de haberme abandonado durante todos esos años. Estaba enfadada con Aiden Claremont por mantenerme alejada de Derek.

—Tienes un aspecto horroroso —me dijo Zinnia mientras rebuscaba algo de comer en la cocina, justo después de asegurarse de que la puerta estaba cerrada con llave para que no pudiera escapar.

—Dime algo que no sepa —contesté, observando cómo se movía por la pequeña cocina. Podíamos haber comido en el comedor junto con los demás reclutas, pero le rogué que me permitiera volver a la *suite*. No estaba de humor para relacionarme con nadie y solo quería volver a la habitación que había compartido con Derek. La *suite* era mi santuario, el único lugar del territorio de los cazadores donde perduraba la presencia de Derek.

—¿Vas a comer? —preguntó Zinnia mientras ponía una *pizza* en el microondas.

Sacudí la cabeza.

—Ben siempre comía como un animal después del entrenamiento... ¿Piensas alguna vez en él?

—Así era él... —Sonreí con amargura, recordando el hermoso rostro de Ben. Me dolía en el alma cada vez que pensaba en él—. Zinnia, Ben era mi mejor amigo. Hubo un tiempo en que pensé que estaba enamorada de él. Por supuesto que pienso en él.

Zinnia arqueó una ceja.

—Pero no tanto como piensas en Novak.

Fruncí el ceño, preguntándome a dónde intentaba llegar. Había estado actuando de forma extraña todo el día. A veces me parecía que podríamos ser amigas, y luego cambiaba y empezaba a tratarme como si yo fuera era la criatura más molesta del mundo.

—¿Qué quieres decir, Zinnia?

—Nada. No pretendo decir nada. Es solo una observación.

Me quejé por dentro, pero parecía que no había acabado.

—¿Sabes lo que no entiendo? ¿Por qué sigue Claudia con vida? Después de lo que le hizo pasar me resulta difícil creer que Ben solicitara que se la mantuviera con vida.

Claudia le hizo pasar por un infierno. Incluso yo estaba confundida porque Ben hubiera suplicado por la vida de Claudia. Sin embargo, no había dedicado mucho tiempo a pensarlo después del entierro de Ben. Cuando Derek se fue, me olvidé de Claudia.

—¿Aún nadie la ha interrogado? —pregunté.

—Como si pudiésemos confiar en nada de lo que dice...

La curiosidad me venció. Claudia no me había dado razón alguna para confiar en ella, pero me preguntaba si podría aliarme con ella con el fin de regresar a La Sombra. Me burlé de mi idea.

«*Estoy desesperada*».

—¿Podrías preguntar a Aiden si me permite hablar con ella?

Zinnia me lanzó una larga mirada. Dudaba que tuviera ninguna confianza en mí, así que me sorprendió cuando se encogió de hombros y dijo:

—De acuerdo. Lo preguntaré.

Al día siguiente me acompañaron a la celda de Claudia. Apenas la reconocí. Por primera vez desde que la conocía, pareció feliz de verme.

Estaba desplomada en un rincón, con la espalda apoyada en la pared y las rodillas apretadas contra el pecho.

—¿Claudia? —Casi esperaba que me atacara y tratara de convertirme en vampiro.

Sin embargo, sus ojos se iluminaron. Una sonrisa se formó en su rostro, como si acabara de posar sus ojos en un amigo perdido hacía mucho tiempo.

—¡Sofía! —exclamó mientras se ponía de pie y me abrazaba.

Me puse rígida.

Ella dio un paso atrás.

—¿Dónde está Derek? ¿Van a permitir que nos marchemos? Vamos a volver a La Sombra, ¿verdad?

—Derek se fue... No sé qué le ocurrió ni dónde está... —me resultaba difícil recordar por qué estaba allí. La reacción de Claudia al verme me había dejado atónita.

—Ah. —Claudia frunció el ceño—. No me permitirá volver a La Sombra, ¿verdad? Está enfadado porque intenté convertirte... Pensaba que eso era lo que quería, pero luego incluso Ben se enojó cuando lo hice...

«*Así que realmente trató de convertirme. Porque pensó que era lo que Derek quería*».

Estaba más que confundida.

—¿Por qué lo hiciste, Claudia? ¿Por qué intentaste convertirme?

—Mereces estar junto a Derek. —Reafirmó su declaración con la cabeza, como si nuestro amor fuese una especie de epifanía para ella—. Ahora lo entiendo. Si fueras inmortal como él, entonces estarías con él para siempre. ¿No es eso lo que quieres, Sofía?

«¿Quién es esta persona?».

No tenía ni idea de si se trataba de una actuación. Decidí cambiar de tema antes de que me volviera loca de anhelo por Derek.

—¿Por qué pidió Ben que te permitieran vivir? Te odiaba a muerte.

Al rostro de Claudia asomó una extraña sonrisa.

—Lo tenías en tus manos, supongo... de la misma manera que a todos. En El Oasis me dijo que si había una persona que pudiera perdonarme por todo lo que había hecho, esa eras tú.

La miré entrecerrando los ojos.

—Fuiste tú, ¿verdad? Ayudaste a Ben a salir de El Oasis para que pudiera reclamar la ayuda de los cazadores. ¿Por eso pidió que respetaran tu vida? ¿Pero por qué? ¿Por qué ibas a ayudarlo? Estás en territorio cazador por ese motivo.

—Quería ayudar a Derek, y también a ti.

No pude por menos que burlarme.

—Lo siento, Claudia, pero me resulta muy difícil de creer.

Ella hizo un gesto de exasperación mientras se pasaba una mano por su melena de rizos rubios. Vi en sus acciones un rastro de la vieja Claudia sádicamente enloquecida que había conocido, pero de nuevo sus palabras me tomaron por sorpresa.

—Bueno, por supuesto que no me crees. Después de todo lo que sabes que he hecho, después de que ayudara a entregarte a Borys Maslen, estarías loca si me creyeras.

—Claudia, destrozaste a mi mejor amigo.

—Ben me recordaba muchísimo al Duque, pero no se parecía en nada al hombre que me destrozó a mí. No se merecía lo que le hice sufrir.

Claudia parecía verdaderamente arrepentida. Agité las manos en el aire.

—¿Sabes qué? Ni siquiera me importa si todo esto no es más que una especie de actuación. Si hay algún modo en el que me puedas ayudar, entonces necesito que lo hagas. Necesito volver con Derek, Claudia. Tengo que volver a La Sombra.

En cuanto las palabras salieron de mis labios, su rostro se iluminó una vez más.

—¡Sí! ¡A La Sombra! Yo también quiero volver, Sofía. Me llevarás contigo, ¿verdad? —Su alegría infantil me golpeó con perplejidad, hasta que finalmente arrojó algo de luz sobre su cambio de personalidad—. Yuri me volverá a aceptar, ¿a que sí?

No lo había visto venir, pero parecía que, después de cientos de años, Claudia por fin se había dado cuenta de que estaba perdidamente enamorada del único vampiro de La Sombra que probablemente albergara afecto verdadero hacia ella: Yuri Lazaroff.

Derek

Natalie anudó su cabello oscuro en un desordenado moño. Con una sudadera gris universitaria y unos *leggings* negros, en su casa exhibía un aspecto mucho más informal que su estampa habitual.

Mientras repasaba los planes de mi viaje desde su casa segura hasta La Sombra, no pude evitar apreciar su valía como amiga. Natalie y yo habíamos tenido una historia juntos. Los siglos nos habían cambiado a ambos, pero ella siguió siendo una de mis amigas más queridas, a pesar de que sabía que nunca podría confiar totalmente en ella.

—He organizado tu transporte para que te lleven desde aquí hasta una costa cercana. Partirás en un *jet* privado a medianoche. Uno de los submarinos de La Sombra debería estar esperando en la playa para llevarte a La Sombra.

—¿Cómo rayos pudiste comunicarte con alguien de La Sombra? —inquirí.

Ella sonrió.

—No puedo contarte los secretos de mi profesión. Ni siquiera tú tienes tanta influencia sobre mí, Novak.

Una ráfaga de imágenes borrosas de aquella hermosa joven que me había fascinado desde la primera vez que posé mis ojos en ella cruzó por mi mente. La había conocido nada más escapar de nuestro pueblo, no mucho después de que mi padre nos convirtiera a Lucas, a Vivienne y a mí en vampiros. Odiaba a la criatura en la que me había convertido y estaba empezando a asimilar mi nueva realidad de cazador convertido en presa.

Esa noche, cuando mi ansia de sangre humana se hizo especialmente difícil de reprimir, Vivienne y yo nos separamos de Gregor y de Lucas después de un altercado con los cazadores. Sabía que Vivienne se estaba muriendo de hambre porque yo estaba igual, pero llevaba ya casi un año sin hablar por aquel entonces, así que no esperaba oír sus quejas.

De alguna manera, Natalie nos había encontrado mientras caminábamos por el exterior de las murallas de la ciudad, sin atrevernos a entrar por temor a no poder refrenarnos y matar al primero que encontráramos. Ella nos acogió y nos alimentó. Fue tan amable, tan encantadora que apenas podía creer que fuera un vampiro. Esa noche fue la primera vez que me permití albergar la idea de que todavía era posible encontrar bondad en criaturas como nosotros.

Pasaron décadas antes de que la volviera a ver, y ambos estábamos sedientos de sangre y a punto de perder el contacto con nuestra humanidad. El recuerdo de su bondad influyó enormemente en mi decisión de escapar de todo aquello y convencer a Cora para que me durmiera. Después de recordarle quién había sido y el impacto

que había tenido en mí, me gustaba pensar que había jugado un papel importante en lo que era ahora.

—Gracias por toda tu ayuda, Natalie.

Ella se encogió de hombros.

—Es lo menos que puedo hacer. Por los viejos tiempos.

Solté un suspiro.

—¿Alguna vez pensaste que acabaríamos así? ¿Como vampiros que viven siglos más allá de su época?

El rostro de Natalie se suavizó, y por un momento pensé que iba a llorar, pero solo rio secamente.

—Así es la vida, Novak. Somos lo que somos. No hay forma de escapar.

«*No hay escapatoria*».

La desesperanza emergió de mi interior, pero algo casi visceral luchaba contra la idea de que nuestra especie no tenía escapatoria.

«*¿Cómo puede ser esto nuestro destino? No puede ser, no cuando aún hay esperanza de lograr el verdadero santuario*».

El rostro de Sofía cruzó por mi mente. Conocía su importancia en la profecía, el papel que ella tenía que jugar. Sentía muy profundamente la distancia que había entre nosotros.

«*Ella es mi esperanza*».

Así es como me di cuenta de que no habría manera posible de sobrevivir a menos que hiciera un esfuerzo consciente por conectarme a la luz que ella proyectaba en mí.

Sacudí la cabeza.

—Aceptaría en menos de un segundo que merezco este destino, pero tú no, Natalie.

—De todos los vampiros que he tenido el placer o el desagrado de conocer, siempre has sido mi favorito, Novak. —Colocó juguetonamente un dedo bajo mi barbilla y me levantó la cabeza—. ¿Tienes alguna pregunta acerca de lo que ocurrirá después?

Sacudí la cabeza.

—Confío en ti.

—Confiar en mí podría ser tu perdición.

Sofiqué una risa.

—Lo tendré en cuenta.

Compartimos un vaso de sangre antes de retirarnos a nuestros dormitorios para preparar mi partida. Estaba pensando principalmente en lo que vería a mi regreso a La Sombra y en cómo le iría a Sofía.

«*Espero que entienda por qué me fui*».

Me retiré para disfrutar de una corta siesta.

Me despertó un ruido sordo en el exterior del dormitorio. Había alguien con Natalie.

Puse mucho cuidado en no hacer ningún ruido cuando me asomé a la puerta de mi habitación, que estaba ligeramente entreabierta.

—¿Dónde está Derek Novak?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —siseó Natalie.

Tragué con fuerza y el pánico se apoderó de mí. Al principio pensé que los cazadores habían encontrado la casa segura, pero se trataba de conciudadanos vampiros.

—Eres diplomática. Se supone que no tomas partido. No deberías haberlo ayudado. Lo buscan todos los aquelarres de vampiros que existen, incluso el suyo.

—No puedes probar que ayudé a Derek.

—¿Quién más lo habría ayudado sino tú?

Tenía que salir de aquella casa o corría el riesgo de destruir la buena reputación de Natalie con todos los demás aquelarres. No podía consentirlo, no después de todo lo que ella había hecho por mí.

Huí por la ventana del dormitorio, teniendo cuidado de no hacer ni el más mínimo ruido, y me dirigí a pie a la ubicación del *jet* privado que Natalie había contratado para mí. Miré hacia atrás y susurré un gracias a Natalie.

«No podría vivir conmigo mismo si algo malo te ocurre por mi causa, Natalie. Mantente a salvo».

Unas horas después, justo antes de que el sol saliera, estaba sentado en el submarino que me llevaría de regreso a La Sombra. Deseaba emocionarme con el regreso a la isla que había sido mi hogar durante siglos, pero lo único que sentí fue pavor. De alguna manera, ya sabía que lo que encontraría allí no sería un recibimiento cálido, sino un caos total y absoluto.

Tenía razón.

Ingrid

No importaba cuánto lo intentara, no podía librarme de la manera en que Aiden me había mirado después de nuestra última conversación... como si yo fuera alguna clase de monstruo.

«Tiene razón. Eso es exactamente lo que soy ahora. Un monstruo».

El pensamiento no me ofreció consuelo, a pesar de que me había engañado creyendo que ya me había reconciliado con esa idea.

Me odiaba por haber perdido a Aiden. Era un hombre capaz de dar un inmenso amor y afecto. Ciertamente, ningún otro había sido capaz de traspasar los muros de mi corazón de la forma que él lo había logrado y, sin embargo, a pesar de todo el amor que había derramado sobre mí, yo seguía siendo un cascarón vacío atormentada por mi pasado, un pasado que mataría por mantener oculto.

«No tiene ni idea del monstruo que soy en realidad».

Después de que Aiden me dejara sola en mi celda, la soledad comenzó a volverme loca. Incluso antes de convertirme en vampiro odiaba estar sola, y que el amor de mi vida no volviera a mirarme como antes miraba a Camilla me estaba volviendo loca.

Me estiré en el pequeño catre, sintiendo su tacto áspero y duro contra mi piel en contraste con las sábanas egipcias de El Oasis, y grité a pleno pulmón.

Un guardia huraño y de mediana edad apareció al otro lado de los barrotes de acero forrados con luz ultravioleta.

—¡Cállate! —me rugió.

Le dediqué mi sonrisa más dulce antes de ronronear:

—Hazme callar.

—¿Qué quieres, chupasangres?

—Dile a tu jefe que quiero hablar con alguien.

—¿Y por qué demonios iba a complacerte? Todo lo que tengo que hacer es apretar un disparador y estarás muerta. En mi opinión, compartida por muchos en este lugar, deberíamos matarte, y también a esa otra vampira rubia.

Me incorporé sobre el camastro y empecé a estirar los brazos en el aire.

—Me pregunto lo mismo, pero en este momento también me pregunto si alguna vez me permitirán tomar una ducha. Ya han pasado días. Apesto.

El guardia arrugó la nariz mientras me miraba con repugnancia.

—No hemos recibido ninguna orden con respecto a ese tema, así que tendrás que soportar las condiciones que te han tocado. Es mejor que ser un cadáver.

—Quiero a alguien con quien hablar y quiero una ducha. Si no me consigues eso, confía en mí cuando digo que conozco muchas formas de volverte loco. Desearás no

haberte convertido en cazador.

Cuando dije esto, el guarda se mofó.

—¿Qué puedes hacer...?

—Creo que tienes órdenes de mantenerme viva e ilesa. Y podría ser como dices tú... Un cadáver. —Me puse de pie y caminé hacia los barrotes de acero forrados con rayos ultravioleta. Sonreí cuando oí la voz de Aiden hablando con alguien al pasar por un corredor cercano. Agarré uno de los barrotes y grité a pleno pulmón a causa del dolor insoportable que sentí en las palmas de mis manos.

Los ojos del guardia se abrieron asombrados.

—¡Estás loca!

Unas pisadas corrieron hacia nosotros.

—¿Qué ocurre? —inquirió Aiden.

—Ella solo... agarró los barrotes...

Sabía que parecía una loca mientras miraba divertida las palmas quemadas de mis manos. A menos que me dieran sangre humana, mi piel tardaría horas en sanar.

—¿Estás intentando matarte, Ingrid? —Aiden me miró con furia.

Quise sonreírle, pero me sentía extrañamente dolida de que me llamara Ingrid y no Camilla.

«*Lo has perdido, Ingrid. Acéptalo*».

—Estoy aburrida, Aiden... y me estoy consumiendo. Quiero un buen baño y quiero a alguien con quien hablar.

—Aquí eres una prisionera, Ingrid. No eres una invitada.

Mi respuesta fue simple. Me agarré a los barrotes otra vez.

Aiden me contempló con su rostro inexpresivo mientras gritaba de dolor. Finalmente dio un paso hacia adelante con la mandíbula crispada a la vez que decía:

—Maldición, Camilla. Detente.

Solté los barrotes.

«*Camilla*».

A pesar del dolor, encontré un motivo para sonreír.

«*No lo he perdido completamente después de todo*».

—Jefe, está loca. Va a seguir torturándose —continuó el guardia—. Tal vez deberíamos limitarnos a matarla.

Aiden sacudió la cabeza, y confirmó mis sospechas de que nunca podría desprenderse realmente de Camilla cuando dijo:

—No. Dale lo que pide.

Mientras se alejaba, odié admitirlo ante mí misma, pero yo tampoco me había desprendido de él.

«*Siempre lo amaré*».

Aunque podía intentar apagar el sentimiento, no quería hacerlo.

Derek

Nada más poner un pie fuera del submarino y pisar el Puerto, el punto principal de entrada y salida de La Sombra, Cameron Hendry, uno de mis amigos más fieles, me saludó con una concisa inclinación de cabeza y me entregó una estaca de madera.

—La necesitarás.

Hice una mueca. Había tenido una especie de premonición durante mi viaje de regreso a La Sombra, pero no esperaba esto.

La mayoría de los miembros de la Élite, los guerreros más poderosos de que disponíamos en La Sombra, estaban presentes en el Puerto cuando llegué. Liana, la esposa de Cameron, explicó:

—No sabemos cómo se ha desvelado la noticia de tu llegada. Intentamos mantenerlo en secreto dentro del Consejo, pero bueno, alguien se enteró y ahora hay disturbios ahí fuera. Tienes muchas cosas que explicar.

«*Disturbios. Quizás quedarme en el cuartel general Halcón habría sido más seguro*».

—Tal vez haya una manera de evitar a la multitud. —Xavier Vaughn, un viejo amigo nuestro que estaba seguro que siempre había estado enamorado de mi hermana gemela Vivienne, parecía alterado. Los vampiros no envejecían, pero habría jurado que vi arrugas en su rostro.

«*¿Qué ha ocurrido?*».

Estaba a punto de descubrir cuánto le debía a estos hombres y mujeres que habían permanecido leales a mi reinado durante cientos de años.

Hice una mueca, apretando las manos en puños.

—Enfrentémonos a ellos. Si realmente quieren marchar en mi contra, entonces que así sea. —Me apresuré como un vendaval hacia la salida.

Liana empezó a poner objeciones.

—Derek, no tienes ni idea de dónde te estás metiendo...

«*Demasiado tarde*».

Ya había alcanzado el peldaño superior que conducía a la pared de roca que hacía las veces de entrada al Puerto. Me encontré cara a cara con Félix, que siempre había sido más leal a mi padre que a mí.

La sorpresa era evidente en su rostro. Un silencio barrió la multitud que se agolpaba detrás de él.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunté.

—Dijeron que ibas a volver.

—Bueno, ya he regresado. ¿Qué tontería es esta? —Parecía como si todos los vampiros de La Sombra estuvieran presentes. No pude evitar preguntarme dónde

estaban los humanos—. ¿Quién hay cuidando a los naturales?

—Se ocultan en Las Catacumbas. Con la bruja. Están en un encierro.

«¿Un encierro?».

Sentí pánico en mi interior, pero no podía mostrarlo. Solo hacía falta que mostrara un momento de debilidad y aquello supondría mi fin.

—Los líderes humanos organizaron un encierro cuando Félix y sus hombres amenazaron con un sacrificio. —Liana ahora estaba de pie detrás de mí.

No pude evitar pensar en Corrine, la bruja que mantenía el hechizo protector que ocultaba la isla de la detección humana.

«Si está en Las Catacumbas en el encierro, ¿cómo diablos mantiene activo el hechizo?».

Miré a Félix, todavía de pie en medio de mi camino, con ojos entrecerrados.

—Hazte a un lado, Félix. Quiero una reunión del Consejo inmediatamente en la Gran Cúpula.

—No hasta que nos des respuestas. —Félix se mantuvo firme.

Mi mirada se oscureció y necesité todo mi autocontrol para no mutilarlo.

—Aparta de mi camino a menos que quieras que te arranque el corazón.

—¿Lo han oído? —gritó Félix, agitando sus brazos en el aire—. Nuestro amado rey desea matar a su propio súbdito, a alguien que ha luchado y sangrado con él en innumerables ocasiones.

—Sí, lo han oído correctamente. No tengo la menor idea de lo que está sucediendo aquí, pero llegaré al fondo de todo esto y el responsable responderá ante mí. Soy Derek Novak y sigo siendo el soberano de este reino así que, a menos que quieran un derramamiento de sangre aquí y ahora, todos aquellos que no formen parte del Consejo de la Élite regresarán a sus hogares. ¡Ya!

Los ciudadanos de La Sombra ya me habían visto en mis momentos más oscuros. Sabían de lo que era capaz. Cuando la oscuridad se apoderaba de mí, podía destruir a todo un batallón de nuestros mejores guerreros. Lo que no sabían era que estaba luchando con cada fibra de mi ser para que la oscuridad no se adueñara de mí.

«No puedo permitirlo».

Incluso mientras la multitud se dispersaba, intentaba imaginar a Sofía de pie a mi lado. Podía sentir su mano en mi brazo, manteniendo mi temperamento bajo control.

Tomé aliento.

«Te añoro tanto, Sofía».

Solo me quedaba esperar que ella sintiera lo mismo.

«No soportaría que me odieras».

Sofía había prometido que siempre sería mía. Sabía que poseía su corazón. Esperaba que supiera que ella también poseía el mío.

Xavier abandonó el puerto y contemplé cómo desaparecía la multitud. Félix se apoyaba cambiando su peso de un pie al otro, obviamente sin saber qué hacer una vez perdido el poder de la multitud. No le di la satisfacción de mirarlo a la cara.

Xavier dejó escapar un silbido.

—Siempre has tenido talento con las multitudes, Novak... Es impresionante lo fácil que te resulta atraerlos y repelerlos.

A pesar de la tensión, esboqué una sonrisa burlona.

—No puedo creer que dudarás de mí, amigo mío.

—Siento haberlo hecho. —Xavier se encogió de hombros—. Pero aquí ha sido toda una locura desde la caída de El Oasis.

—Discutámoslo en la Cúpula. Parece que tenemos muchos asuntos de los que hablar. —Miré en dirección a Cameron y Liana—. ¿Podrías asegurarte de que Corrine y los líderes humanos sean informados de mi regreso? Deseo que estén presentes en la reunión del Consejo.

«Esto es solo la calma antes de la tempestad, Derek. No te engañes creyendo que las cosas van a mejorar».

En ese momento, el único refugio frente a la tormenta que me azotaba por dentro era la imagen de mi preciosa Sofía: su sonrisa, sus ojos, su risa.

«¿Qué has hecho, Derek? ¿Qué te hizo pensar que podrías superar todo esto sin ella? ¿Qué vas a hacer ahora?».

La desesperación comenzó a adueñarse de mí mientras contemplaba la isla por la que luchaba, mi reino, tal y como era en realidad: un lugar absolutamente desprovisto de luz.

Ingrid

Los cazadores estaban molestos al verme dar órdenes a diestro y siniestro. Los oía murmurar entre ellos. Aiden no solo me había permitido a mí darme una ducha y tener compañía, no solo me había trasladado a mí a aposentos propios, había hecho lo mismo con la impetuosa vampira rubia.

La habitación me recordaba a mi dormitorio de la universidad. Dos camas, armarios, un baño compartido... No era el tipo de espacio al que estaba acostumbrada, pero ciertamente era mejor que la celda.

Nada más trasladarme a la habitación, me di cuenta de que las ventanas estaban selladas.

«Por supuesto, nada de luz solar entrando por ellas...».

Las cámaras de vigilancia seguían cada uno de mis movimientos. Estaba segura de que la habitación tenía micrófonos para oír todas las conversaciones.

No me importaba. Agarré una toalla de un armario y me despojé de mi ropa interior, guiñando un ojo a quien fuera que me estuviese observando a través de las cámaras.

Entré en el cuarto de baño y tomé un largo baño. Cuando salí, Claudia ya estaba sentada en una de las camas, con una expresión vacía en su rostro.

No me alegraba pasar tiempo con esa pequeña idiota, pero supuse que no tenía remedio. Luché contra el impulso de dejar traslucir mi exasperación ante las insignificantes conversaciones que tendría que soportar con ella.

Me vestí, sin importarme quién me veía desnuda, antes de tomar asiento en la cama frente a ella. Estudié su cuerpo mientras me secaba el cabello con la toalla. Me di cuenta de que, al igual que yo, a ella tampoco le habían hecho ningún favor en cuanto a higiene personal.

—¿Vas a tomar un baño? —pregunté.

—Tal vez más adelante. —Me miró fijamente.

—¿Qué? —espeté.

—Eres Ingrid Maslen. La madre de Sofía.

Fruncí el ceño.

—¿Y qué si lo soy?

—Espero que Sofía escape de este lugar. Creo que lo desea de verdad. Derek y ella están muy enamorados. —Su mirada me abandonó mientras agachaba la cabeza—. Espero que me lleve con ella. Quiero regresar a La Sombra. Yuri está allí.

Las noticias sobre los planes de huida de Sofía me encantaron, pero sabía que seguir preguntando levantaría sospechas. Claudia continuó con su soliloquio.

—¿Alguna vez sentiste que eras indigna del amor de un hombre?

—Sí.

—Él lo ha hecho todo por ti y, sin embargo, nada parece suficiente.

«*La historia de mi vida*».

—Me he sentido así continuamente al pensar en Yuri. Siempre me apoyó. Y todo lo que hice yo fue lastimarlo, traicionarlo y burlarme de él por albergar algún tipo de afecto hacia una criatura quebrada como yo.

«*Una criatura quebrada*».

Aquellas palabras tocaron de tal forma una fibra sensible en mi interior que no podía apartar los ojos de Claudia.

—Y entonces lo pierdes —continuó Claudia, con la mirada distante y los ojos húmedos—. Lo estropeas todo tanto que sientes como si nada de lo que hagas pudiera devolvértelo. Empiezas a preguntarte si alguna vez podrá perdonarte, si alguna vez podrá amarte de nuevo pero, al mismo tiempo, sabes que no mereces ese amor...

Hizo una pausa y me descubrí terminando su frase.

—No lo mereces, pero eso no significa que no lo quieras.

Claudia asintió.

—Exacto. ¿Cómo lo sabes?

—Siento lo mismo por alguien. —La verdad era dolorosa.

«*Estoy enamorada de Aiden. Siempre lo estaré. No hay forma de escapar de ello, pero eso no quiere decir que tenga que ser prisionera de ese amor*».

—Claudia, si tuvieras la posibilidad, ¿intentarías regresar a él y tratar de enmendar todo lo que hiciste? Si te acogiera con los brazos abiertos...

Sus ojos se iluminaron.

—¡Sí! Haría cualquier cosa. He sido tan idiota...

Claudia deseaba el amor más de lo que deseaba el poder. Sin embargo, hacía mucho yo había elegido el poder por encima del amor. Miré fijamente a Claudia, una persona fuerte y capaz, convertida en un ser débil a causa del amor.

«*Me niego a ser como ella. No puedo ser como era Camilla, una quejumbrosa ama de casa enferma de amor por su marido. Ahora soy Ingrid Maslen. Camilla Claremont se fue hace mucho tiempo*».

Miré la habitación en la que me encontraba, un favor que no merecía, una prueba de que Aiden todavía sentía afecto por mí. Si eligiera el camino de Claudia, sabía que podía conseguir que volviera a mí, pero también me estremecí ante la idea. Camilla estaba enamorada de Aiden. Ingrid no.

«*Si voy a ser Ingrid Maslen, entonces Aiden es mi mayor debilidad. —Tragué saliva con fuerza—. Eso solo quiere decir una cosa... Aiden debe ser destruido*».

Sofía

A pesar de lo cansada que me sentía, había noches en las que el sueño me esquivaba. Los momentos pasados junto a Derek me obsesionaban.

«¿Estará seguro en *La Sombra*? Y si lo está, ¿por qué no ha intentado recuperarme? ¿Piensa siquiera en mí?».

A veces me abrumaban de tal manera las preguntas que apenas podía respirar. Sostenía el colgante de diamante que me había regalado por mi cumpleaños, acariciando los bordes con el pulgar, encontrando consuelo en la promesa que acompañaba al collar:

«Quiero que lo tengas. Llévalo siempre puesto. Te recordará a mí. Acéptalo como una promesa de mi parte, la promesa de que encontraré la manera de estar contigo».

No sabía dónde se encontraba o si estaba en peligro. No entendía por qué había pensado que era mejor irse sin ni siquiera despedirse, pero estaba segura de una cosa: no podría dudar jamás de su amor por mí. Aquella era la esperanza que me hacía soportarlo todo hasta el siguiente día.

Aparte de Derek, una cosa más me molestaba a cada instante que estaba despierta:

«Soy la inmune».

Era algo a lo que no sabía cómo encontrar la respuesta. Contárselo a los cazadores no parecía la mejor idea, teniendo en cuenta que no sabía cómo reaccionarían si les revelaba que debería haberme convertido en vampiro muchas veces y, sin embargo, allí estaba, aún humana.

Solo otra persona en el cuartel general de los cazadores sabía que yo era inmune: Ingrid. La idea de hablar con ella me provocó un estremecimiento. Sin embargo, llegué a un punto tal de desesperación que me descubrí pidiéndole a mi padre que me dejara hablar con ella.

—¿Por qué demonios quieres hablar con esa mujer? ¿La misma que te ofreció como regalo a Borys Maslen, y que incluso ahora desea regalarte a él?

—Quiero hablar con ella. En privado. Sin micrófonos. —Había estado en el cuartel general el tiempo suficiente para saber que era difícil mantener una conversación privada.

—No puedes confiar en una sola palabra que salga de su boca, Sofía.

Ante eso, no pude evitar burlarme.

—¿Te refieres a no confiar en nada de lo que diga de la misma forma en que no puedo confiar en nada de lo que salga de tu boca?

Parecía genuinamente ofendido.

—¿Por qué te resulta tan difícil creer que estoy de tu lado? Te mantengo aquí por

tu propia seguridad. Soy tu padre.

—Lo dices como si eso significara algo. Eres mi padre biológico. ¿Y qué? ¡Me abandonaste con los Hudson durante nueve años, Aiden! ¡Camilla me ofreció como sacrificio a Borys Maslen y es mi madre!

Aiden se puso de pie, agarrando el borde de su escritorio tan fuertemente que sus nudillos se tornaron blancos.

—No me parezco en nada a Ingrid. No quería que te vieras envuelta en todo esto. Quise que tuvieras una vida normal... Algo de lo que yo me vi privado debido a la doble vida que tenía que vivir como cazador y como hombre de negocios.

No estaba de humor para discutir sus defectos como padre.

—No importa. El pasado es el pasado. No podemos cambiarlo. Pero por ahora, ¿realmente quieres ganarte mi confianza?

Mi padre se recostó en su asiento.

—Haría cualquier cosa para tener tu confianza, Sofía.

Arqueé una ceja.

—¿Cualquier cosa? ¿Qué tal llevarme con Derek?

—No puedo hacerlo y lo sabes. Y aunque pudiera, no sabría cómo encontrarlo. No sé dónde está Novak. Podría estar en La Sombra, pero dudo que me confiaras esa información.

—Bueno, si no puedes llevarme con Derek, entonces llévame con Ingrid. Déjame hablar con ella.

Aiden me lanzó una mirada de preocupación, como si temiera lo que Ingrid pudiera decirme. Entonces me di cuenta de que estaba intentando protegerme para que ella no me hiriera. Por primera vez, experimenté lo que se sentía al tener un padre que cuidaba de mí. Me pareció triste que hubiera tardado una década en hacerme sentir así. Lo añoraba mucho, pero me pareció que cualquier afecto que me mostrara llegaba demasiado tarde. A estas alturas, detestaba cómo se estaba metiendo en mi vida. Aun así, realmente esperaba que lo hiciera de corazón pensando en lo mejor para mí, ahora y en el pasado.

—Nunca fui capaz de controlar a Camilla —reveló melancólicamente Aiden—. Tenía ideas propias y muchos cambios de humor erráticos cuando estábamos juntos. Supongo que tampoco podré controlarte a ti, ¿verdad?

—Puedes intentarlo, pero creo que esa pregunta es retórica.

—Muy bien entonces... te llevaré con tu madre.

De repente, recordé todo por lo que había pasado en El Oasis.

«Las garras de Borys hundiéndose en mis muslos, sus dientes mordiendo mi cuello, sus manos manoseando mi cuerpo...».

Y mientras, mi madre se recostaba en un asiento sin hacer nada.

Tragué saliva. Cualquier sensación de anticipación por reunirme con Ingrid se desvaneció y fue reemplazada por puro terror.

«¿En qué me estoy metiendo exactamente?».

Derek

La Gran Cúpula era el centro de todas nuestras reuniones gubernamentales, judiciales y militares. Nunca dejaba de recordarme a mi hermana gemela, Vivienne, a quien encomendé la tarea de modernizarla.

En ese momento, la ola de nostalgia y dolor que había acompañado al fallecimiento de mi hermana a manos de los cazadores no era la única razón por la que vacilaba en ir a la Cúpula. El Consejo de la Élite ya estaba esperando allí. Iba a enfrentarme a una fuerte oposición. A decir verdad, no era aquello lo que temía. Me temía a mí mismo.

Ni Sofía ni Vivienne estarían allí para detenerme. Ninguna de las dos estaría presente para recordarme que había bondad en mí.

Sin embargo, cuando Ashley y Sam, dos de los amigos más cercanos de Sofía en La Sombra, se presentaron en mi ático para decirme que Liana les había dado instrucciones para que me acompañaran a la Cúpula, no tuve más remedio que ir.

Y así, me encontré caminando por los corredores iluminados por antorchas de la Fortaleza Carmesí y subiendo a la torre oeste, que se elevaba más de cuarenta y cinco metros sobre el suelo. La torre, cubierta con una bóveda de crucería con arcos apuntados, era una de las construcciones más antiguas de la fortaleza, y ya había sido testigo de numerosas batallas en defensa de la isla. La Fortaleza Carmesí rodeaba toda la isla con sus gruesos muros y sus torres fortificadas.

—¿Qué ocurrió, Derek? ¿Dónde está Sofía? —Ashley era la vampira más reciente de La Sombra. Era una de las adolescentes humanas secuestradas para mi harén, una tradición enfermiza que se había impuesto en La Sombra durante mi sueño de cuatrocientos años. Consistía en el secuestro de adolescentes del exterior para entregarlos como esclavos a la Élite. Entre las chicas que me habían traído con Ashley estaban Sofía y Rosa. Ashley era la única que había elegido convertirse en una de nosotros. Sin embargo, a pesar de que era mi súbdita, nunca me reconoció como su rey y siempre me hablaba como lo haría un amigo, y eso me gustaba de ella.

—Lo sabrás muy pronto —respondí mientras echaba un vistazo a la entrada de la Cúpula que estaba justo delante de nosotros. Lancé una mirada a Ashley antes de desviar mi atención hacia Sam—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Los dos intercambiaron una mirada e inmediatamente llegué a la conclusión de que ya no eran solo amigos.

«Al menos todavía hay alguna buena noticia por aquí».

Sabía del afecto de Ashley hacia Sam después de que ella me lo contara cuando íbamos de regreso a los aposentos de Sofía en Las Catacumbas.

Les dediqué un gesto de complicidad. Sin embargo, toda la alegría que sentía por

mis amigos se desvaneció rápidamente cuando crucé las gigantescas puertas de roble de la Cúpula.

Era obvio que justo antes de mi llegada había un gran alboroto, pero en cuanto entré un silencio frío llenó el aire. Aceleré el paso hacia mi asiento en la cabecera del salón.

Eli Lazaroff, que presidía todas nuestras reuniones del Consejo, ocupó su lugar en el estrado, en el centro de la Cúpula. Se aclaró la garganta mientras se giraba hacia mí.

—Alteza... —Inclinó la cabeza y se revolvió con incomodidad. Me di cuenta de que no estaba seguro de cómo sacar a colación todos los asuntos que se habían estado gestando en La Sombra desde que partiera a rescatar a Sofía.

—¡Vamos, por todos los cielos! —Félix se puso en pie y comenzó a caminar hacia el estrado—. ¿Puedo tomar la palabra, por favor?

Gruñí para mis adentros mientras asentía con la cabeza. Eli abandonó el estrado para dar a Félix el uso de la plataforma que había reivindicado.

—Con el debido respeto, Derek, debo ser franco contigo —comenzó Félix—. Eres el salvador de La Sombra, ninguno de nosotros puede arrebatarte eso. Sangramos contigo y luchamos junto a ti, pero ¿cómo podemos seguir sirviendo bajo tu reinado cuando no estamos seguros de tu lealtad, no solo hacia este reino sino hacia todos los vampiros?

Lo miré con ojos entrecerrados.

—¿Estás poniendo en duda mi lealtad? ¿Ya no recuerdas la profecía y que yo traeré a nuestra especie el verdadero santuario? ¿Cómo podría dar la espalda a los vampiros cuando el único propósito de mi vida es salvarnos?

—No puedo creer que sigas siendo fiel a esa profecía. No después de que desempeñaras un papel decisivo en la caída de El Oasis y de los Maslen. No después de que entraras en el territorio de los cazadores y salieras sin un rasguño. ¿Te aliaste o no con los cazadores para destruir El Oasis con el fin de rescatar a la mujer que amas?

Parecía como si un subordinado mío me estuviera juzgando por un crimen que no había cometido. Me enderecé en mi asiento, tragándome la ira que crecía en mi interior, cerrando los ojos por unos instantes para recordar quién era yo cuando estaba con Sofía. Me aferré a los reposabrazos mientras luchaba por alejar la oscuridad que amenazaba con dominarme.

—No me alié con los cazadores para derribar El Oasis. En el momento del ataque, estaba encarcelado como prisionero de Borys Maslen. Estaba encadenado, me estaban torturando. Si no hubiera sido por Sofía, nunca habría logrado salir de allí. —Omití deliberadamente el hecho de que Lucas, mi propio hermano, también estaba allí. Había muerto durante el ataque de los cazadores a El Oasis y, a pesar de su odio hacia mí, una parte de mí se entristecía por su pérdida—. Usa el sentido común. ¿Por qué diablos iban a colaborar los cazadores conmigo?

—¿Por qué si no te trataron como un huésped en su territorio y te permitieron salir de allí vivo y coleando? —Félix se encogió de hombros—. ¿No será porque tu amada Sofía es la hija de Reuben, el célebre líder de los cazadores?

—¿Cómo sabes eso, Félix?

Un tenso silencio llenó la Cúpula cuando se abrieron las puertas y entró una destacada personalidad de La Sombra.

Mi padre tenía un don para causar un efecto melodramático, pero nunca me habría imaginado que estuviera de vuelta en La Sombra antes que yo y, por las reacciones de mis aliados, parecía que ellos tampoco estaban al corriente de su regreso.

Gregor Novak ocupó su lugar junto a Félix en el estrado.

—Se lo conté todo, hijo. Ahora es tu palabra contra la mía.

—Sabes que nunca he trabajado con los cazadores.

Mi padre negó con la cabeza.

—Yo no estoy tan seguro de eso. Has elevado la posición social de todos los humanos de La Sombra. Dejaste la isla para liberar a una chica humana en poder de los Maslen. Te alojaste con los cazadores durante semanas. Creo que nos merecemos respuestas.

Y así, la realidad nos inundó, no solo a mí sino a todos los allí presentes.

Ahora el rey de La Sombra estaba siendo sometido a juicio.

Sofía

A petición mía, Aiden accedió a que trajeran a Ingrid a mi *suite*. Me sentía más segura en mi propio terreno, y parecía que Aiden también se sentía mejor.

—¿Me has mandado llamar? —inquirió Ingrid.

Fui directa al grano.

—¿Por qué soy inmune? ¿Qué significa ser “la inmune”?

Ella sonrió, mostrando algo que casi parecía afecto.

—Tú no lo sabes, Sofía. Deberías ser una Maslen, una hermosa vampira de nueve años, pero no lo eres. Todo lo que sé es que desde el momento en que probó tú sangre, Borys ha estado obsesionado contigo.

—¿Por qué? ¿Qué hay en mi sangre?

—Yo también siento curiosidad. ¿Tal vez deberías dejarme probar para que pueda averiguarlo por mí misma...? Perdona. Un mal chiste. —Se produjo un momento de silencio mientras me contemplaba con lo que parecía añoranza—. Debes tener muchas preguntas. ¿Cómo te ha ido, Sofía? He oído rumores sobre la desaparición de Derek...

Se me formó un nudo en la garganta ante la mención de Derek. No estaba segura de querer hablar de él con Ingrid, ni con nadie en realidad. Solo oír su nombre me dolía de nostalgia.

—Lo añoras, ¿verdad? Entiendo cómo te sientes.

—¿Por qué? —pregunté, incapaz de ocultar el resentimiento que se traslucía en mi voz—. ¿Porque es lo mismo que sientes por tu amado Borys ahora mismo?

La pregunta provocó un destello de ira en sus ojos, pero sacudió la cabeza.

—No. Es por lo que sentí por tu padre durante mis primeros años en El Oasis. Parecía como si me faltase una parte de mí.

—No somos iguales. Yo no abandoné a Derek. Estoy luchando para volver con él.

—Olvídate de Derek, Sofía.

«*Eso es imposible*».

Sabía lo obsesionada que estaba mi madre con entregarme a Borys. Insistir en Derek no iba a ayudarme en mi situación.

—¿Eso es lo que hiciste con Aiden? ¿Lo olvidaste?

—Se puede lograr, ¿sabes? ¿Es cierto que estás casada con Derek? ¿O era simplemente un farol?

—Estoy prometida a él, pero no, no estamos casados.

El alivio le recorrió el rostro.

—Claudia me dijo que querías escapar para regresar con Derek. ¿Es verdad?

Apreté los labios, luchando contra el impulso de mostrar mi exasperación.

«¿Qué le ha pasado a Claudia?».

Había demostrado su inutilidad a la hora de encontrar una manera de salir del cuartel general. La reacción que obtuve de ella fue decirme lo mucho que deseaba volver a La Sombra y preguntarme si a Yuri le preocuparía siquiera.

«Es como si todo el sentido común la hubiera abandonado en el momento que salió de La Sombra».

No pude evitar sonreír ligeramente.

«Supongo que eso es lo que el amor puede hacerle a una persona».

—¿Y qué si es verdad?

—Quiero ayudarte.

Arqueé una ceja, sorprendida.

—¿Por qué?

—Quiero que desaparezcas de aquí. Mientras sigas aquí, Borys no puede llegar a ti.

—¿Así que lo que estás diciendo es que me quieres fuera del cuartel general para que Borys pueda secuestrarme?

—Suenas malvado cuando lo dices de esa manera.

—Eres mi madre. ¿Eso no significa nada para ti?

—Significa todo para mí, Sofía. Confía en mí cuando digo que, si no fuera por ti, Ingrid Maslen probablemente no existiría.

No tenía ni idea de qué estaba hablando. Tampoco estaba segura de querer saberlo.

—¿Cómo te propones ayudarme?

—Fácil. Todo lo que tengo que hacer es fingir ser Camilla Claremont de nuevo.

Sonaba como una lunática. ¿Cómo diablos había acabado con unos padres tan demenciales? La idea de parecerme a ellos algún día me aterrorizaba.

Ella se puso de pie.

—Si aceptas dejar que te ayude, levántate y abrázame. Ahora —ordenó.

No sé qué me invadió, pero obedecí y abracé a mi madre por primera vez en una década.

—La única razón por la que deseo que estés con Borys es porque quiero lo mejor para ti —me susurró al oído—. Si estás con él, no te volverás como Camilla. Con Derek serás una persona débil. Con Borys te harás fuerte.

Estaba temblando y empecé a luchar por contener las lágrimas cuando me besó en la mejilla. Cuando nos separamos, me di cuenta de por qué me había pedido realmente el abrazo.

Aiden acababa de entrar en la habitación, a tiempo para ver lo que parecía una escena conmovedora entre madre e hija.

Sintiéndome utilizada, desvié la mirada de Aiden a Ingrid y me sorprendí al encontrarla secándose las lágrimas mientras me tomaba la mano y me la apretaba con fuerza.

—Sé lo difícil que te resulta creerlo, pero te quiero, Sofía.

Sonreí, sabiendo que, por mucho que deseara creer en su afirmación, era una mentira descarada.

Aiden

—¿*A*qué juegas, Ingrid?

Ella se detuvo en su camino de vuelta a la habitación y se giró para mirarme.

—¿De qué juego hablas?

—No te hagas la sorprendida conmigo, Ingrid. La última vez que hablamos, dejaste perfectamente claro que no sientes ningún afecto por nuestra hija. ¿Ahora entro en su *suite* y te veo deshecha en abrazos y besos con ella? ¿Cuál es tu juego?

—Acabo de tener una charla desde el corazón con mi hija, Aiden. ¿Es tan imposible que cambien mis sentimientos hacia ella?

—¿Qué cambien tus sentimientos? ¿Después de que la entregaras como alimento a Borys Maslen? ¿Viste como ocurrió? ¿Te quedaste mirando mientras la mordía? ¿Disfrutaste viendo cómo la hacía sufrir? ¿No sentiste culpa al verlo? —Comencé a caminar hacia ella, arrinconándola hasta que su espalda golpeó una de las paredes—. ¿Pero qué te pasa? Sofía es tu hija. ¿Cómo es posible que eso no signifique nada para ti?

Ingrid arqueó una ceja y se burló.

—Tampoco significaba nada para mi madre que yo fuera su hija.

Ahí estaba de nuevo, otra pista sobre un pasado del que se negaba a hablar. Durante los primeros años de nuestro matrimonio, la animé a buscar ayuda profesional. Nunca tomó siquiera en consideración mi sugerencia. Tuve que limitarme a ver cómo la mujer que amaba seguía rota por dentro, sin esperanza de conseguir una solución.

Era dolorosamente consciente de su cercanía. Me inundaba el anhelo por ella. Daba igual si era Ingrid o Camilla, todavía tenía el mismo efecto en mí que la primera vez que posé mis ojos en ella. Me dejaba sin aliento. Me atraía como ninguna otra mujer lo había hecho jamás. No importaba lo mucho que odiara admitirlo, sabía que siempre amaría a Camilla.

Antes de que pudiera contenerme, la agarré por los hombros y presioné mis labios contra los suyos.

«Ya no es Camilla. Es Ingrid. Es una vampira, un monstruo, una criatura que tú juraste erradicar de este planeta. Estás en el cuartel general de los halcones. Piensa en lo que podrías perder si te vieran».

Nada de eso importaba. Me apreté contra ella con toda la fuerza que poseía, reclamando todo aquello de lo que me había visto privado desde que me abandonara: su tacto, sus besos, su silueta perfilada exclusivamente para adaptarse a mi cuerpo.

Ella respondió con abandono. No me aparté de ella con un empujón hasta que sus colmillos cortaron mi labio inferior. Los dos nos quedamos atónitos mientras me

limpiaba el rastro de sangre de mi labio.

—Todavía me amas, ¿verdad? —dijo con tristeza.

—Creo que siempre te amaré —admití, odiándome a mí mismo—. No pienses ni por un momento, Ingrid, que mi amor por Camilla borra el hecho de que estés utilizando a mi hija para cualquier cosa enfermiza que tengas planeada. No te equivoques: si alguna vez vuelves a lastimar a Sofía, te mataré yo mismo.

Las lágrimas comenzaron a desbordar sus ojos mientras asentía.

—Lo entiendo. Es solo que... No sé cómo ser una buena madre, Aiden. Quiero serlo por ella, pero no sé cómo. Quiero cambiar. Quiero compensarla, aunque solo sea para volver a congraciarme contigo, porque te amo, Aiden. Siempre te amaré.

No supe decir si aquello era auténtico o si solo lo estaba fingiendo. En ese momento no podía pensar con suficiente claridad para importarme que fuera cierto.

Era plenamente consciente de las consecuencias cuando la llevé a mi *suite* y le hice el amor, pero me dio igual. La sostuve entre mis brazos y cedí a mí desesperada necesidad de la mujer que había amado, de llenar el vacío que había dejado en mi interior cuando nos abandonó a nuestra hija y a mí.

Esa noche, como tantas otras antes de su desaparición, descubrí una vez más que yo era como arcilla en las manos de Camilla Claremont.

Hasta la mañana siguiente, cuando desperté con su encantador cuerpo acunado entre mis brazos, no asimilé que Camilla se había ido y que era Ingrid Maslen quien ahora sostenía mi afecto más profundo en la palma de su mano.

«Aiden, ¿qué has hecho?».

Gregor

Cuando regresé a La Sombra solo una palabra podía describirme: atormentado. Cada fibra de mi ser deseaba no haber salido de la isla, no haber participado jamás en el plan de Lucas de llevar a Sofía a El Oasis.

Supe que había cometido un error en el momento que puse un pie en las infames tumbas egipcias de los Maslen. La Sombra era mi reino y nunca debí abandonarlo. Ahora, después de la destrucción de El Oasis y la caída de los Maslen, las cosas nunca volverían a ser igual.

Me estremecí cuando pensé en todo lo que había sucedido desde que mi hijo Derek despertara después de cuatrocientos años. Nunca creí que pudiera sentir tanto odio y resentimiento hacia mi propia carne y sangre como el que me había invadido por Derek cuando se hizo con el poder de La Sombra y me destronó como rey de la isla. Ahora, de regreso en mi reino, no tenía más alternativa que destruirlo.

Quería recuperar mi trono. Daba igual lo que esos estúpidos de la Élite pensarán, era el legítimo gobernante de La Sombra. Derek nunca debió arrebatármelo.

De pie en el centro de la Cúpula, podía sentir cómo me hervía la sangre mientras miraba fijamente a mi hijo sentado en el lugar que yo debería haber ocupado. Llegaría hasta declararle la guerra si eso significaba recuperar la posición que me correspondía.

—Desde que esa pequeña zorra tuya llegó a La Sombra, has puesto a este reino patas arriba por ella. —Disfruté viendo cómo se tensaba el rostro de Derek. Nunca antes había ocurrido nada semejante en La Sombra. Cuando yo era el rey, mis súbditos jamás tuvieron motivo alguno para dudar de mi lealtad. Ahora que se había sembrado la duda sobre Derek, tenía toda la intención de aprovecharme.

—Sofía no tiene nada que ver con las decisiones que tomé relacionadas con La Sombra.

—¿No fue ella la razón por la que detuviste el sacrificio y pediste a Eli que organizara una forma de aprovechar los bancos de sangre? Ese movimiento coloca a La Sombra en peligro de ser descubierta, ¿no es así?

—De la misma manera que tú pusiste en peligro a La Sombra cuando comenzaste a secuestrar adolescentes para convertirlos en tus esclavos. Solo que, con esta medida, no tenemos que destruir ninguna vida. —Derek estaba perdiendo la paciencia, era evidente.

Sonreí interiormente. Quería hacer estallar su ira. Quería verlo derrumbarse y hacer el ridículo.

Una vez subestimé a mi hijo. Antes de que pudiera pensar en otra acusación, se puso en pie y paseó su mirada por el salón circular.

—Estoy cansado de todo esto. Sigo siendo el gobernante de este reino y no me someteré a este simulacro de juicio. Soy leal a La Sombra y seguiré siéndolo. Se profetizó que yo encontraría nuestro verdadero santuario y lo intentaré hasta que se me arrebate la inmortalidad. Mi amor por Sofía Claremont no es un secreto para nadie. Se profetizó que ella sería esencial para ayudarme a cumplir la profecía. No me he aliado con los cazadores. Sí, me quedé en territorio cazador después de la caída de El Oasis hasta mi regreso aquí. Sofía Claremont es la hija de uno de los cazadores de más alto rango del mundo, y Reuben me dejó marchar porque acepté no volver a verla jamás.

Al oír eso, muchos de los presentes comenzaron a reaccionar.

—¿Significa eso que Sofía no va a regresar a la isla?

—¿De verdad vas a permanecer alejado de ella?

—¿Y qué pasa con la profecía? Si estas lejos de Sofía, tal vez nunca puedas brindar a nuestra especie el verdadero santuario.

—¿Cómo lograste que Sofía aceptara dejarte marchar?

—¿Sabe Sofía que su padre llegó a ese acuerdo contigo?

—¿Cómo fuiste capaz de aceptarlo?

Las preguntas carecían de importancia. Enojado por cómo me dejaban de lado tan fácilmente, me lancé hacia adelante dejando escapar un grito. Ataqué a Derek, logrando arañar su mejilla antes de que pudiera esquivarme.

Sus ojos azules se giraron hacia mí mientras la herida de su mejilla sanaba.

—No tienes ni idea de a qué te enfrentas —le advertí mientras apartaba de mi memoria los acontecimientos que tuvieron lugar durante el tiempo que trascurrió desde que Borys Maslen y yo escapamos de El Oasis hasta que me liberaron y pude regresar a La Sombra. Sentí cómo la oscuridad se apoderaba de mí.

—¿A qué me estoy enfrentando exactamente, Padre? ¿A ti?

—Jamás debiste ponerte en contra de mí.

—Amenazas vacías, Padre. Ambos sabemos que aquí no tienes ningún poder.

Derek me estaba subestimando. Yo ya no era el mismo hombre que partió de La Sombra hacia El Oasis. No, nunca más.

—Esto es la guerra, Derek.

Se irguió en toda su estatura y cuadró los hombros.

—Entonces que así sea, Padre. Si es guerra lo que quieres, guerra es lo que tendrás.

Nos miramos de arriba abajo el uno al otro, haciendo caso omiso de la conmoción que estábamos causando entre las personas que nos rodeaban. En ese momento, Derek y yo nos comprendimos. Mientras la guerra continuara, yo ya no era su padre y él ya no era mi hijo.

«No tienes ni idea de en qué te acabas de meter —pensé mientras abandonaba la Cúpula—. He cambiado de la misma forma que Borys. Me estremezco solo de pensar en el tipo de fuerza que es Borys ahora. Derek no tiene ni una sola oportunidad

contra nosotros. Escogió el bando equivocado cuando eligió la luz sobre la oscuridad».

Al salir de la Fortaleza Carmesí, la sonrisa desapareció de mi rostro cuando una imagen de Sofía Claremont cruzó mi mente acompañada de una orden:

«Ella debe ser destruida para que Derek regrese como hijo de la oscuridad».

Me di cuenta de por qué odiaba tanto a la encantadora pelirroja.

Ella era la elección de Derek. Era la luz que había elegido por encima de la oscuridad.

Derek

—¿Qué ocurre aquí? —exigí saber en cuanto vi a Corrine en Las Catacumbas.

Después de escapar por fin del enfrentamiento que había tenido lugar en la Cúpula, busqué a la bruja que era esencial para la supervivencia en el tiempo de La Sombra. De todos los líderes humanos designados por Sofía para representar a la población humana de La Sombra, solo Gavin e Ian se presentaron para reunirse conmigo. Me explicaron que Corrine aún estaba en Las Catacumbas, así que me vi forzado a visitar la red de cuevas situadas bajo una vasta cadena montañosa de la zona más septentrional de la isla, conocida como las Cumbres Negras.

Corrine estaba sentada en la sala de estar de los aposentos que yo había preparado para Sofía cuando se trasladó a vivir con los demás humanos de Las Catacumbas. La bruja apenas pestañeó al verme.

—Estás aquí.

—Esta isla se desmoronará a menos que todos hagamos el esfuerzo necesario para su supervivencia. —Había perdido la paciencia en la Cúpula—. ¿Por qué apoyas este encierro?

—No estoy apoyándolo. —Sacudió la cabeza—. Simplemente estoy aquí para asegurarme de que estas personas no acaben por matarse unas a otras. ¿Tienes idea del caos que ha invadido tu reino desde que desapareciste?

Apreté los dientes.

—Me lo han contado.

—¿Dónde está Sofía?

—La dejé con los cazadores.

—Aquí te enfrentas a más de lo que puedes controlar, Derek. Acabas de declarar la guerra civil dentro de La Sombra. Los naturales están arrojándose al cuello entre ellos... Nunca antes han experimentado Las Catacumbas una tasa de criminalidad tan alta. Y si no me equivoco, también hay rumores sobre un ataque de otros aquelarres a La Sombra. Es la anarquía y la guerra, todo al mismo tiempo.

—Bueno, gracias por ofrecerme un resumen tan maravilloso. —Estaba agradecido por la privacidad que nos concedieron los humanos y los vampiros que me habían acompañado a Las Catacumbas, porque si había alguien en La Sombra con quien me sentía seguro aunque perdiera los estribos, esa era Corrine. Ella podría aplacarme fácilmente con un solo hechizo.

—Nunca debiste dejar a Sofía. Eres más débil cuando estás alejado de ella.

—No tuve elección. Mantenerla a mi lado la habría destruido. Incluso ahora, siempre que pienso en ella, su sola imagen en mi mente me hace desear su sangre. En lo único que puedo pensar es en lo bien que me sentí al beber su sangre.

Los ojos de Corrine se abrieron de par en par.

—¿Has probado la sangre de Sofía? ¿Cómo? ¿Por qué?

El recuerdo me hizo tragar saliva.

—Ella me alimentó con su sangre para salvarme. Borys había estado torturándome. Debíamos escapar de El Oasis. Intenté oponerme, pero Sofía insistió. Se cortó la muñeca y dejó que la sangre goteara en mi boca... Me curé más rápido de lo que nunca antes lo había hecho.

Corrine se enderezó se movió hasta el borde del sofá.

—¿Eso es todo? ¿Nunca más...?

Sacudí la cabeza.

—Después anhelaba tanto su sangre... Ella me dejó beber voluntariamente de su cuello cuando estábamos en el territorio de los cazadores.

—Derek, ¿cómo pudiste...?

—No. —Sacudí la cabeza—. Ya me fustigo yo lo suficiente. No necesito que me añadas más culpa.

Se quedó pensativa durante un par de segundos.

—¿Qué sentiste al tener su sangre corriendo dentro de ti?

—¿Honestamente? Me hizo sentir poderoso más allá de lo imaginable.

Corrine me miró fijamente, con una expresión en su rostro imposible de descifrar. Abrió la boca para decir algo, pero entonces Rosa entró en la habitación. Sus ojos se abrieron por la sorpresa.

—¡Derek! No sabía que habías vuelto... —Rosa se sonrojó, casi como si la hubieran pillado haciendo algo que no debía.

La miré de reojo y fruncí el ceño.

—No pareces muy feliz de verme, Rosa. ¿Ocurre algo?

Con todo lo que estaba sucediendo, me alegré de ver a Rosa. Siempre precavida cuando estaba cerca de mí, me recordaba los días que habíamos pasado en mi ático, cuando Ashley, Sofía y ella todavía vivían conmigo. Sentí una cierta responsabilidad hacia ella, y descubrí que estaba ansioso por saber cómo había estado desde que me fui.

Rosa se quedó inmóvil mientras trataba de averiguar si estaba enfadado con ella. Corrine puso los ojos en blanco.

—La estás asustando, Derek.

Sofiqué una risa y la joven suspiró aliviada.

—¿Cómo te ha ido, Rosa?

Ella se sonrojó e hizo un gesto con la cabeza.

—Estoy bien.

—Rosa ha estado cuidando los aposentos de Sofía —explicó Corrine—. No sabíamos qué esperar, pero últimamente Las Catacumbas están abarrotadas, así que recomendé que ellos se mudaran aquí.

Arqueé las cejas con extrañeza.

—¿Quiénes son *ellos* exactamente?

—Bueno, Rosa ha estado aquí todo el tiempo, pero ahora también están Gavin y su familia... Lily y los niños. Ian y Anna también se han mudado aquí.

Gavin e Ian eran naturales, nacidos y criados en La Sombra. Cuando Sofía se mudó a Las Catacumbas, fue Gavin quien la tomó bajo su protección y la introdujo a la vida en las cuevas. Lily era su madre y tenía dos hermanos menores, Rob y Madeline. En algún momento, Gavin le había presentado a Ian, quien en aquellos días era uno de los líderes rebeldes de La Sombra. Juntos, los tres encabezaron una protesta contra el sacrificio de los humanos considerados inútiles.

—¿Quién es Anna? —pregunté, ya que el nombre no me era familiar.

Corrine y Rosa intercambiaron miradas incómodas. Rosa tomó asiento en una silla de madera cercana, como si tratara de encontrar apoyo para lo que Corrine estaba a punto de desvelar.

—Anna es una migrante. Fue esclava de Félix. Durante un tiempo, pareció que estaba realmente enamorado de ella. Los tenía a todos convencidos, pero al final se cansó de ella y la abandonó aquí en Las Catacumbas. No sabemos qué pasó entre ellos, pero se volvió loca...

—¿Así que hay una loca viviendo en los aposentos de Sofía? —Fruncí el ceño.

Corrine me miró con ira ante mi indiferencia. La historia me había parecido desgarradora, pero era el precio normal que se pagaba en La Sombra. Anna tuvo suerte de que Félix la mantuviera con vida. No me alegraba que se hubiera vuelto loca, pero ¿qué podía hacer yo?

Rosa se apresuró a explicarlo.

—Bueno, verás: Gavin e Ian ya sospechaban que algunos de los hombres de Las Catacumbas estaban... —se detuvo y tragó saliva— aprovechándose de Anna. No estoy segura de los detalles, pero Ian y Kyle se metieron en una pelea con algunos de los naturales mayores por su causa. Desde entonces, ambos mantienen esta extraña rivalidad sobre quién la protege. Por eso Ian insistió en trasladarse aquí con Anna, y eso no le hace mucha gracia a Kyle.

Kyle era uno de los dos guardias en quien más confiaba. Él y Sam no formaban parte de las familias de la Élite que habían luchado a mi lado para fundar La Sombra. Se mudaron a la isla mucho después, buscando refugio frente a la implacable persecución de los cazadores. Habían demostrado ser leales y dignos de mi confianza. También eran buenos amigos de Sofía.

«Sofía».

Sentí como si estuviera rodeado de ella. Estas personas eran sus amigos. Las Catacumbas eran su mundo. Estaba sentado en su casa. De repente, fui tan consciente de su ausencia que un gran peso se instaló en mi pecho.

Corrine me miraba fijamente.

—Estás fuera de tu elemento, Novak. Trae a Sofía de vuelta. No hay otra salida.

Ingrid

La mañana después de que Aiden y yo hiciéramos el amor, él me encontró acurrucada en un rincón, ocultándome de la luz del sol que se filtraba a través de los grandes ventanales del dormitorio. Habría jurado que dejó escapar una risita cuando me vio. No pude evitar lanzarle una mirada de agradecimiento cuando cerró las pesadas cortinas.

Deslizó una bata sobre su cuerpo antes de darse la vuelta para mirarme.

—Nadie puede saber lo que ha sucedido.

Eso me dolió. Me preguntaba si tenía la más mínima idea de lo que me hizo cuando me tomó en sus brazos y me abrazó como lo hacía antes, como si fuera Camilla. Lo sentí como un perdón, como redención, como aceptación.

«Eres una tonta, Ingrid. Te usó. Eso es lo que hizo».

Él empezó a recoger mi ropa y la colocó sobre la cama.

—Vístete. —Caminó hacia el baño. Unos minutos más tarde, la ducha empezó a funcionar.

Cuando me puse de pie, las rodillas todavía me temblaban. No estaba segura de si era debido a la luz solar o a la realidad de lo que acababa de ocurrir. Durante todos aquellos años, nunca había disfrutado compartiendo el lecho matrimonial. Había hecho todo lo posible por complacerlo porque lo amaba, pero para mí era simplemente mi deber como su esposa y no necesariamente algo que disfrutara.

Esta vez me había entregado a él con abandono. Tal vez fue el tiempo y la distancia que nos habían mantenido separados casi una década. No estaba segura de por qué, pero lo había deseado tanto como sentí que él me deseaba. Me había entregado a él sin reservas.

«¿Es porque estuve con él como Ingrid y no como Camilla?».

No tuve tiempo para procesar todas las emociones. Apenas había acabado de ponerme la ropa cuando salió chorreando de la ducha con una bata sobre su musculoso cuerpo.

Me miró fijamente. Hubiera dado cualquier cosa por poder leer su mente en ese momento. Su rostro estaba en blanco.

El corazón se me rompió cuando dijo:

—Vámonos. Puedes asearte en tu dormitorio.

Eso fue todo. Aiden pensaba que lo sucedido entre nosotros era un gran error, un fallo de juicio por su parte. Estaba segura de que sería la última vez.

Por eso me sorprendió cuando, en medio de la noche, vino a la habitación que compartía con Claudia trayendo nuestra ración nocturna de sangre animal. Nos entregó a Claudia y a mí nuestros respectivos paquetes de sangre antes de mover

incómodo los pies. Tomé mi ración y lo miré, preguntándome por qué no se iba. Después de lo que había pasado, no me emocionaba tenerlo cerca y, por extraño que sonara, la idea de beber sangre delante de él me parecía mal.

—Tengo que hablar contigo.

—Entonces hablemos. —Coloqué el paquete en mi mesita de noche.

—¿No vas a beber eso?

Sacudí la cabeza.

—No tengo tanta hambre...

—Muy bien. —Aiden me hizo un gesto para que lo acompañara. Lo seguí fuera de la habitación, sin saber qué esperar.

Me llevó al ascensor y pronto estuvimos de camino al sótano. Tomé nota de los lugares por donde íbamos pasando. No había nadie por allí. Ni guardias ni ninguna otra persona. Solo nosotros. No mucho después atravesamos una red de pasadizos secretos bajo el cuartel general. Finalmente llegamos a un pequeño tramo de escaleras que conducía a una puerta cerrada con llave. Aiden la abrió y entramos en un jardín que supuse que estaba en algún lugar al sur de la finca principal. El cuartel general se encontraba a un largo paseo de distancia.

Nada más salir de los pasajes subterráneos, Aiden me lanzó una larga mirada llena de anhelo antes de agarrarme por la cintura y besarme.

Por un momento, me sentí demasiado aturdida para reaccionar. Después de recomponerme, respondí con desgana.

Esa noche me di cuenta de que lo tenía. Tenía a Aiden Claremont comiendo en la palma de mi mano.

También descubrí una forma de destruir a Sofía y, tal vez durante el proceso, destruir a Aiden y cualquier amor que todavía sintiera por él.

La sensación de poder que sentí aquella noche, sabiendo que todo parecía encajar en su lugar, era distinta a cualquier cosa que hubiera sentido antes. Acurrucándome en sus brazos y mirando sus hermosos ojos verdes, sonreí a Aiden y él me devolvió la sonrisa.

—No creo que pueda dejar de amarte jamás —admitió.

El corazón me dio un salto.

—Yo tampoco, Aiden.

«Eso es exactamente lo que necesito para destruirte. Solo imagina lo poderosa que seré una vez que ya no tenga tu amor refrenándome».

Claudia

No lograba quitarme a Yuri de la cabeza, no desde que abandoné La Sombra. Era lo único constante en mi vida. Desde el día que lo conocí, siempre había formado parte de mi vida, hasta que me volví lo suficientemente estúpida para dejarlo.

Contuve las lágrimas cuando los recuerdos del día que lo vi por primera vez volvieron a mi mente.

«Una vez a la semana, mi amo, el Duque, me enviaba al mercado. Ese día era mi favorito, porque significaba que podía dar un largo paseo más allá del bosque hasta la ciudad, lejos de los horrores de la mansión del Duque.

Yo era su favorita. Nunca me compartió con nadie, pero ser la favorita del Duque no era algo envidiable. Desde el momento en me llevaron a él, todos los habitantes de la mansión me compadecieron. Incluso yo me compadecía de mí misma, y odiaba ese sentimiento.

Al pasar por el bosque que conducía a la ciudad, me pregunté por qué todavía no me había resignado a mi destino.

Aquella tarde descubrí por qué. Fue la tarde que conocí a Yuri.

Salió de la nada. Supuse que había estado en el arroyo cercano y me vio caminando por aquel sendero solitario. Así que empezó a caminar a mi lado».

—Hola. Me llamo Yuri —dijo, lanzándome una sonrisa mientras mantenía las manos entrelazadas a su espalda—. ¿Podría tener el honor de conocer su nombre, señorita?

No confiaba en los hombres y él no era una excepción. Deslicé una mano en un bolsillo oculto de mi vestido donde guardaba una daga. Estaba dispuesta a usarla con él si me veía obligada.

—Así que no me va a decir su nombre, ¿eh? No importa. ¿Va a la ciudad? Hacia allá me dirijo yo también. ¿Le importa si camino con usted?

Permanecí en silencio. Sin embargo, no pude negar lo atractivo que lo encontraba. Era al menos quince centímetros más alto que yo, con una complexión delgada y un hoyuelo que aparecía cada vez que sonreía. Su nariz estaba ligeramente torcida, pero de una manera que le añadía encanto. Tenía un aire aniñado que me atrajo. No se parecía en nada al Duque. Muchos dirían que el Duque era mucho más atractivo que Yuri. Las mujeres pensaban que el Duque era el ejemplo perfecto de hombre.

Yo sabía la verdad. El Duque no me causó más que dolor.

Estaba tan ocupada estudiando las facciones de Yuri, sumida en pensamientos melancólicos sobre lo impotente que me sentía frente al Duque, que apenas me di cuenta que Yuri seguía esperando una respuesta. Al no obtenerla, se limitó a seguir

caminando a mi lado.

—Nos acabamos de mudar a la aldea. Mi hermano mayor Eli y yo. Consiguí trabajo como tutor para los Maslen. Es muy inteligente y quiere ser inventor algún día. Creo que puede lograrlo. Yo no estaba muy contento de mudarme aquí con él, pero supuse que este lugar era tan bueno como cualquier otro para perfeccionar mi arte. Cuando llegamos aquí, me quedé muy decepcionado... Es decir, hasta que la vi a usted la semana pasada. Tenía la esperanza de que me permitiera pintarla.

Por alguna razón deseaba decir que sí, pero estar cerca de Yuri me metería en problemas con el Duque, por lo que permanecí en silencio una vez más. Y, de nuevo, a él no pareció importarle. Aparte de negar con la cabeza cuando me preguntó si era sorda o muda, o tal vez ambas cosas, no respondí a su charla. Él siguió hablando de todos modos.

Y así fue semana tras semana. Él siempre aparecía y me contaba cómo había sido su semana, cómo progresaban su hermano y él, qué nuevo proyecto de arte tenía entre manos o qué nuevos amigos había hecho. Yo muchas veces intentaba ocultar una sonrisa o una mueca cada vez que mencionaba un nombre que reconocía, un rostro que ya había visto en el burdel del Duque. Aun así, nunca hablé con él. Me mantuve en silencio y me conformé con escucharlo.

No me había dado cuenta del efecto que Yuri había tenido en mí hasta que un día el Duque me preguntó por qué siempre traía una sonrisa en el rostro al regresar del mercado. Le dije que disfrutaba de las largas caminatas.

—¡Mentirosa! —Me abofeteó con el dorso de la mano con tanta fuerza que caí al suelo—. No te atrevas a mentirme, Claudia. ¡Jamás!

Aquella noche me hizo sufrir un infierno. No terminó hasta que estuve cubierta de sangre y moretones por todas partes. No pude caminar durante días y, cuando pude levantarme, cada paso que daba me causaba dolor.

El Duque no necesitó decirme nada. Simplemente lo supe. Debía permanecer alejada de Yuri por mi propio bien.

Las dos semanas siguientes no pude ir al mercado. El Duque envió a otra persona en mi lugar. Cuando decidió que estaba lista para ir, me advirtió:

—Camina sola, Claudia. De ahora en adelante, siempre debes caminar sola.

Aquella tarde, cuando comencé mi trayecto hacia la ciudad, Yuri apareció una vez más. Pude contemplar el placer de sus ojos al verme. Eso hizo que me resultara aún más difícil lo que debía hacer. En el momento que comenzó a caminar a mi lado, me detuve y me volví hacia él.

—Por favor, deténgase. Preferiría caminar sola a partir de ahora. Muchas gracias.

—¿Hice algo malo? —preguntó—. Es la primera vez que oigo su voz y la utiliza para pedirme que me vaya. Es una voz encantadora. Espero que venga acompañada de un nombre.

—Por favor. Es mejor que se mantenga alejado de mí.

Sabía que él notaba que algo iba mal, pero se limitó a asentir.

—Lo entiendo.

Me pregunté qué era lo que entendía. ¿Pensaba que no deseaba su compañía? La añoraba cada semana.

Me entregó un pedazo de papel.

—No se presentó las últimas dos semanas, así que me imaginé que algo no iba bien o que tal vez se había cansado de mí. Sea cual sea el motivo, quiero que tenga esto. Le dije que la pintaría. Espero que le guste.

Simplemente me quedé mirándolo, sin saber si tomarlo o no.

—Por favor, tómelo. No es mucho, pero bueno... hoy es mi cumpleaños. Le agradecería muchísimo que aceptara esta pequeña muestra de mi afecto.

No sabía cómo resistirme. Temblaba al tomar el lienzo doblado.

«Hoy es su cumpleaños. Eso significa que tiene veintiuno. Mayor que yo, pero mucho más joven que el Duque».

Abrí el papel y respiré profundamente. Era un retrato mío dando un paseo por el bosque con una mirada serena en mi rostro. La muchacha de la pintura parecía muy feliz, algo que yo no era. Tragué saliva, intentando contener las lágrimas. Supe entonces que atesoraría aquella pintura para siempre, y que, incluso si nunca lo volvía a ver, jamás sería capaz de apartarlo de mi mente.

—Es precioso —logré decir en medio del ahogo—. Gracias, Yuri. Lo atesoraré para siempre, pero no puedo aceptarlo. Lo siento.

Si el Duque lo encontraba, y no me hacía ilusiones sobre la posibilidad de ocultárselo, significaría mi muerte. Me estremecí al imaginar lo que me haría sufrir simplemente por poseer algo así.

Temblorosa, devolví rápidamente el regalo a Yuri. No hay palabras para explicar lo mucho que me dolió entregárselo.

—Por favor, entiéndalo... no puedo conservar esto. Simplemente no puedo.

Supe por la expresión de su rostro que le dolía que ni siquiera aceptara su regalo, pero ¿qué se suponía que debía hacer? No podía soportar la idea de sufrir de nuevo el tormento que el Duque me había hecho pasar la última vez. Probablemente mi cuerpo lo soportaría, pero mi mente no.

Yuri tomó el pedazo de papel y asintió.

—Lo entiendo.

«¿De verdad? ¿Realmente lo entiendes?».

Incliné la cabeza hacia él y comencé a caminar hacia la ciudad. Esperaba que me dejara en paz, pero no lo hizo. Permaneció a una distancia prudencial detrás de mí, pero caminó conmigo durante todo el camino.

Ni siquiera yo comprendí el profundo efecto que aquello tuvo en mí. Estaba tan agradecida de que no me dejara que, a su manera, me ayudó a desafiar al Duque. No podría castigarme si Yuri elegía caminar detrás de mí todo el tiempo.

Me equivoqué. Me castigó de la peor manera posible.

Nada más regresar a la mansión, el Duque me dijo que me vistiera. Me iba a presentar a una persona aquella noche. Entonces me pregunté si finalmente se había cansado de mí y me iba a convertir en una prostituta más de su burdel. Me ordenó que me arreglara para estar tan hermosa y seductora como me fuera posible. Eso nunca era una buena señal.

No entendía por qué hacía eso o qué era lo que tenía en mente, pero sabía sin ninguna duda que no me iba a gustar.

Justo antes de llevarme ante su cliente, el Duque me puso una máscara.

—Consérvala puesta hasta que haya hecho todo lo que desee contigo, ¿lo entiendes? Sabré si me desobedeces...

Asentí. Aunque no había forma de que lo supiera, yo estaba demasiado aterrorizada para desafiarlo.

Al ver al hombre al que iba a dar placer aquella noche, inmediatamente entendí por qué el Duque pensó que la máscara era necesaria.

El cliente al que me entregó era Yuri».

—Estás pensando en ese chico otra vez —dijo Ingrid. Acababa de regresar de otra de sus citas de medianoche.

Me preguntaba cómo lo hacía... cómo era capaz de apagar su amor por Aiden. Hubo momentos en que tuve que apartar cualquier pensamiento de Yuri, sobre todo mientras poseí a Ben, pero no podía hacerlo durante mucho tiempo. Ansiaba la compañía de Yuri, su sonrisa, sus palabras y su presencia.

Ingrid Maslen apelaba a mi deseo de poder y control, pero había algo en ella que también me repelía. Éramos iguales en muchos aspectos, destruidas por nuestro pasado e impotentes para hacer algo bueno con las cenizas de las que resurgimos. Sin embargo, al mirarla esa noche, me di cuenta de que no quería acabar como ella.

«Hay tanto que debo enmendar».

Estaba decidida a que las cosas fueran diferentes.

«Voy a compensar a Yuri. Tengo que hacerlo».

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos. Era Zinnia, la joven cazadora.

—La princesita de Aiden desea verte —dijo con desdén.

Me llevaron a la *suite* en la que tenían retenida a Sofía.

—Claudia... —me saludó con sonrisa vacilante—. Siéntate, por favor.

Noté que todavía no estaba segura de si yo era amiga o enemiga. Me senté y esperé a que hablara. Me sentí vulnerable e insegura de mí misma.

—Voy a escapar pronto. Me permitieron ver a Ingrid y pasar algún tiempo con ella y, bueno, me mostró una manera de salir de aquí.

El corazón me dio un vuelco pero, por la expresión de su rostro, me di cuenta de que no tenía la menor intención de llevarme con ella.

—Es demasiado arriesgado llevarte conmigo, Claudia. Me encierran por la noche... La única manera de escaparme es a plena luz del día... Es solo que... No sé cómo podría llevarte conmigo.

—Sofía, si me dejas aquí me matarán. Tú eres la única razón por la que todavía estoy viva.

—No. —Sacudió la cabeza—. Ben es la razón por la que te mantienen con vida.

—Tengo que volver a La Sombra, Sofía... Tú más que nadie deberías entender por qué.

—Lo entiendo, Claudia, y te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para conseguir que vuelvas a casa. Puedo convencer a Derek de que encuentre una forma de hacerte regresar.

Traté de sonreír. Sabía que la promesa de Sofía era sincera, pero también sabía que ningún vampiro que entrara en territorio cazador saldría jamás, con la excepción de Derek.

—Espero que tengas éxito en tu fuga, Sofía. No te olvides de mí cuando lo consigas.

Lo dije de corazón.

Sofía

Ingrid me traicionó.

Encontré el jardín cruzando los pasadizos secretos de los que Ingrid me había hablado. Pensé que había escapado cuando llegué al aire libre, solo para encontrar a Aiden esperándome.

—Ingrid me dijo que intentarías escapar —dijo entre dientes.

Quería contarle que fue Ingrid quien me había mostrado el camino, pero tuve el presentimiento de que probablemente ya lo sabía.

«¿Por qué me proporcionaría los medios para escapar y luego me delataría a Aiden la noche de mi huida?».

Aiden me agarró por el brazo y prácticamente me arrastró a mi habitación. Me senté en el sofá de mi sala de estar, mirando cómo mi padre caminaba arriba y abajo por delante de mí.

—Confiaba en ti, Sofía —dijo.

—¿Desde cuándo? —prácticamente escupí las palabras—. Me retienes aquí prisionera, Aiden. Quiero volver con Derek.

—Olvídalo, Sofía. ¡Mientras yo viva, nunca estarás con él!

Las lágrimas se me escapaban mientras negaba con la cabeza.

—No sabes lo imposible que es que me olvide de Derek. Nos pertenecemos el uno al otro. No sabes lo que está en juego al mantenernos separados.

—Si quisiera estar contigo, Sofía, ¿por qué no se quedó? ¿Por qué se marchó? Si pensara que era mejor para ti estar juntos que separados, ¿por qué no está haciendo nada para volver a ti?

Estaba hurgando en mis miedos más profundos, pero no lo podía permitir. Sabía que lo que tenía con Derek era real. Si él no venía a por mí era porque había un motivo realmente bueno, y no iba a sentarme allí y dudar de todo lo que teníamos solo porque él no viniera hasta mí como yo deseaba.

—¿Y bien? —presionó Aiden, tal vez pensando que había ganado algo de terreno conmigo.

—Creo en Derek de un modo tal que nunca me atrevería a creer en ti.

—¿Qué te dio de comer ese hombre para que estés tan obsesionada con él? ¿Es porque ya te has tragado litros de su sangre o porque tú le has dado a beber voluntariamente litros de la tuya? Él es *inmortal*, Sofía. ¿Cómo podréis estar juntos? A no ser que... —Aiden abrió los ojos como platos—. Lo has pensado, ¿verdad? Te las planteado convertirme.

Apreté los dientes con fuerza. Agotada por todo lo que estaba pasando y consumida por el deseo de estar con Derek, escupí la verdad antes que pudiera

morderme la lengua.

—Sí. Lo he hecho. No solo lo he pensado, también *he sido* convertida. Varias veces. Derek trató de convertirme cuando todavía estaba aquí y, sin embargo, ya ves... Aún sigo siendo humana.

Los ojos de Aiden se abrieron con horror mientras trataba de asimilar lo que acababa de contarle.

—No te sorprendas tanto, Padre. No es como si no lo supieras. —No pude ocultar el rencor en mi voz—. Sabías que la razón por la que estuve tan enferma después de que Camilla se fuera era porque me entregó a Borys Maslen cuando era niña. Borys trató de convertirme cuando tenía nueve años para que fuera suya para siempre, pero no lo consiguió. Claudia intentó convertirme en El Oasis, pero tampoco lo logró. Derek trató de convertirme. También falló. Así que no te preocupes, Padre. Nunca tendrás que preocuparte por si me convierto en una de esas criaturas que intentas erradicar del planeta.

Aiden parecía horrorizado. Se hizo evidente para mí que no sabía de lo que estaba hablando... No sabía que yo era inmune.

Arrugué las cejas mientras ambos nos quedamos quietos y callados durante lo que pareció una eternidad.

—No lo sabías —dije finalmente.

—Es imposible —negó, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo puede ser verdad? ¿Cómo puede haber alguien inmune a la maldición?

Me miraba como si yo fuera un bicho raro. Empecé a preguntarme qué implicaciones se derivarían de lo que acababa de revelar.

—Sofía... ¿Eres inmune al mordisco de vampiro? ¿Cómo es posible?

—Tal vez haya una cura... —Me descubrí expresando en voz alta el pensamiento que llevaba dando vueltas en mi cabeza desde que Derek no pudo convertirme.

«¿*Se marchó porque se dio cuenta de que nunca podría ser inmortal? ¿Se dio por vencido?*».

—¿Y si hay una cura? Yo escapé al vampirismo... Tal vez Derek también pueda.

Aiden negó con la cabeza.

—No. No hay cura. Las maldiciones no tienen cura. —Su voz se ahogó y podría jurar que una parte de él deseaba que efectivamente hubiera una cura—. Deja de hacer eso, Sofía. Deja de aferrarte a todos esos delirios que te hacen pensar que puedes estar con ese desgraciado.

Esta vez, me tocaba a mí mostrarme terca.

—No, Aiden. Creo que hay una cura y confía en mí cuando te digo que no cejaré hasta encontrarla. Si es la única manera de poder estar juntos, entonces que así sea. Derek también se convertirá en inmune.

Derek

Me quedé mirando fijamente a Corrine mientras la cabeza me daba vueltas.

«¿No crees que eso es lo que deseo? ¿No crees que deseo que Sofía esté aquí conmigo?».

Pero no había forma de traerla de vuelta. Ni siquiera sabía dónde estaba el cuartel general de los cazadores.

—La quiero aquí. Lo sabes. Pero ahora mismo tengo que conseguir que La Sombra vuelva a la normalidad... Comenzando con este encierro. Necesito que los humanos vuelvan a sus puestos antes de que la isla se desmorone.

—¿Y si Félix y sus hombres empiezan a atacarlos de nuevo?

—Apostaré guardias en El Valle y en todos los demás lugares para asegurarme de que nadie dañe a los humanos.

Corrine se mofó de mi idea.

—¿Vas a apostar vampiros para que guarden a los humanos? ¿De verdad piensas que aceptarán?

—No tendrán alternativa. Soy su rey.

—Tienen la opción de unirse a la rebelión con Félix y tu padre. Además, si tienes a los guardias y los caballeros apostados en El Valle principalmente, ¿cómo vas a proteger la Fortaleza Carmesí, ya que no podemos permitir, bajo ninguna circunstancia, que la ocupen los hombres de tu padre?

Estaba empezando a sentirme frustrado. Rosa comenzó a temblar. Decidí ahorrarle más preocupaciones.

—¿Rosa, podrías por favor ir a buscar a Sam, Kyle y Ashley? Y también a Ian y Gavin.

Su rostro se iluminó en el momento en que mencioné el nombre de Gavin. Arqueó una ceja con curiosidad y ella probablemente lo malinterpretó pensando que estaba esperando a que se marchara, así que prácticamente saltó de su asiento, murmurando algo antes de irse.

—¿Qué quieres que ocurra, Corrine? Incluso si pudiera traer a Sofía, ¿cómo podría ayudar a arreglar este desaguizado?

Corrine me lanzó una mirada. Nadie de La Sombra era capaz de hacerme sentir tan idiota como la bruja de cabello castaño y piel aceitunada.

—Te estás comportando como un estúpido, Derek. ¿De verdad estás tan ciego que no te das cuenta del poder que tiene Sofía sobre la gente de La Sombra, especialmente sobre la población humana?

Aquello me desconcertó. Por más humillante que fuera, tuve que admitir que Corrine tenía algo de razón. Había algo en Sofía que le granjeaba la confianza y el

cariño de la gente. Los habitantes de Las Catatumbas, naturales y no naturales, la escuchaban.

—Si ella estuviera aquí, todo lo que tendrías que hacer es mantener a los vampiros a raya y así ella podría aplicar ese poder mágico suyo con los humanos. Tendrías la mitad del trabajo hecho.

—Incluso si fuera verdad, sigo sin tener la más mínima de idea de cómo traer a Sofía.

Justo en ese momento, Ashley y Sam entraron de la mano en la habitación. Kyle e Ian los seguían, lanzándose puñales con la mirada. Gavin llegó a continuación, aparentemente sumido en sus propios pensamientos mientras Rosa trotaba detrás de él.

—¡Por fin! —exclamó Ashley mientras Sam y ella se desplomaban en el sofá al lado de Corrine—. Ya era hora de dejar de negar lo evidente y hablar de lo que de verdad importa: cómo traemos a Sofía de vuelta. Porque, afrontémoslo, esto ha sido un desastre sin Derek y Sofía para tomar las decisiones.

La miré entornando los ojos. Me sorprendió que la gente de La Sombra nos viera a Sofía y a mí no como entidades independientes, sino como una unidad trabajando juntos para gobernar La Sombra.

—Bueno, he estado importunando a Derek con el tema, pero al parecer cree que no hay esperanza —informó Corrine.

Ashley me miró pensativamente.

—Sí, es más o menos cierto...

La conversación me estaba agotando. Quería que Sofía regresara. ¿Cómo no iba a desearlo? Pero seguir y seguir hablando de eso, sabiendo que era casi imposible encontrarla, estaba comenzando a volverse irritante.

Ashley se dirigió a mí.

—¿Recuerdas dónde está el cuartel general de los halcones?

Sacudí la cabeza.

—No. Una vez fuiste una cazadora, Ashley. ¿No sabes dónde está?

—Nunca tuve el nivel suficiente. Me vendaban los ojos y me escoltaban al cuartel general siempre que debía ir allí.

—Hicieron lo mismo conmigo. No hay forma de descubrir dónde está. —Estábamos en un punto muerto.

—Recuérdame otra vez por qué la dejaste atrás. —Ashley me miró de reojo.

Rememoré la época en la que Ashley aún era humana. Había permitido que la oscuridad me consumiera. La atacué y me alimenté de ella varias veces. La había ansiado enormemente después de la primera vez que probé su sangre.

«Abandoné a Sofía porque podría acabar haciéndole lo mismo que a ti».

—No te he mandado llamar para hablar de Sofía. Debemos poner fin a este ridículo encierro. Gavin e Ian, ustedes trabajaron con Sofía como líderes humanos de este lugar. ¿Qué piensan de este asunto?

Los dos hombres intercambiaron una mirada, y Gavin estaba a punto de hablar cuando apareció Xavier.

—La encantadora Natalie Borgia viene con un mensaje. —Natalie emergió a su espalda y entró en la habitación.

Me puse en pie y suspiré de alivio.

—Estás bien. Estaba seguro de que...

Sus ojos se abrieron advirtiéndome que no dijera nada más.

Contuve el impulso de darle un gran abrazo de agradecimiento.

—¿Tu mensaje?

Ella paseó los ojos por todas las personas presentes en la habitación.

—Este mensaje contiene información confidencial que amenaza la seguridad de la isla. ¿Seguro que quieres que todos los presentes lo oigan?

—Al final lo descubrirán —le aseguré, preparándome para lo peor.

—Los líderes de los otros aquelarres de vampiros quieren reunirse contigo.

«*Es una trampa*».

Natalie no mostraba su calidez y amabilidad habitual. Se mostraba cautelosa.

—¿Y si no acudo?

—¿Por qué no ibas a...? —comenzó a interrumpir Xavier.

Levanté una mano para hacerlo callar.

—Si no acudes —Natalie cambió su peso de un pie al otro—, atacarán La Sombra.

—Y si acudo me capturarán y probablemente me matarán, ¿cierto?

Sus ojos se suavizaron, pero recobró la compostura.

—Supongo que tienes que tomar una decisión, Derek.

No encontraba una razón para ir. Ni siquiera tenía la más mínima idea de cómo pretendían los otros vampiros orquestar el ataque a la isla sin ser detectados por el mundo exterior.

—Diles que necesito tiempo para pensarlo. Te daré la respuesta cuando haya tomado mi decisión.

Natalie me entregó un sobre cerrado.

—Los detalles de la reunión están ahí. —Me lanzó una mirada cargada de intención.

—Gracias, Natalie. —Intenté sonreír al tomar el sobre—. Por todo.

Como si aún no fuera suficiente con lo que me estaba cayendo encima, apareció Cameron con una mirada seria instalada en su pecoso rostro escocés.

—¿Cameron? ¿Qué ocurre? Natalie estaba a punto de dejar la isla.

—No puede irse —anunció.

—¿Qué quieres decir con que no puedo irme? —Natalie frunció el ceño.

—Gregor y Félix acaban de atacar. Han tomado el control del Puerto. Creo que saben que Natalie está aquí. Están haciendo que parezca que la has tomado como rehén.

Tragué saliva con fuerza, sabiendo las implicaciones de ser acusado de dañar de cualquier forma a un vampiro errante tan importante como Natalie. La miré con ansiedad, preguntándome si ella tenía alguna idea de que esto iba a suceder. Parecía genuinamente sorprendida.

—Tenemos que retomar el control del Puerto —murmuró Xavier.

Las palabras apenas habían escapado de sus labios cuando un grito desgarrador resonó en las paredes cavernosas de Las Catatumbas.

Gavin, Ian, y Kyle salieron corriendo de los aposentos de Sofía, situados en los niveles superiores de las numerosas plantas de Las Catatumbas, y unos minutos después volvió Gavin a solas, anunciando:

—Es una revuelta. Ahí afuera se están matando.

Era mi primera noche de regreso a La Sombra.

Natalie afirmó lo obvio.

—Parece que tu reino se está cayendo a pedazos, rey Derek.

Aiden

Sostuve la mano de Ingrid mientras caminábamos hacia el jardín donde manteníamos nuestro habitual encuentro de medianoche, el mismo jardín que Sofía descubrió y por el que trató de escapar. Me mantuve en silencio hasta que llegamos, inmerso en mis pensamientos y aliviado porque Ingrid no intentara entablar conversación.

Conocía el riesgo que asumía al mantener una relación con ella. Los cazadores de más rango no me quitaban el ojo de encima. La presión a la que estaba sometido por perder a Derek Novak y por mantener vivos a los vampiros dentro del cuartel general era muy intensa, pero no era capaz de hacer lo que querían que hiciera. No podía matar a Claudia por respeto a la última voluntad de Ben. No podía matar a Ingrid porque la idea de que mi hija sufriera otra muerte estaba más allá de lo que podía soportar.

«Deja de mentirme, Aiden. Ingrid sigue viva porque no puedes soportar la idea de perder a tu esposa».

Solté su mano, plenamente consciente de lo fuerte que me aferraba a nuestro pasado. Las noches que había pasado con Ingrid habían supuesto el éxtasis más puro para mí. Ingrid era una amante apasionada de una forma que Camilla nunca había sido.

Esa noche, cuando llegamos al jardín, Ingrid hizo ademán de besarme, pero la aparté. Di un paso atrás, manteniendo una distancia prudencial entre ella y yo.

—¿Cómo supo Sofía la forma de llegar al jardín? —inquirí.

Ingrid hundió los hombros y dejó escapar un suspiro.

—Quería escapar, Aiden. Me pidió ayuda y la ayudé. Sin embargo, mi conciencia no pudo soportarlo. Sentí como si estuviera traicionándote, y por eso que tuve que contártelo...

Apreté los puños.

—Sofía. Está diciendo locuras.

El placer chispeó en los ojos de Ingrid, pero rápidamente lo ocultó.

—¿Por qué dices eso?

—Dice que es inmune al vampirismo. Habla de una cura para la maldición.

«Soy un gran hipócrita. Estoy condenando a mi hija por amar a un vampiro, cuando yo mismo estoy enamorado de otro».

Miré largamente a Ingrid.

«También es tu maldición. ¿Cómo demonios me permití seguir enamorado de ti?».

—Sofía y sus delirios... —La voz de Ingrid sonaba melancólica—. Piensa que,

como ella es inmune, hay algún tipo de cura que hará posible una vida de felicidad para ella y su amado.

—¿Inmune? ¿Ella es inmune?

—Borys intentó convertirla la noche que se la regalé. Pero no se convirtió. Es inmune.

Era incapaz de asimilar la idea de que pudiera hablar tan tranquilamente sobre ofrecer a su hija de nueve años a un vampiro centenario para que la convirtiera.

«*¿Cuántas veces debo recordarme que ya no es mi Camilla?*».

—No me mires como si fuera un monstruo, Aiden. No es que no supieras que deseaba que Sofía terminara con Borys mientras hacíamos el amor todas estas noches. ¿Hay alguna diferencia ahora? —Se acercó aún más a mí, presionando su cuerpo contra el mío.

Esta vez la aparté.

—Esto se acaba ahora mismo, Ingrid. Me da igual lo que hayamos hecho estos últimos días, mi lealtad permanece con nuestra hija. Tenías razón todo el tiempo. Me perdiste por Sofía, y no te confundas: si alguna vez me lo pide, te mataría sin pensarlo dos veces.

Los ojos de Ingrid centellearon con furia mientras desnudaba sus colmillos.

Yo era un cazador formidable y, comparado con otros vampiros contra los que había combatido, alguien que solo era vampiro desde hacía una década no era rival para mí. Cuando estaba a punto de hundir sus dientes en mi cuello, agarré su cabeza con ambas manos y usé toda mi fuerza retorcerle la cabeza y partirle el cuello en dos.

«*La forma más rápida de mutilar a un vampiro*».

Ingrid cayó al suelo. Aún seguía con vida, pero cuando diera la orden de que le recolocaran el cuello en su lugar, sabría que acababa de perder toda la influencia que había adquirido gracias a mi renovado amor (o tal vez lujuria) por ella.

Se despertaría en un calabozo con los colmillos arrancados, lamentando el día que había intentado hacer daño a mi hija.

Sofía

Aiden me tenía encerrada en mi dormitorio. Zinnia solo venía para traerme la comida o para llevarse los platos sucios. Apenas me hablaba y ni siquiera me miraba.

—¿Cuánto tiempo me va a tener aquí? —pregunté cuando me trajo una bandeja con el desayuno. Era la mañana del segundo día después de mi fallido intento de fuga.

Me miró con ira.

—Hasta que mueras, espero. Ben dio su vida por traerte aquí sana y salva, ¿y así es como se lo devuelves? ¿Volviendo a la velocidad del rayo con ese novio vampiro tuyo a la primera oportunidad?

—No conociste a Ben tan bien como yo, Zinnia. No estuviste con él en El Oasis. No arriesgó su vida para traerme aquí. Renunció a su vida para que yo pudiera ser feliz, para que pudiera estar con Derek. —Las lágrimas me ahogaban al recordar a mi mejor amigo.

—Ben era leal a la causa de los cazadores. Él nunca habría querido que terminaras con Derek.

—¿De verdad? ¿Y por eso eligió quedarse conmigo en La Sombra en lugar de regresar aquí? ¿Por eso aceptó ser el padrino de mi boda con Derek?

Zinnia abrió los ojos de par en par.

—¿Te casaste con Derek Novak? ¿Lo sabe tu padre?

Sacudí la cabeza.

—Estoy prometida a Derek. Me secuestraron y me llevaron a El Oasis antes de que pudiéramos casarnos.

—¿Pero qué te pasa?

—No tengo por qué darte explicaciones. Quiero ver a mi padre.

—Él tampoco tiene que darte explicaciones a ti. Puede que seas la hija de Reuben, pero no te pareces en nada a él.

«Doy gracias al cielo por ello».

Hice una mueca. Nunca podría acostumbrarme a la clase de persona que era mi padre en el cuartel general de los cazadores.

«Reuben».

Me preguntaba qué tipo de vida había vivido mi padre incluso antes de que mi madre se convirtiera en vampiro.

«Aiden y Reuben, dos caras de la misma moneda, y ambas un completo misterio para mí».

Zinnia me dejó con una última mirada feroz.

No esperaba que Aiden viniera, sabiendo que muy probablemente Zinnia no le

entregaría mi mensaje, pero esa misma tarde, al cabo de un tiempo, entró en el dormitorio con un aire bastante incómodo.

—Así que Zinnia te dio mi mensaje.

—Zinnia no me dijo nada... Acabo de llegar de un viaje de negocios en el extranjero. ¿Te ha cuidado bien?

Me tomó por sorpresa que viniera a verme por su propia voluntad.

—Me ha alimentado con regularidad, si eso es a lo que te refieres. Le pedí que te dijera que quería tener unas palabras contigo.

—Bueno, ¿y de qué quieres hablar?

—Tienes que saber que me abalanzaré sobre cualquier oportunidad que tenga para encontrar a Derek. Encerrándome aquí solo consigues que lo desee con más fuerza. Es la regla básica para educar adolescentes.

—Tienes dieciocho años, Sofía. Técnicamente, ya eres adulta.

—Entonces trátame como tal. Déjame tomar mis propias decisiones y cometer mis propios errores. Esta es *mi* vida, una vida de la que elegiste no formar parte los últimos nueve años. Ahora que tomo mis propias decisiones, simplemente no puedes intervenir y tomar el control.

Torció una de las comisuras de sus labios.

—Entiendo lo que dices, Sofía, pero estoy haciendo lo que creo que es mejor para ti y en eso no puedo vacilar. Conozco a los vampiros mucho mejor que tú, y como padre tuyo y con la conciencia tranquila, no puedo permitir que desperdicies tu vida por este encaprichamiento que tienes hacia esa criatura. No importa lo mucho que lo ames, Sofía. Tu amor no le impide ser un monstruo.

Había una tristeza infinita en su voz. Me pregunté una vez más si su reacción tenía algo que ver con el hecho de que Ingrid supiera cómo llegar a ese jardín. Me arrastré hacia el borde de la cama y me senté.

—Cada día que me mantienes separada de él estás matando una parte de mí.

Aiden me miró fijamente.

—No puedo darte lo que quieres, pero te puedo dar algo parecido.

Abrió la puerta de par en par y no pude evitar un grito ahogado de horror cuando una joven entró tambaleándose en mi habitación.

Parpadeé varias veces para cerciorarme de que no estaba viendo visiones, pero era verdad que ella estaba de pie justo delante de mí, un fantasma del pasado, alguien que ocupaba un lugar en mi corazón.

«*La Vidente de La Sombra en persona. Vivienne Novak*».

Derek

Un encierro que se había convertido en una revuelta. El Puerto sitiado. Un reino al borde de la guerra civil mientras se enfrentaba a una amenaza en ciernes de fuerzas exteriores.

«*Fabuloso. Simplemente fabuloso*».

Después de que Natalie resumiera el estado de La Sombra, no tenía ni idea de qué hacer, aparte de marcharme.

—¿A dónde vas?

Ni siquiera sabía quién de los reunidos allí hizo la pregunta. Ya no me importaba. No iba a ser capaz de sofocar la revuelta o retomar el Puerto sin derramar sangre. La oscuridad estaba a punto de destruirme.

—Voy a conducir un rato.

—Hay en marcha una revuelta y un asedio, Derek. —Xavier dio un paso al frente—. ¿De verdad es el momento ideal para mejorar tus habilidades de conducción?

Señalé a mis guardias.

—Sam y Kyle, a trabajar con Gavin e Ian para encontrar la manera de apaciguar esta estúpida revuelta. —Luego señalé a Xavier y a Cameron—. Hay que avisar a todos los vampiros que todavía están de nuestro lado. Los que quieran permanecer neutrales tendrán esa posibilidad. Al menos sabremos quién está de verdad con nosotros. Encontremos un plan de acción sobre qué hacer con el asedio del Puerto. —Lancé una mirada de súplica a la bruja—. Corrine, por favor escolta a Natalie hasta El Santuario y trátala como a nuestra apreciada invitada mientras esté atrapada en La Sombra.

—¿Y yo qué? —Ashley se señaló a sí misma.

De todas las personas presentes era la que más me recordaba a Sofía, y sabía que era la única que nunca se asustaría de decir lo que pensaba.

—¿Te gustaría pasear en auto conmigo?

Una sonrisa iluminó el hermoso rostro de la rubia.

—¡Sí! Escapemos de toda esta locura. —Miró en dirección a Sam como si le pidiera permiso. Él la dejó ir, tal vez más por respeto a mí que por confianza en ninguno de los dos.

—Derek, necesitamos que ahora seas nuestro líder —rogó Cameron con desesperación—. No es momento para...

—Deja que se vaya —lo interrumpió Corrine—. Necesita ganar la batalla en su interior antes de ganar la guerra contra las fuerzas externas.

Le dediqué una mirada de agradecimiento. Corrine entendía lo que me estaba haciendo la separación de Sofía.

Por supuesto, ninguno de ellos se atrevió a cuestionar a la bruja. Toda la seguridad de la isla descansaba sobre sus hombros. Corrine raramente nos imponía sus opiniones, pero cuando lo hacía, no nos atrevíamos a enojarla.

Ashley y yo nos dirigimos hacia el campo abierto situado al oeste de la isla, donde había estacionado un descapotable rojo. Lo usábamos para prácticas de conducción o cuando queríamos sentir el aire de la noche contra nuestros rostros. Normalmente era Sofía la que se sentaba en el asiento del copiloto, gritando a pleno pulmón y recordándome a menudo que ella no era inmortal y que probablemente acabaría matándola. No me preocupaba tanto mi conducción como disfrutar viendo su reacción.

—La añoras, ¿verdad? —me preguntó Ashley después de acomodarnos en nuestros asientos.

Me aferré al volante.

—He tomado su sangre, Ashley.

Ella ahogó un grito.

—Me obligó a beberla para sanar más rápido después de que Borys me torturara. Yo no quería, pero... la ansiaba demasiado. Apenas podía pensar con claridad.

—Conozco a Sofía. Ella te permitiría beber toda la sangre que quisieras. Eso es lo mucho que te ama.

—Lo sé. Eso fue exactamente lo que hizo cuando me ofreció su cuello en territorio halcón. Entonces supe que lo nuestro nunca podría funcionar. Corrine no hace más que decirme que traiga a Sofía, ¿pero cómo? ¿Qué clase de hombre sería si la convirtiera en mi presa? No se lo merece.

—¿Lo ves? De eso se trata. Hubo un tiempo en que te habría importado un bledo si algo estaba bien o mal. No tenías ningún reparo en chuparle la sangre a una mujer. Entonces, ¿por qué te resistes tanto a tomar la sangre de Sofía cuando ella te la ofrece voluntariamente?

—¿Me has escuchado? —Estrellé las palmas de mis manos contra el volante con frustración—. ¡La amo! ¡No puedo seguir haciéndole eso!

Ashley retorció su esbelto cuerpo en el asiento del copiloto para poder mirarme a la cara.

—Si hay alguien que ha sido testigo del amor que hay entre los dos, esa soy yo. Sofía recibió una herida de estaca de madera por ti, Derek, de la estaca con la que yo traté de apuñalarte. Te pusiste en contra de tu propio padre y recibiste innumerables latigazos por ella. Es difícil creer que sea esta situación la que logre destruir vuestro amor. Es una locura. Devuelve este lugar a algo parecido a la cordura, retoma el control del Puerto y encuentra la forma de traer a Sofía de vuelta. Estoy segura de que, si pensamos juntos, podríamos restringir la búsqueda y encontrar el territorio de los cazadores.

—Ella no va a volver. Deberíamos resignarnos. —Incluso mientras pronunciaba esas palabras me resultaba difícil aceptarlas—. Además, ¿qué clase de vida tendría si

regresa? ¿Y si acabo destruyéndola?

—¿Y si el amor que sientes por ella y ella por ti tiene poder suficiente para evitar que suceda? —contraatacó Ashley—. No seas tonto, Derek. Tanto si lo admites como si no, no puedes sobrevivir sin Sofía, así que podrías dejar de actuar como un idiota y traerla de vuelta.

No se me ocurrió ninguna respuesta. Sabía que lo que Ashley estaba diciendo era cierto.

—Volvamos.

—¿Ya no vamos a conducir? —preguntó Ashley, dando palmaditas en el salpicadero.

—No. —Sacudí la cabeza—. Tenemos una revuelta que sofocar y un puerto que retomar. ¡Prepárate para el combate, vampiro bebé!

Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡De eso estaba hablando!

En ese momento, recordé una promesa que le había hecho a Sofía no mucho tiempo atrás, la promesa que acompañaba al colgante de diamante en forma de corazón que le había regalado.

«Acéptalo como una promesa de mi parte, la promesa de que encontraré la manera de estar contigo».

Me pregunté si aquella sería una promesa que tendría que romper.

Sofía

—Sofía... —las lágrimas comenzaron a precipitarse por el rostro de Vivienne.

Se tambaleó hacia adelante mientras yo me levantaba de la cama para estrecharla en mis brazos.

Cuando nos abrazamos, me di cuenta de lo delgada y demacrada que estaba. Su piel estaba mortalmente pálida y carecía de todo brillo. Sus labios estaban secos y agrietados y tenía los brazos cubiertos de cicatrices.

—¿Qué te han hecho? —susurré.

Ella sacudió la cabeza.

—Nada. Han sido buenos conmigo, Sofía. Estoy muy contenta de volver a verte. ¿Te han tratado bien?

Nos separamos la una de la otra y lancé a mi padre una mirada de sospecha.

—Sí, estoy bien. Pensamos que habías muerto, Vivienne. Hasta celebramos una ceremonia en tu honor en El Valle.

Me miró con ojos vacíos.

—¿Muerta yo? Por supuesto que no... Solo... Bueno, no importa. Ahora estas aquí. —Me agarró la mano y tiró de mí hacia un juego de dos sofás con una mesa de centro redonda en el medio que había cerca de las ventanas—. Pongámonos al día. Cuéntame todo lo que ha sucedido desde que llegaste al cuartel general.

Me senté con incomodidad, preguntándome que le pasaba a Vivienne.

Mi padre me hizo un gesto con la cabeza.

—Me voy para que puedas ponerte al día.

No pude evitar fruncir el ceño mientras Aiden salía sin esperar mi consentimiento. En La Sombra, Vivienne había sido una persona serena. Esta Vivienne se mostraba inquieta y ansiosa. Se me hizo un nudo en el estómago.

«¿Qué te han hecho, Vivienne?».

—Derek se volvió loco al descubrir que habías muerto. La oscuridad se apoderó de él y casi mató a Ashley. ¿Qué te ha ocurrido?

—Derek... —Sacudió su cabeza lentamente—. Me equivoqué con él, Sofía. Pensé que era una especie de salvador. Nunca debí ayudarte a regresar a La Sombra. —Me sujetó las manos con fuerza—. Lo siento mucho, Sofía. Siento todo lo que él haya podido hacerte sufrir después de regresar.

—Vivienne, Derek ha sido muy bueno conmigo. Me ama. Lo sabes.

—Lo entiendo. Va a llevarte un tiempo recuperarte del trauma por el que te ha hecho pasar. La negación es algo natural.

Estaba intentando con todas mis fuerzas no abofetearla en la cara.

«¿Qué te ha entrado?».

—Estamos hablando de Derek, Vivienne. Tu gemelo. El mismo hombre que te rescató de Borys Maslen.

El horror asomó en sus ojos.

—Me dijeron que Borys también te secuestró. Por eso debemos quedarnos aquí, Sofía. Si Borys te pone las manos encima, será mucho peor que lo que tuviste que sufrir con Derek.

—¿Qué te han hecho? Es como si te hubieran lavado el cerebro...

Sus brillantes ojos azules se posaron en mí con infinita compasión.

—No, Sofía, es a ti a quien han lavado el cerebro.

No pude evitar reírme.

—¿Eso es lo que piensa mi padre, Vivienne? ¿Qué me lavaron el cerebro en La Sombra para que amara a Derek?

«Esta no es ella. Esta es solo un cascarón vacío que escape las palabras que otras personas han colocado allí».

—Pareces cansada, Vivienne.

Dejó escapar un suspiro y asintió.

—Eso es porque lo estoy.

—¿Te gustaría tumbarte y descansar? —Hice un gesto hacia la cama con el brazo.

Miró la cama con nostalgia.

—Sí, por favor, y si pudiera tomar más sangre... Estoy sedienta.

—Me aseguraré de que te traigan un poco. ¿Hay algo más que necesites?

Negó con la cabeza mientras se ponía de pie y se arrastraba a la cama. Sin decir una palabra, apoyó la cabeza en la almohada. En un par de minutos estaba profundamente dormida.

Durmió durante horas.

Zinnia entró a traerme el desayuno justo cuando cubría las ventanas con las cortinas para proteger a Vivienne de la luz solar.

Zinnia la miró con desdén.

—¿Qué le han hecho? Ya no es la Vivienne que conocí en La Sombra.

Zinnia se encogió de hombros.

—Pensé que estaba muerta. Incluso Ben pensaba que estaba muerta. Fue el último en interrogarla y torturarla antes de lo que se suponía que iba a ser su ejecución.

Tragué saliva al pensar en Ben torturando a Vivienne. Por mucho que deseara no creerlo, sabía cuánto odiaba a los vampiros después de lo que Claudia le había hecho en La Sombra. Fue el motivo principal por el que se convirtió en cazador.

—Así que lo admites... La torturaron.

Zinnia sonrió.

—¿Qué crees que les pasa a los vampiros aquí, Sofía? Son interrogados y torturados para extraerles cualquier información sobre sus aquelarres y, una vez obtenemos cuanto podemos de ellos, los hacemos ejecutar, exactamente el mismo proceso por el que está pasando tu madre en este momento.

Mi rostro palideció.

—¿Ingrid?

—Después de su truco de ayudarte a escapar, cayó en desgracia a ojos de Reuben.

—¿Puedo verla?

Zinnia se encogió de hombros.

—Reuben es quien da las órdenes aquí, pero si sigue manteniendo vivos a todos esos vampiros, dudo que las autoridades lo toleren mucho más tiempo.

Nunca se me había ocurrido pensar que podía meterse en problemas por lo que estaba haciendo.

—Zinnia... —la llamé justo cuando estaba a punto de salir—. ¿Podrías traer algo de sangre para Vivienne, por favor?

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque si no lo haces, tal vez tenga que alimentarla con la mía. Mírala... Tiene un aspecto horrible.

—¿Qué pasa contigo, y por qué tratas tu sangre como si fuera jugo de naranja? —Zinnia sacudió la cabeza con exasperación—. Ella no puede chupar tu sangre. Se le han extraído los colmillos.

—Bueno, ¿y no puedo cortarme yo misma y hacerle beber la sangre que me extraiga?

—Estás loca. Todavía me desconcierta cómo es posible que estés emparentada con Reuben. Todo lo que tenemos es sangre animal.

—Eso servirá. Vivienne está acostumbrada a la sangre animal.

Zinnia puso los ojos en blanco y me dio la espalda. Estaba segura de que no iba a cumplir mi petición, pero cuando regresó a recoger los platos de mi desayuno trajo dos vasos de sangre.

Pasaron otras dos horas antes de que Vivienne comenzara a revolverse. Al principio la ignoré, pensando que solo estaba soñando. De repente comenzó a respirar irregularmente. Empezó a gemir y no pasó mucho tiempo antes de que los gemidos se convirtieran en gritos acompañados de lágrimas surcando sus mejillas.

Me apresuré a su lado y comencé a sacudirla para que despertara.

—¡Vivienne, despierta!

Se sentó de un salto en la cama. Posó sus ojos en mí y suspiró con alivio antes de estallar en sollozos.

—Sofía... Estas aquí.

—Sí... Estoy aquí. —La atraje hacia mí para abrazarla con fuerza.

Temblando, me susurró al oído.

—Todavía tienes mis recuerdos, ¿verdad, Sofía? Por favor... Por favor...

Hizo una pausa y me descubrí conteniendo la respiración mientras esperaba su petición.

—¿Qué es, Vivienne? ¿Qué quieres de mí?

—Recuérdame quién soy.

Aiden

Desde el monitor de vigilancia del centro de control, observé a las dos mujeres compartir un abrazo.

«Esto no funciona. Se supone que Vivienne debe poner a Sofía de nuestro lado. En cambio, parece que Sofía está a punto de devolverla a su antigua y testaruda personalidad».

Zinnia se acercó a mi lado mientras observábamos la escena que tenía lugar en el dormitorio de mi hija.

—¿A qué venía todo eso? —la reprendí.

—¿Qué? —preguntó, fingiendo inocencia.

—¿A qué venía toda esa charla con Sofía sobre lo que se le ha hecho a Ingrid? No te atrevas a volver a mencionarle a Ingrid jamás, Zinnia. Veo que no te gusta mucho mi hija, pero es *mi* hija. Más te vale no meterte con ella.

Zinnia puso sus ojos en blanco.

—No firmé para convertirme en cazadora solo para cuidar de tu hija y llevarle la comida.

—Paciencia, Zinnia. Cuando todo esto haya terminado, tu próxima misión será Derek Novak y La Sombra.

—¿Cómo? Vivienne no está actuando de la manera que se suponía. Es como si tu hija tuviera algo.

—Nadie ha podido atravesar nuestro lavado de cerebro jamás.

—Bueno, Sofía parece estar haciéndolo muy bien. Vivienne comenzó a actuar erráticamente en cuanto la llevaste con Sofía.

—Creo que lo estoy orientando por el camino equivocado. —Odiaba admitirlo, pero no había ninguna señal que indicara que los Novak le hubieran lavado el cerebro a Sofía. Solo me estaba diciendo eso porque no me atrevía a aceptar el hecho de que su lealtad y afecto hacia Derek y La Sombra eran auténticos.

«Tal vez ella lo ama de verdad. Derek y Sofía están realmente enamorados».

Me centré en la imagen de la pantalla, intentando encontrar un sentido a las palabras que Sofía le decía a Vivienne para recordarle el pasado, un pasado que me sorprendía que Sofía conociera tan bien.

Habló de un naufragio y una primera sangre, de masacres y sacrificios, y de siglos de luchando por preservar su propia especie frente a nosotros. Saliendo de los labios de mi hija, era casi como si nosotros fuéramos los villanos y los vampiros las víctimas.

Vivienne era como un lienzo en blanco hasta que mi hija mencionó un invernadero. Al oírlo, los ojos de Vivienne se iluminaron.

—¿Todavía es hermoso? —preguntó en un susurro, como si decirlo demasiado alto de alguna manera destruyera su belleza.

Sofía sonrió.

—Sí, Viv. Todavía es precioso. Derek lo cuidó cuando tú desapareciste. Se aseguró de que siguiera tan hermoso como si tú estuvieras allí.

Las siguientes palabras de Vivienne sellaron la realidad para mí. Acababa de perder a Vivienne a manos de Sofía.

—Añoro tanto a Derek —confesó Vivienne mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

—Bueno, ha sido una gran pérdida de tiempo. —Zinnia sonrió con una mueca. Apreté los puños—. ¿Qué vas a hacer ahora, Reuben?

—Creo que necesito abordar el asunto de forma diferente. Tengo que aceptar que Sofía realmente ama a Derek Novak, y no hay manera de que pueda hacerla olvidar eso.

—¿Así que te limitarás a mantenerla encerrada en esa habitación hasta que lo supere?

—No. Me odiará para siempre si lo hago. Lo mejor que puedo hacer ahora es darle exactamente lo que quiere.

—¿La vas a entregar a Derek Novak?

Sacudí la cabeza. Un plan comenzó a tomar forma en mi mente.

—No. Voy a darle una cura para el vampirismo.

Derek

Cuando Ashley y yo llegamos a Las Catacumbas, la situación era un caos total. Acababa de entrar en uno de los niveles que bordeaban la fosa circular situada en medio de las cuevas cuando alguien arrojó una botella hacia mí. La esquivé, pero la sangre brotó de la frente de Ashley.

—¡Ay! —Se sacudió los pedazos de vidrio roto de la frente.

No pude evitar soltar una risa irónica.

—Bienvenida a Las Catacumbas, Ash.

Ella puso los ojos en blanco.

—Borra esa sonrisa de tu rostro, Novak. —Tomó un pedazo de vidrio de la botella rota y me apuntó—. No me importa que probablemente seas cien veces más fuerte que yo, aun así puedo cortarte.

Esbocé una sonrisa burlona.

—Aterrorador. Terminemos con esta revuelta antes de que algún otro objeto volador te rompa el cuello. —Me incliné sobre la barandilla de madera que se extendía por encima de los demás niveles de Las Catacumbas. Aún no tenía ni idea de por qué estaban luchando.

Kyle sostenía del brazo a una aterrorizada Anna y la arrastraba a lo que supuse eran los aposentos de Sofía. Ian se apresuraba tras ellos a unos cien metros de distancia, tratando de mantener el ritmo.

Gavin golpeaba a otro tipo que acababa de abalanzarse sobre él. Rosa, por su parte, golpeó delicadamente a un hombre en la nuca con una botella de vidrio. El hombre estaba a punto de atacar a Gavin, que parecía decidido a encontrar a su familia.

Salté como un resorte cuando sentí un golpecito en la espalda. Mi reflejo inmediato fue agarrar por el cuello a quien fuera que acababa de tocarme.

Sam levantó ambas manos.

—Relájate. Soy yo.

—¿Qué está ocurriendo? —exigí saber cuando aparté la mano de su cuello—. Se suponía que ibas a sofocar la revuelta.

Envolvió a Ashley entre sus brazos antes de encogerse de hombros.

—Como si tuviéramos alguna autoridad aquí en Las Catacumbas o en La Sombra. Esta gente no nos escucha.

—¿Sabes siquiera por qué se rebelan o cuáles son sus exigencias?

Sam estaba a punto de abrir la boca para contestarme, pero alguien gritó:

—¡Fuego!

Con toda seguridad, en el nivel inmediatamente inferior al nuestro, donde estaban

Gavin y Rosa, había estallado un incendio. Los ojos de Gavin se abrieron con pánico.

—¡Madre! —gritó. Miró frenéticamente a su alrededor tratando de encontrar a Lily y los niños.

Fue entonces cuando me vio. Apretó la mandíbula mientras me lanzaba una mirada suplicante.

Tuve que hacer acopio de toda la fuerza que poseía para lograr emitir una voz tan fuerte que ahogara el caos que había a mi alrededor.

—¡BASTA!

La palabra resonó por todo el lugar, y a continuación se hizo un silencio inmediato. Todos los ojos se volvieron hacia mí.

—Vayan a por agua y apaguen ese fuego. —Señalé hacia las llamas—. Si no hacen lo que digo, no necesitaremos un sacrificio para poner fin a todas sus vidas. Morirán asfixiados si antes no se matan entre ustedes.

La atención de todos se apartó inmediatamente de sus peleas a puñetazos y sus ridículas diferencias, y se centró en el fuego que ahora amenazaba con matarlos a todos. Gavin me lanzó una mirada de agradecimiento y retomó su tarea de encontrar a su familia, mientras Rosa lo ayudaba como un cachorrito obediente de grandes ojos.

—Rosa siente algo por Gavin, ¿verdad? —pregunté.

Ashley y Sam sofocaron una risa.

—El único que parece no darse cuenta es Gavin, que es probablemente una de las personas más duras de mollera que me he cruzado jamás —dijo Ashley.

Contemplamos a todos trabajando codo con codo, pasándose cubos de agua y sacos de arpillera para tratar de salvar sus hogares. Sin hacer preguntas. El fuego pronto se apagaría con pocas o ninguna víctima.

Todo lo que se necesitaba era conseguir que escucharan una sola voz. Entonces me di cuenta de cuál era el problema. Los naturales estaban acostumbrados a ser esclavos. Estaban acostumbrados a que los vampiros les dijeran qué hacer. Abandonados a sí mismos, el resultado era la anarquía.

Corrine podría haber sofocado la revuelta con facilidad, pero nunca se inmiscuía en cosas que no le interesaban personalmente. A sus ojos, este era mi problema y yo debía encontrar una solución.

La verdad sea dicha, lo único que deseaba era amenazar con matarlos a todos, pero Sofía intentaría encontrar una solución que salvara el mayor número de vidas.

Esperé hasta que el fuego se apagó completamente antes de hablar.

—¿Quién va a responder ante mí por esta revuelta? ¿Qué está ocurriendo? ¡Esto es una locura!

Mis palabras fueron acogidas con un silencio absoluto.

—La revuelta y el encierro han terminado. Si desean discutir sus exigencias, habrá una reunión mañana en la plaza mayor de El Valle. Si no se presentan, perderán su derecho a ser escuchados.

—¡Quiere que vayamos para que nos maten más fácilmente! —gritó una voz

anónima oculta entre la multitud.

—Si quisiera matar a alguien, esa persona ya estaría muerta —bramé—. Además, los humanos hacen un trabajo muy bueno matándose entre sí sin mi ayuda. Pasado mañana espero que todos estén de regreso en sus puestos cumpliendo con su trabajo. Si alguien tiene un problema, puede tratarlo directamente conmigo.

Comencé a caminar hacia la salida de Las Catacumbas.

—Supongo que esto es el fin —murmuró Sam entre dientes mientras Ashley y él me seguían.

Solté un suspiro.

—No, Sam. Esto apenas es el comienzo.

Sofía

Cerré cuidadosamente la puerta de mi dormitorio cuando salí para ir a la sala de estar, contenta porque ya no me retuvieran prisionera en una sola habitación.

Mi padre estaba sentado en uno de los taburetes altos de la encimera tomando un trago de *whisky*. Lo miré fijamente durante un par de segundos antes de seguir adelante. No sabía qué decirle, así que respiré aliviada cuando rompió el silencio.

—¿Cómo está Vivienne?

—Finalmente pudo volver a dormir. Está mucho mejor ahora. —«*No gracias a ti*». Me senté a su lado en uno de los taburetes—. Aiden, ¿por qué estás aquí?

—Vine a hablar contigo de algo importante...

Mi mente comenzó a divagar y a pensar en todos los vampiros que habían sido torturados y asesinados en el cuartel general. No era capaz de ver la diferencia entre Aiden y los vampiros de La Sombra, que trataban a sus prisioneros como presas.

—Sofía, ¿me estás escuchando siquiera? —Chasqueó los dedos delante de mi cara.

—¿Es verdad que le estás haciendo a Ingrid lo mismo que le hiciste a Vivienne? Le extrajiste los colmillos. ¿Haces eso con todos los vampiros? ¿Es eso lo que estás haciéndole a Claudia también? He visto cómo dañaba a muchos humanos, pero torturarla de esa manera parece... inhumano.

—¿Inhumano? ¿Te estás escuchando, Sofía? Esas criaturas no son humanas. Nada de lo que les hagas puede ser inhumano.

No podía creer lo que oía.

«¿*Lo cree de verdad?*».

—Quiero ver a Ingrid. No me importa si es un monstruo loco que intenta entregarme a un vampiro aún más loco que ella. Sigue siendo mi madre, y pensar que le voy a hacer lo que le hiciste a Vivienne... —Me ahogaba con mis propias palabras.

«¿*Cómo podría alguien con conciencia tratar a los demás de esta manera?*».

—¿Estás dispuesta a olvidar todo lo que Ingrid te hizo? ¿Lo que nos hizo?

—No podría olvidarlo aunque quisiera, Aiden. Mis padres me dejaron una cicatriz para toda la vida cuando me abandonaron. Ella ha hecho cosas peores que tú, pero sigues siendo culpable. ¿Dónde estabas la noche que vino con Borys? ¿Por qué estaba sola en casa? Me ha hecho daño mucha gente, incluidos mamá y tú, y han sido tanto vampiros como humanos. ¡Eso no significa que desee ir por ahí torturando y matando a todos los que me han lastimado!

Aiden me miró desconcertado por mi arrebató. Abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

Luché para contener las ganas de llorar. Estaba cansada de ser la víctima. Lo mismo en La Sombra que en California con los Hudson, o aquí con los cazadores, yo era siempre la que necesitaba que la salvaran.

«Estoy harta de eso. Esta vez es mi turno de rescatar a alguien».

El pensamiento me vino con tanta convicción que estrellé la palma de mi mano contra la encimera, haciendo que mi padre se sacudiera sorprendido.

—Sofía, yo... —Su voz brotó con un chirrido. Las lágrimas comenzaron a inundar sus ojos.

Lo contemplé horrorizada. Todos aquellos años, mientras crecía, había deseado que él me mirara, que dijera que era valiosa para él, pero nunca estuvo allí. Muchas veces había ensayado lo que le diría si tuviera la oportunidad de enfrentarme a él y decirle el daño que me había infligido al dejarme. Ahora que ya lo había hecho, no podía resistirlo. No soportaba herir a mi padre.

«Exactamente por esto no puedo entender el camino de la venganza. No importa lo mucho que alguien me haya lastimado, sigo sin encontrar placer en verle sufrir».

Mi padre logró recomponerse.

—Nunca te pedí perdón por haberte dejado. Pensé que era lo mejor que podía hacer. Sé que no es excusa por no haber sido el padre que necesitabas, pero no podía mirarte sin pensar en tu madre. Ni siquiera podía estar en la misma habitación que tú. Después de dejarte con los Hudson, yo... yo solo... me impliqué aún más con los cazadores. No quería que fueras parte de este mundo. Pensé que te estaba manteniendo a salvo al dejarte con ellos. Creí que tal vez, solo tal vez... podrías disfrutar de algo parecido a una vida normal. —Me agarró la mano y la apretó con fuerza—. Lo siento, Sofía. Créeme. Quiero compensarte, de verdad.

Abrumada por la emoción, me bajé del taburete y lo abracé.

—No tienes ni idea de lo mucho que significa tu disculpa para mí —le susurré al oído antes de depositar un beso en su mejilla.

Me envolvió con sus brazos y me devolvió el abrazo.

—Sofía, eres mi niña. Mi hija adorada. Puede que tenga una forma horrible de demostrarlo, pero te quiero.

Besó mi frente, y el abrazo fue lo único que me impidió romper en sollozos. Disfruté de ese abrazo durante un par de minutos más antes de separarme de él.

Habíamos conectado como solo padre e hija pueden hacerlo. Sin embargo, todavía éramos dolorosamente conscientes de nuestras diferencias.

Cuando ya había escuchado todas mis quejas, pensé que había llegado la hora de que yo escuchara lo que estaba intentado decirme.

—¿Qué estabas diciendo antes de que te interrumpiera?

—Estaba tratando de decirte que es posible que tengas razón. Podría haber una cura para el vampirismo.

Se me cortó la respiración. No podía creer lo que oía.

«¿Por qué no lo escuché la primera vez?».

De repente me encontré conteniendo la respiración, colgada de cada palabra suya.

—Si eres inmune, tal vez haya algo en tu ADN que te hace resistente a la maldición. Si te parece bien, haré que algunos de nuestros científicos tomen una muestra de tu sangre y veremos a dónde nos lleva eso.

Lo miré fijamente, sintiendo que crecía dentro de mí una esperanza como ninguna que hubiera conocido antes.

«Eso es. Este es el camino para que Derek y yo podamos estar juntos».

—¿Sofía? ¿Qué dices?

Asentí enfáticamente.

—Sí. Sí. Te daré todo lo que necesites. —Antes de que pudiera contenerme, arrojé mis brazos alrededor de su cuello por segunda vez. Por primera vez en dieciocho años, sentí que tenía un padre que se preocupaba. Nunca había estado más agradecida de que Aiden Claremont fuera mi padre.

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias!

—Te quiero, Sofía. No lo olvides.

—Yo también te quiero... papá.

Derek

—Estamos en medio de un asedio en el Puerto, ¿y eliges el día de mañana para convocar una asamblea general en la plaza mayor?

Xavier nunca había sido del tipo que me trataba como rey de La Sombra pero, en este caso, no me estaba mostrando absolutamente ninguna deferencia. De hecho, mientras se paseaba por la sala de la Fortaleza Carmesí, me hablaba como un padre regañando a su hijo adolescente.

Tomé asiento en la cabecera de la mesa, donde ya estaban sentados Cameron, Liana, Eli y Yuri. Xavier, por supuesto, todavía estaba de pie, pero mi cerebro apenas registraba sus palabras. Hablaba principalmente sobre mí, diciendo que había perdido la cabeza y que él había sabido desde el principio que me había vuelto loco.

—Y, sin embargo, aquí estás, luchando aún a mi lado.

Eso lo detuvo, y el hombre hizo una pausa para lanzarme una mirada pensativa.

—Sí... bueno, tal vez estés loco, pero las veces que eres brillante lo compensan.

—Por fin. —Agité las manos en el aire—. Un cumplido. Ahora, ¿podrías tener la amabilidad de sentarte para que podamos empezar?

Xavier se sentó a regañadientes, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Tenemos tres asuntos en el orden del día —comencé—. Uno, la asamblea general. Dos, el asedio del Puerto. Tres, el hecho de que parezca que hemos tomado a Natalie como rehén.

—¿No puede enviar Natalie un mensaje a los aquelarres diciendo que hay un asedio? —sugirió Liana. Con toda probabilidad conoce alguna manera de ponerse en contacto con los demás aquelarres desde dentro de la isla.

Sacudí la cabeza.

—Estoy seguro de eso, pero los otros aquelarres amenazan con atacarnos. ¿Crees de verdad que la mejor medida es contarles que estamos al borde de la guerra civil? Eso sería exponer demasiado nuestra debilidad.

—Entonces tenemos que retomar el Puerto tan pronto como sea posible —adujo Cameron con el razonamiento obvio.

—Eso es —asentí—. ¿Cómo?

—Vayamos blandiendo las armas, por así decirlo, y acabemos con todos. La isla estaría mucho mejor sin ellos, si quieres saber mi opinión —concluyó Xavier, siempre el más exaltado.

«Tal vez por eso Xavier y yo nos llevamos tan bien. Los dos somos de gatillo fácil».

—No nos podemos permitir hacer eso. Tenemos que solucionarlo con el menor derramamiento de sangre posible. —Me mantuve firme en esa condición.

—¿Por qué? —espetó Yuri—. Nos han traicionado. Están intentando destruir La Sombra.

Me enderecé en mi asiento.

—Estos hombres lucharon y sangraron con nosotros durante la Primera Sangre. Pueden estar mal aconsejados por todas las mentiras que mi padre tejió para desacreditarme, pero si queremos alcanzar el verdadero santuario, tenemos que encontrar la manera de trabajar juntos. Nuestra fuerza militar está paralizada sin ellos. Si los demás aquelarres nos atacan sin ellos a nuestro lado, será nuestro fin.

Entonces se hizo el silencio.

Xavier lo rompió.

—¿Por qué es necesaria una asamblea general? ¿Y en la plaza mayor, Derek? Allí los humanos serán un blanco fácil. ¿Qué ocurrirá si atacan Gregor y Félix?

—¿Y qué harían? —intervino Liana—. ¿Asesinar a toda la población humana? Ni siquiera Félix es tan estúpido para hacer eso. No olvidemos que hubo un tiempo en que él pidió más derechos para los humanos...

—Eso fue porque por aquel entonces todavía estaba enamorado de Anna. —Yuri desechó su comentario—. Sinceramente, creo que ahora no le importaría matarla.

—Espera. —Eli se colocó las gafas sobre el puente de la nariz. Casi podía ver cómo giraban los engranajes de su mente—. Podríamos aprovechar eso en nuestro favor. Si pudiéramos atraer a algunos de los vampiros del Puerto con la asamblea, entonces tendríamos una oportunidad mejor de retomarlos.

—Pero seguiríamos sin poder entrar. —Xavier sacudió la cabeza—. Nos atacarán en cuanto que entremos en la estrecha escalera de acceso.

—No, no... Esto puede funcionar. No tenemos por qué pasar por allí. El Puerto no es la única manera de salir de la isla. —Tragué saliva. El Faro era mi secreto largamente guardado. Solo Vivienne y Sofía lo conocían. La orilla situada cerca del Faro fue el lugar al que Cora y yo nos dirigimos tras el naufragio al que habíamos sobrevivido quinientos años antes. Aparte del Puerto y ese pequeño pedazo de costa cerca del Faro, la isla estaba rodeada por escarpados peñascos y acantilados.

Todos los ojos estaban clavados en mí mientras esperaban conteniendo la respiración.

—Antes de nada —comencé—, ¿quién sabe nadar?

«*Gregor Novak no sabría qué era lo que le atacaba*».

Sofía

Aiden me escoltó al lugar donde tenían presa a Ingrid. Ansiosa no era una palabra suficientemente fuerte para describir lo que sentía por volver a verla. Jugueteeé nerviosa con mis dedos, preguntándome por qué demonios Ingrid tenía ese efecto sobre mí.

«Es tu madre, Sofía. Si lo que Zinnia decía era cierto, entonces estás a punto de ver una versión más torturada de ella, algo parecido al aspecto que tiene Vivienne ahora».

La idea me revolvió el estómago. Me daba igual lo que hubiera hecho, me daba igual lo loca que estuviera, para mí ella siempre sería Camilla Claremont.

Lancé una mirada a mi padre, preguntándome si él sentía lo mismo. Una oleada de nostalgia me invadió al recordar cómo era volver a casa de la escuela cuando aún éramos una familia.

«Él siempre llegaba a la hora. Cuando sonaba la campana escolar y bajaba corriendo las escaleras de la puerta principal de la escuela de ladrillo a la que asistí durante mi educación primaria, siempre podía contar con que el BMW negro estaría esperándome en el estacionamiento.

Mi padre estaría apoyado en la puerta del pasajero, con los brazos cruzados sobre el pecho y una gran sonrisa en su rostro.

—Hola, nena —me saludaba antes de tomar mi mochila y ponerla en el asiento del pasajero—. ¿Quieres un helado?

—Sí.

Me decía que guardara silencio y no se lo contara a mi madre, pero cuando llegábamos a casa se lo contaba de todos modos, y él me desordenaba el cabello por meterlo en problemas.

Después del helado, volvíamos juntos a casa en el auto y me preguntaba cómo había sido mi día. Ni una sola vez me hizo sentir que no me escuchaba. Siempre parecía genuinamente interesado.

La mayoría de las veces, al llegar a casa, encontrábamos a mi madre en la cocina o en su estudio. Me encantaba su estudio. Había muchísimas baratijas y artefactos allí. Cada uno de ellos contaba una historia fascinante. El orbe rojo era mi favorito. Mi padre me decía que gracias a él había conseguido que mi madre se enamorase de él. Me encantaba esa historia.

En la cena nunca faltaban las risas, y siempre había un montón de besos y abrazos para todos. Era una niña feliz. Me sentía querida. Nunca hubiera imaginado que las cosas acabarían como lo hicieron».

Siempre había sentido que Aiden me adoraba y todavía no podía hacerme a la idea de que Camilla guardara algún tipo de resentimiento hacia mí. Éramos el retrato de la familia perfecta. Tal vez por eso fue aún más traumático para mí cuando me abandonaron. Tampoco ayudó que, mientras crecía, me diagnosticaran numerosos trastornos psicológicos, desde TDAH hasta trastorno obsesivo compulsivo. No fue hasta que llegué a La Sombra que por fin Corrine descubrió que tenía BIL, o baja inhibición latente. Aquello aumentaba mis sentidos. Podía oír, ver, sentir y percibir intensamente todo lo que sucedía a mí alrededor. Me preguntaba si esa era la razón por la que me afectaba tan profundamente el sufrimiento de los demás.

Me estremecí al recordar a Derek en las mazmorras de El Oasis. Supe entonces que preferiría morir antes que volver a ser capturada por Borys Maslen.

—Estás temblando, Sofía. —Aiden interrumpió mis pensamientos—. ¿Nerviosa? Asentí.

—Algo así. Siempre estoy ansiosa cuando tengo que ver a Ingrid. A veces dice las cosas más inquietantes. Los viajes de su mente enloquecida nunca son agradables.

Aiden sofocó una risa.

—Eso es cierto —dijo con un destello de amargura en su voz que era difícil de obviar.

—¿Todavía la amas? —inquirí.

Me miró como si meditara si debía responder a mi pregunta. Incluyó la cabeza y asintió.

—Creo que siempre la amaré.

Percibí su tristeza. Nunca entendí cómo mi madre pudo habernos abandonado a él y a la familia que formábamos.

Cuando llegamos a la celda de Ingrid, ya no podía pensar en nada más que en la pregunta:

«¿Por qué?».

Cuando aparecimos y las luces se encendieron dentro de su celda, me sorprendió su apariencia. No tenía un aspecto tan horrible como Vivienne, pero supe por las manchas de sangre que bordeaban su boca que ya le habían arrancado los colmillos. Un grupo de científicos pululaba a su alrededor. La tenían atada a la cama para que no pudiera moverse.

Ingrid alzó los ojos y una sonrisa maníaca que probablemente me atormentaría en mis pesadillas se formó en su rostro.

—Bueno, mira quien vino de visita. Aiden y su amada Sofía... ¿A qué debo el honor de su presencia? Una vez más, parece que fallé a la hora de separar a padre e hija.

Hice una mueca, y ni siquiera estaba segura de si quería saber qué era lo que pasaba por su mente desquiciada. La miré fijamente, preguntándome si lo que estábamos a punto de hacer era lo correcto.

«Por supuesto sí. ¿Cómo no iba a serlo?».

Aiden ignoró a Ingrid y se volvió hacia mí.

—Han estado preparando su cuerpo y asegurándose de que todas sus constantes vitales son correctas para lo que se necesita. Voy a administrar la fase final del proceso. —Sacó una jeringuilla y comenzó agitarla.

—¿Cómo funciona esto? —pregunté, sintiendo que se me formaba un nudo en el estómago.

—Mezclamos las muestras de sangre que nos diste con sangre de vampiro. Algún componente de tu sangre comenzó a actuar contra algún componente de la sangre de vampiro. Por supuesto, no pasó nada o, mejor dicho, nadie ganó hasta que sometimos la mezcla a un proceso de calentamiento y agregamos raíz de saricis a la mezcla...

Ingrid había estado escuchando, y el horror asomó a sus ojos cuando se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Una vez más, luchó contra las ataduras.

—¿Estás segura de que quieres verlo? —me preguntó Aiden.

Asentí, aunque no me sentía tan confiada como debería haber estado.

—No me lo perdería por nada en el mundo.

El terror cruzó por los ojos abiertos del rostro de Ingrid.

—¿Qué me vas a hacer?

—Relájate, cariño —trató de calmarla mi padre.

Los científicos que la rodeaban se hicieron a un lado mientras se retorció y luchaba contra las ataduras que la sujetaban a la cama.

—¿Qué es eso? ¿Para qué es? —Miró fijamente la jeringuilla, como si fuera a morderla.

«Eso es exactamente lo que hará. O tal vez sería más exacto decir que va a invertir los efectos de una mordedura».

En las manos de mi padre estaba la cura y, si los científicos de los cazadores habían hecho bien su trabajo, estaba a punto de ver a Ingrid Maslen transformarse de nuevo en Camilla Claremont, tanto si quería como si no.

Gregor

La asamblea general era demasiado tentadora para dejarla pasar. No había tomado sangre humana fresca en semanas, y la idea de que el encierro hubiera terminado y pudiera limitarme a agarrar a cualquier humano al azar y chupar su sangre no era difícil de tragar.

—Podría ser una trampa —le dije a Félix.

Estábamos en el centro de control del Puerto, intentando averiguar cómo íbamos a alimentarnos. Cuando nos dimos cuenta de que habíamos comenzado el asedio con tan solo unos pocos paquetes de sangre para no morir de inanición, supe que existía la posibilidad de que Derek se limitara a esperar afuera hasta que saliéramos desesperados por conseguir sangre. Por lo tanto, me complació descubrir que Natalie Borgia estaba en la isla y que mantenerla como rehén no presagiaba nada bueno para Derek.

Félix sacudió la cabeza.

—Uno de mis hombres estaba allí cuando Derek detuvo la revuelta. Me juró que a Derek se le ocurrió de improviso. Además, ¿qué van a hacer?

Me quede mirando a Félix, preguntándome si podía confiar en lo que estaba diciendo. No tenía la mejor mente para la estrategia.

«*Ahí estaba yo, con mis esperanzas depositadas en que Eli estuviera de mi lado*».

Hice una mueca al sentir una vez más la punzada de la traición al darme cuenta de que mis propios súbditos, esos a los que había servido durante cuatrocientos años mientras mi hijo dormía como un bebé, podrían darme la espalda.

«*Lo que les haré si alguna vez recupero el poder... Lo pagarán. Lo juro*».

—No lo entiendo —murmuró uno de los hombres de Félix—. Derek podría venir hasta aquí a toda velocidad y matarnos a todos. ¿Por qué no lo hace?

Arqueé una ceja.

—Derek Novak no es tan poderoso. Yo lo engendré. Yo soy más poderoso que él.

Parecía obvio que también tenía algo que decir respecto a esto último, pero cerró la boca.

«*Chico listo*».

—¿Y entonces qué vamos a hacer? —inquirió Félix.

—Consigamos un puñado de humanos para alimentarnos. Veamos cómo reprime Derek otra revuelta después de que lo hagamos.

Nuestro plan parecía perfecto. Dividir a los hombres. Unos defenderían el Puerto mientras los demás vigilaban los caminos que conducían de Las Catacumbas a El Valle. No necesitábamos atacar la plaza mayor. Todo lo que teníamos que hacer era crear el pánico matando a los humanos mientras se dirigían a la asamblea.

Quería sangre, así que elegí estar con el grupo que vigilaría a los humanos. Félix se quedó atrás para liderar la vigilancia del Puerto.

Mientras me escondía detrás de un tronco desde donde era visible la abertura que conducía a las Cumbres Negras, el placer crecía en mi interior ante la sola idea de volver a beber sangre humana fresca proveniente de un corazón que latía y bombeaba el líquido directamente al interior de mi garganta reseca.

No sabía si sería capaz de contenerme para no saltar sobre el primer humano que emergiera de la cueva. Debíamos dejar salir y pasar a un gran número de ellos antes de atacar. No podíamos permitirnos que alertaran a aquellos que los seguían. Tuve que reprimir mi anhelo mientras esperábamos. Y luego esperamos un poco más.

Me pareció una eternidad. No vi a un solo humano. Cuando me di cuenta de que no saldría nadie de las cuevas, me puse lívido.

—Entremos —anuncié impulsivamente.

—¿Estáis seguro? —preguntó uno de los hombres que tenía conmigo—. ¿Qué ocurrirá si hay guardias vampiros? Tal vez los humanos sigan en su encierro. No sería la primera vez que Félix se equivoca.

Una serie de maldiciones escapó de mis labios.

—¡No me importa! ¡Quiero sangre y la voy a conseguir!

Debería haber aprendido la lección. Todo lo que hacía por puro impulso normalmente me metía en problemas. Irrumpimos en la boca de las Cumbres Negras y, por supuesto, la entrada que conducía a Las Catacumbas estaba sellada.

«*Todavía están encerrados. ¿Cómo?*».

Me giré hacia el otro lado, hacia el área de las cuevas de la montaña que conducían a Las Celdas, el sistema penitenciario de la isla. Se me cayó el alma a los pies cuando Xavier emergió con el doble de hombres que yo. En el exterior Yuri lideraba otro grupo de vampiros.

—¿Realmente quieres morir esta noche? —Xavier ladeó la cabeza—. Porque yo no comparto la creencia de Derek de que debemos mantenerte vivo. En realidad, no me importaría acabar con tu vida.

—Eres un insolente hijo de... —empecé a escupir, pero me detuve a la mitad de la frase, cuando los hombres que me rodeaban comenzaron a levantar los brazos en señal de rendición—. ¡Cobardes! ¡Todos unos cobardes! ¡Unos malditos cobardes!

Ataqué a Xavier y nos estrellamos contra el suelo. Estaba a punto de arrancarle el corazón, pero me detuvieron inmediatamente.

Sabía que parecía un estúpido maníaco gritando maldiciones, pero no me importaba. Odiaba pensar que Derek había sido más listo que yo una vez más. La humillación era más dolorosa que la traición.

—No importa. ¡Todavía conservamos el Puerto!

Yuri se mofó al oír aquello.

—Yo no diría eso. Derek es un nadador bastante bueno. Al igual que Cameron y Liana. —Me miró con ojos entornados—. ¿No fue Cameron quien te rescato de ese

naufragio hace quinientos años?

—¡Te voy a matar! ¡Los mataré a todos!

Por primera vez desde que fundara La Sombra, pasé la noche como prisionero del reino que había gobernado. Sentado en una mazmorra de Las Celdas, me sentí al borde de la locura.

«¿Cómo puede hacerme esto mi propio hijo? ¿No se da cuenta de que si fallo en mi misión de apoderarme de La Sombra será mi final?».

Estaba gimoteando como un niño. ¿Cómo no iba a llorar? La oscuridad jamás era amable con aquellos que fracasaban.

«Esto es el fin. Quizás no lo sepa aún, pero Derek acaba de asesinar a su propio padre».

Derek

La cara de Félix no tenía precio. Estaba claro que no lo vio venir. Nadar desde la costa del Faro hasta los portales sumergidos del Puerto había sido largo y agotador, pero lo único que tuvimos que hacer fue salir sigilosamente de los portales que utilizábamos para transferir a la gente de los submarinos y recuperar fuerzas dentro de uno de ellos.

Félix y sus hombres mantenían una vigilancia muy laxa del Puerto, creyendo que la única forma de entrar era a través de las escaleras. Así que, cuando Cameron, Liana y yo emergimos de uno de los submarinos, todos se quedaron estupefactos.

Félix, de quien siempre había sabido que era un cobarde, intentó huir. Aquellos que no pudieron correr se rindieron. Parecía que ninguno de ellos estaba dispuesto a morir por cualquiera que fuera la causa por la que luchaban. Lancé un suspiro, con la esperanza de que Xavier y Yuri también tomaran a mi padre por sorpresa.

Después de terminar nuestra planificación en La Fortaleza Carmesí, habíamos decidido posponer la asamblea general. Había dado instrucciones a Gavin y a Ian para que difundieran el mensaje de que la asamblea general tendría lugar en una fecha posterior y que debían encerrarse una vez más hasta que pudiéramos eliminar la amenaza que suponían Félix y Gregor para ellos.

Habría dado cualquier cosa por ver la reacción en la cara de mi padre al comprender que Las Catacumbas todavía estaban cerradas.

Acababa de salir del Puerto a respirar el aire fresco de la noche cuando escuché una voz familiar pronunciando mi nombre.

—Lo hiciste —dijo Corrine mientras se acercaba a Natalie. Cuando me di la vuelta para mirarla, me sorprendió verla sonriendo. Corrine siempre parecía tener una mirada de desaprobación en el rostro.

—Lo *hicimos* —aclaré, aunque no estaba muy seguro de qué era lo que habíamos hecho. Habíamos recuperado el control del Puerto y la revuelta de Las Catacumbas había terminado, pero todavía tenía que averiguar la manera de llegar hasta Sofía, y aún quedaba la amenaza de ataque de los otros aquelarres.

—Intentaré enviar una respuesta a los aquelarres en cuando pueda. —Natalie me miró con preocupación, como inquiriéndome si estaba seguro de que quería reunirme con los líderes de los otros aquelarres.

No pude evitar preguntarme si había alguna manera de que los otros aquelarres escucharan a Natalie. Parecía extremadamente cautelosa con lo que decía.

Me abrazó.

—No vayas —susurró tan suavemente que apenas lo oí.

Asentí.

—He estado pensando en la reunión y creo que será mejor que vaya mi padre en mi nombre. Normalmente es él quien habla con los otros líderes de los aquelarres. Una vez fue el gobernante de La Sombra. Tiene más capacidad para manejar estas cosas que yo.

«Y si Gregor va, no tendré que preocuparme porque complique las cosas aquí en La Sombra».

—Derek, te quieren a ti. —Natalie sacudió la cabeza—. Si no vas, atacarán.

Por unos momentos me sentí confundido. Antes me había susurrado que no fuera, y al minuto siguiente me estaba diciendo que debía ir. Entorné los ojos antes de comprender por fin lo que estaba haciendo. Estaba tratando de advertirme a la vez que entregaba el mensaje de los otros aquelarres.

—Si lo que quieren es tomar la vía diplomática, aceptarán a mi representante con los brazos abiertos. No debería importar si no me presento en persona.

—Fuiste advertido. —Un atisbo de sonrisa apareció en el rostro de Natalie.

Asentí.

—Advertencia recibida. Sin embargo, ahora mismo debo permanecer en La Sombra por mi propio interés.

Natalie asintió antes de que un guardia la escoltara a uno de los submarinos que la sacaría de la isla y la llevaría de vuelta al continente.

—¿De qué trataba todo eso? ¿Vas a enviar a Gregor Novak a la reunión con los líderes de los aquelarres? —preguntó Corrine.

Sacudí la cabeza.

—Solo estoy intentando proteger a Natalie. Se ha metido en muchos problemas por mí.

—Sí. Problemas. Parece que te persiguen dondequiera que vayas.

—No tengo ni idea de cómo llegar hasta Sofía, Corrine, y si dejo La Sombra nadie sabe lo que podría pasar. Este lugar es un caos. Félix y Gregor podrían tomar el poder fácilmente...

—Gregor está detenido en Las Celdas. Ya no va a causarte más problemas.

—Todavía es mi padre, Corrine. No puedo dejarlo encerrado allí.

—Supongo que Sofía tenía un efecto en ti mayor de lo que inicialmente pensé. Sé que la lealtad de los Novak hacia los miembros de su familia es muy fuerte. Es lo que te mantuvo vivo tanto tiempo, pero el Derek del que hablan las leyendas no habría dudado en destruir a su propio padre. Por eso eras tan temido.

—Cada día es una batalla para impedir que emerja de nuevo “el Derek del que hablan las leyendas”. No puedo permitirme ser esa persona.

«La mano de Sofía apretando la mía. Su sonrisa. Su tacto».

La añoraba tanto que respiraba con dificultad.

—Si los otros clanes atacan, no sabría qué hacer. Podríamos perderlo todo. Tiene que haber una manera de salir de esto. ¿Crees que debería reunirme con los líderes de los otros aquelarres? Tal vez no sea demasiado tarde...

—Creo que deberías encontrar a Sofía, Derek. La profecía es la profecía... No podrás cumplir tu destino a menos que ella esté a tu lado.

Sabía muy bien que la única razón por la que había sobrevivido cuando me capturaron los cazadores era Sofía. Aiden me advirtió claramente que, si alguna vez volvía, no sería tan amable. El pavor me inundó ante la idea de morir a manos de los cazadores.

Vi de reojo a uno de los guardias que salía del Puerto, y reconocí a uno de los hombres de Xavier usualmente destinados a Las Celdas. Lo llamé para darle instrucciones.

—Di a Ashley y Eli que quiero que vayan a mi ático mañana a primera hora. Diles que vamos a localizar el territorio de los cazadores. —De todas las personas que podrían ayudarme a restringir la búsqueda de la localización del cuartel general de los cazadores, ellos eran los dos más adecuados—. Comprueba también si el encierro ha terminado.

—Por supuesto, señor. —El guardia hizo una reverencia antes de alejarse.

—¿Y qué vas a hacer *tú* hasta mañana? —inquirió Corrine a mi espalda.

—Dormir. No he tenido descanso desde que llegué a La Sombra. Ahora que lo pienso, tampoco he tomado nada de sangre. —Lancé una mueca a Corrine—. Quizás por eso me pareces tan atractiva.

—Cuidado, Novak. Solo necesito un hechizo para acabar contigo.

Vi un atisbo de sonrisa en sus labios crispados. Levanté las manos en el aire simulando rendición.

—Ya hay otra mujer que me ha lanzado un hechizo.

Ella asintió con complicidad, y esta vez una amplia sonrisa apareció en su rostro.

—La magia de Sofía Claremont.

Rompí a reír. Pasara lo que pasara, Sofía siempre sería parte de mí. Una mezcla de tristeza y afecto acompañó al siguiente pensamiento:

«Tal vez eso sea todo. Así es como vamos a estar juntos. Sofía siempre estará en mis pensamientos, en mi alma, en mi corazón. Quizás no es necesario que estemos juntos físicamente».

Esa noche, por primera vez desde que la dejé, no pude imaginar su rostro. Cerré los ojos, aferrándome a los retazos de ella que quedaban dentro de mí.

«No. Necesito encontrarte, Sofía. No puedo permitir que te escapes entre mis dedos».

Sofía

Ingrid Maslen era humana y aquello no la hacía feliz. Aiden y yo la contemplábamos desde los monitores de vigilancia en otra sala mientras desgarraba la ropa del camastro y gritaba a pleno pulmón.

Un guardia pasó por allí para darle un plato de comida, y ella miró el sándwich como si fuera la cosa más despreciable sobre la que había puesto los ojos. Lanzó la bandeja y la comida contra la pared.

—¿Cómo pudiste hacerme esto a mí? —gritó a la cámara.

—Supongo que la cura funciona —fue todo lo que dijo Aiden.

Ladeé la cabeza, no sabiendo si sentirme divertida, entusiasmada o simplemente molesta.

—Creo que la cura funciona para librar a la persona del vampirismo, pero no funciona para curarla de su locura.

—¿Realmente creías que se podría curar de eso?

—No me digas que aún no esperas que suceda.

Todo lo que obtuve de mi padre fue una sonrisa agridulce. Esa fue respuesta suficiente. Me puse de puntillas para besarlo en la mejilla.

—Gracias por creer en mí.

Su cara se puso tensa, con los ojos fijos una vez más en el monitor de vigilancia, contemplando cómo la mujer que amaba se comportaba como una idiota.

—¿Puedo volver a hablar con ella? —pregunté.

—¿Estás segura? No me sorprendería que te atacara.

—Creo que puedo arreglármelas. Iré totalmente equipada. —Me di una palmadita en el muslo, donde guardaba una estaca de madera y una pistola de rayos ultravioleta en su funda.

—Ya no es un vampiro... la pistola, e incluso la estaca, si no las usas bien, podrían mutilarla.

Tuve que reír al oír lo sobreprotector que se mostraba.

—Mutilarla bastará para protegerme, creo.

—Antes de que sigas adelante y hables con ella, ¿cómo pretendes proporcionarle la cura a Derek?

—Tendría que regresar a La Sombra. —Me encogí de hombros. Parecía la respuesta obvia.

—No voy a dejarte volver sola. ¿Y si la cura no funciona y te hacen prisionera?

—Su rostro adquirió una expresión sombría mientras sacudía la cabeza, y me di cuenta que no era posible disuadirlo de sus dudas.

Tragué saliva.

—Derek nunca permitirá que entren cazadores en La Sombra.

—No me importa si tenemos que reunirnos fuera de ese reino isleño suyo tan secreto. Voy a ir contigo, Sofía. Y ya está. Me da igual lo enamorada que estés de esa persona, no puedo perder a mi hija de nuevo.

Entendía de dónde provenía su actitud, pero no tenía ni idea de cómo comunicarme con Derek sin regresar a La Sombra.

«*A no ser que...*».

—Bueno, está esa chica. Natalie Borgia. ¿La conoces? —Las cejas de mi padre se arquearon—. Estoy segura de que Claudia o Ingrid sabrán cómo ponerse en contacto con ella. Tendríamos que prometerle que estará a salvo. Atacarla es como atacar a todos los vampiros de ahí fuera, así que...

—Ya sé lo importante que es —me cortó Aiden—. Puedes confiar en mí. No sufrirá ningún daño.

Quería confiar en él, de verdad lo deseaba, pero observándolo no podía evitar preguntarme cuánto de él era Aiden, mi padre, y cuánto de él era Reuben, el cazador. Aun así, quería creer que era sincero, que estaba de mi lado.

«*¿No está recibiendo ya advertencias de sus superiores por sus recientes decisiones?*».

—Conseguiré la información que necesitamos de Ingrid o de Claudia. Pero tengo una condición...

—¿Cuál? —Me miró con ojos entornados.

—Claudia y Vivienne irán con nosotros. Se merecen regresar a casa, a La Sombra. Si desean la cura, entonces les corresponde a ellas decidir, pero no quiero que estén aquí más tiempo.

—Sofía, tienes que darte cuenta del problema en que me voy a meter si simplemente las dejo ir... ya tengo que enfrentarme a suficientes problemas después de dejar que Derek se marchara.

—Lo sé, pero no voy a abandonarlas aquí.

—¿Abandonarlas? Sofía, estás hablando como si no fueras a regresar.

—Papá, mi lugar está junto a Derek. Si la cura funciona y vuelve a ser humano, entonces me debo a mí misma y también a él dar una oportunidad de verdad a nuestra relación. Estamos prometidos. Si la cura funciona, *vamos* a casarnos.

Sus ojos se oscurecieron. Claramente, la idea de que me casara con Derek Novak, vampiro o no, no era algo que le hiciera feliz.

—Discutiremos eso a su debido tiempo. Puedes hablar con tu madre ahora si quieres.

Amaba a Aiden. Era mi padre, pero se trataba de mi vida. No podía interponerse en lo que tenía con Derek. Era algo por lo que estaba dispuesta a luchar.

En ese momento, sin embargo, la batalla que debía librar era con mi madre, o quizás con el persistente afecto que aún sentía por ella. No tenía ni idea de qué esperar o por qué deseaba hablar con ella siquiera. Tal vez quería darle a mi madre

otra oportunidad.

Me lanzó miradas como puñales nada más entrar en su celda.

—No puedo creer que me hicieras esto —siseó.

La miré, era un reflejo de mí misma. Desde el momento en que posé mis ojos en ella, siempre pensé que era más hermosa que yo. Me senté en el catre, o en lo que quedaba de él, y la miré fijamente.

—No lo entiendo —reflexioné en voz alta mientras las puertas de la celda se cerraban bajo la atenta mirada de un guardia cercano.

—¿Entender qué, Sofía?

—Cómo pudiste darle la espalda a Aiden. Estoy segura de que lo amabas y él te amaba a ti. ¿Cómo te convertiste voluntariamente en un ser que te mantenía alejada de él?

—¿Quieres decir en vampiro? ¿No elegiste tú seguir siendo humana a pesar de tu amor por Derek? ¿No es lo mismo?

—No quería convertirme en vampiro —afirmé—. Pero cuando me di cuenta de que quizás era la única forma de estar con él, *sí*, le pedí que me convirtiera, principalmente para ver si podía hacerlo. Cuando no me convertí, me destrozó saber que no podía transformarme en lo que necesitaba ser para estar con él.

—Exacto. Yo no podía ser lo que necesitaba ser para estar con Aiden. No podía ser Camilla. No podía convertirme en la perfecta ama de casa. Era débil y estaba asustada. Cada día me atormentaba el pensamiento de que pudiera ver en mí la criatura quebrada que soy y me dejara. Especialmente en comparación con tu perfección, ¿cómo podría tener siquiera una oportunidad?

—Soy tu hija, Ingrid. No entiendo por qué me veías como tu competidora.

Ante esto, selló sus labios y supe que mis palabras habían desencadenado oscuros recuerdos que había jurado no revelar.

—No sabes lo que estás diciendo —fue todo lo que dijo—. Me arruinaron cuando me volvieron humana. Era fuerte y poderosa como vampiro. Ahora vuelvo a ser lo que era antes: débil y mortal.

—Al menos ahora tienes la oportunidad de regresar junto a Aiden.

—No mientras tú estés viva. —Levantó los ojos para encontrarse con los míos, y temblé al descubrir tanto odio en su mirada—. ¿Qué esperas conseguir con esta cura, Sofía? ¿Tu plan es convertir a Derek Novak de nuevo en humano para poder criar niños en una casa con valla de madera, vivir el sueño americano y retozar juntos para siempre? No seas ilusa, Sofía. Derek no está destinado a estar junto a ti.

—¿Como tampoco mi padre junto a ti?

—Derek solo te hará débil, Sofía. Exactamente igual que tu padre hizo conmigo. Convertirme de nuevo en humana, en esta llorona, patética, debilucha... Borys te hará fuerte.

Se encogió en la esquina de la habitación con las rodillas apretadas contra su pecho mientras luchaba por reprimir los sollozos. Avancé vacilante, preguntándome

si aún planeaba atacarme.

Cuando me senté frente a ella, intentó alejarse, pero no tenía espacio para retroceder. Acaricié con la mano sus largos bucles castaños y se estremeció ante mi tacto. Besé su frente y me sorprendió su forma de temblar.

—Te sorprendería lo poderosa que es la fuerza del amor, Madre. —Entonces presioné mis labios contra su mejilla, dándome cuenta de que podría ser el último beso que le daba.

—Por si te sirve: te quiero, Camilla.

Me lanzó una mirada furiosa, pero yo realmente sentía lo que dije. Retrocedí e hice una seña al guardia para que me dejara salir. Mientras giraba hacia el corredor que me conduciría fuera de los calabozos del cuartel general de los halcones, habría jurado que oí sollozar a Ingrid Maslen.

Derek

Las cosas volvieron a la normalidad, o al menos eso parecía. Después de oír sus peticiones, aseguramos a los humanos que estudiaríamos sus exigencias y haríamos que mejoraran sus condiciones de vida. Con aquello acordado, los humanos volvieron a sus puestos. Aún estábamos dando caza a Félix y a los pocos hombres que todavía seguían con él. A aquellos que se rindieron se les otorgó amnistía a cambio de su lealtad.

La única amenaza que quedaba era el ataque de los aquelarres, de cuya respuesta Natalie no nos había dicho nada.

—¿Y si aceptan que envíes a Gregor? —preguntó Ashley—. No entiendo por qué lo envías en tu lugar.

Estábamos en el comedor de mi ático con Eli, que acababa de salir para traernos algo de sangre cuando Ashley sacó a colación el tema del encuentro con los líderes de los aquelarres.

—Confía en mí. No lo harán. Están decididos a declarar la guerra a La Sombra. De eso estoy seguro. Ni siquiera me sorprendería si mi padre estuviera trabajando con ellos.

—Parece una presunción peligrosa para arriesgar toda la isla.

—Simplemente lo sé. Conozco a Natalie. Pude adivinarlo por la forma en que estaba actuando. Van a declararnos la guerra tanto si vamos como si no y, si hay guerra, creo que todos nosotros tendremos una oportunidad mejor si estoy aquí en La Sombra.

—¿Y lo de ir a buscar a Sofía?

Gruñí para mis adentros. Habíamos estado discutiendo todo lo que sabíamos sobre los cazadores, y habíamos reducido la búsqueda de su cuartel general a un determinado punto del mapa.

Teníamos informaciones que nos aseguraban que las brujas aún trabajaban para los cazadores. El cuartel general podría estar oculto por un hechizo, lo mismo que La Sombra.

—Deseo más que nada en el mundo tener a Sofía de regreso aquí, pero quizás estamos malgastando nuestro tiempo con todo esto... Tal vez así es como se supone que debe ser.

Ashley me golpeó en el hombro.

—¡No puedo creerte! ¿Otra vez estamos con esas? ¿De verdad? Conozco a Sofía. ¡El hecho de que la dejaras atrás debe estar volviéndola loca! ¿Cómo pudiste hacerle eso? No me importa cómo creas que deben ser las cosas. Sofía pertenece aquí contigo y no allá afuera como una especie de princesa rica y malcriada por su padre, el señor

de los cazadores.

Eli entró en el comedor con unas copas de sangre en la mano. Empezó a colocar las copas en la mesa delante de nosotros.

—¿Qué ocurre?

—¿Crees que Derek debería irse de aquí a buscar a Sofía cuanto antes? —preguntó Ashley.

Eli tomó un sorbo de su copa de sangre.

—Supongo, pero no estoy seguro del "cuanto antes" —dirigió toda su atención hacia mí—. Entiendo lo importante que es Sofía, pero no puedo evitar sentir como si estuviéramos malgastando el tiempo buscándola cuando se prepara un ataque inminente a La Sombra. ¿No deberíamos estar fortificando nuestras defensas y preparándonos para la guerra?

Miré con ojos triunfantes, a Ashley quien, a su vez, lanzó una mirada asesina a Eli.

La verdad sea dicha, se me cayó el alma a los pies. A pesar de que mi cerebro me decía lo mismo que Eli acababa de exponer, en mi interior estaba desesperado por encontrar a Sofía. Que el motivo fuera mi amor hacia ella o mi sed de su sangre, eso ya no lo sabía.

Unos nudillos en la puerta principal interrumpieron nuestra conversación. Me puse en pie para abrir, a pesar del ofrecimiento de Eli de hacerlo él. Me encaminé a la puerta principal y la abrí para encontrar a Xavier y Natalie de pie en la entrada.

—Mira quién regresó —anunció Xavier—. Aparentemente, nunca se cansa del caos.

—O tal vez te echa de menos. —Me encogí de hombros.

Natalie se adelantó, lanzando una mirada furiosa a Xavier. Posó sus ojos en mí.

—Será mejor que te sientes para oír lo que estoy a punto de contarte.

Tragué con fuerza y le señalé la sala de estar. Natalie parecía estar preparándose para soltar lo que tenía que decir.

—Tengo dos mensajes. Uno es de los aquelarres. El otro es de Sofía Claremont. ¿Cuál quieres oír primero?

Me quedé paralizado. Sabía qué esperar de los aquelarres. No tenía ni idea de cuál podía ser el mensaje de Sofía. Lo desconocido parecía ser mucho más aterrador que la enorme amenaza que acompañaba a lo conocido.

—Me gustaría saber lo que los otros aquelarres tienen que decir.

Natalie se aclaró la garganta.

—Su mensaje es simple. Cuatro palabras: Prepárate para la guerra.

—¿Te enviaron hasta aquí solo para decir eso? —se mofó Xavier con una mueca.

Me enderecé en el asiento y asentí.

—Muy bien entonces. Todo lo que tengo que decir son otras dos palabras: Que vengan. —Me detuve, sorprendido de que la guerra, algo que había temido que ocurriera, no me alarmara tanto como debería. Saber que Sofía me tenía en mente era

un pensamiento mucho más apremiante—. ¿El segundo mensaje?

—Entiende que no hubo forma de reunirme con ella. Verla personalmente era demasiado peligroso, dado que está en manos de los cazadores, así que tuvimos que comunicarnos por teléfono.

Comprendí lo que implicaba aquello. Si los demás aquelarres molestaban a Natalie de algún modo, lo más probable era que hubieran oído lo que Sofía había dicho.

—Sofía dice que podría haber encontrado una forma de estar juntos. Quiere reunirse contigo en un hotel de Cancún. —Natalie me pasó una pequeña nota—. Estos son los detalles de la hora y el lugar.

Tomé la nota y respiré profundamente al ver lo que había escrito:

«Ellos saben la hora y el lugar. Es demasiado peligroso. Sofía habla de una cura para el vampirismo».

Sentí como si me hubiera atragantado con una roca mientras leía la última frase una y otra vez.

«Una cura para el vampirismo».

Ninguna vez desde que me había convertido en vampiro se me había cruzado por la cabeza que pudiera haber una cura.

«¿Cómo es posible? Una cura. ¡Una cura!».

Si me convertía en humano de nuevo, sería mortal. Sofía y yo podríamos casarnos, tener hijos, envejecer juntos... Se harían posibles los más íntimos deseos de mi corazón.

Surgió en mi interior una esperanza como ninguna otra que hubiera sentido antes.

«¿Realmente lo ha conseguido? ¿Ha encontrado de verdad Sofía la forma de que podamos estar juntos?».

—¿Y bien? —Natalie rompió el tenso silencio, con los ojos puestos en el pedazo de papel que me había dado. Temblaba mientras yo lo sostenía en la mano—. ¿Qué quieres que le diga?

—Dile que venga a La Sombra. No puedo arriesgarme a salir de aquí. No con una guerra en ciernes. Si voy a reunirme con ella, entonces tendrá que ser aquí.

—Te das cuenta de que no tiene intención de encontrarse contigo a solas, ¿verdad? Los cazadores estarán con ella, muy probablemente su propio padre también.

—Derek... —Xavier sacudía la cabeza, claramente a punto de oponerse—. Sé cuánto te importa Sofía, pero por todos los cielos... Está con los cazadores. ¿De verdad es el mejor momento para alojar cazadores en la isla? Apenas podemos mantener el reino de una pieza.

Miles de posibilidades cruzaron por mi mente a la vez. Amenazadoras. Abrumadoras. Inquietantes. Me sacudí esos pensamientos. No tenía sentido sucumbir a los temores.

—Necesito a Sofía para encontrar el verdadero santuario. La profecía lo deja en

claro. Si la única forma de que pueda regresar es con los cazadores, entonces que así sea. Déjalos venir. Déjalos venir a *todos*.

«Si tiene que haber guerra, no puedo detenerla. Solo sé que necesito a Sofía a mi lado. Si esta es la única forma, así será».

Claudia

«Yo era su regalo».

Yuri estaba celebrando su vigesimoprimer cumpleaños, y sus nuevos amigos querían regalarle una mujer. El Duque decidió que yo sería el regalo perfecto para el joven que ya era aclamado como artista de gran talento. Por supuesto, mi señor también sabía que Yuri significaba mucho más que eso para mí.

Cuando me presentaron a Yuri, me di cuenta de que se sentía incómodo con la idea. Había visto la misma mirada en los ojos de innumerables hombres antes que él. Sin embargo, aquello nunca los detenía.

Nos metieron a ambos en una habitación prácticamente a empujones, con gritos y ánimos para que Yuri disfrutara. Me quedé de pie, temblando. A menudo temblaba cuando estaba ante el Duque, pero delante de Yuri fue por motivos muy diferentes. Con Yuri nunca me había sentido más vulnerable que en ese momento.

—¿Podrías quitarte la máscara, por favor? —me pidió.

—No puedo. No se me permite hacerlo. —Tenía la esperanza de que no reconociera mi voz. Esperaba no tener que revelarle jamás quién era en realidad, pero también entendí por qué el Duque me había ordenado que no me la quitara hasta que Yuri hubiera terminado conmigo. El Duque disfrutaba pensando que Yuri descubriría que había estado cortejando a una puta. Me tragué las lágrimas.

Él se aproximó y levantó la mano. Me encogí cuando me tocó, temerosa de que me quitara la máscara. En lugar de eso, se limitó a acariciar mi clavícula expuesta con su pulgar, ya que el ligero vestido que lucía dejaba poco margen a la imaginación.

—¿Empezamos? —pregunté, haciendo intención de dirigirme hacia la cama. En parte esperaba que me detuviera, que me dijera que no le parecía bien, teniendo en cuenta que estaba cortejando a otra mujer. Deseaba creer que era un hombre decente, pero debería haber sabido que era lo que era: un hombre.

Al yacer en la cama, se me partió el corazón cuando se subió encima de mí y empezó a desatar con delicadeza los cordones del corpiño de mi vestido. Mientras hacía lo que había venido a hacer, intenté bloquear mi mente. Traté de pensar en él como si fuera alguien distinto al joven que me había cortejado las últimas semanas, pero no pude. Yuri era como todos los hombres: usaba a mujeres como yo.

Cuando hubo terminado, su peso cayó encima de mí y, sin pedirme permiso, me quitó la máscara. No me quedaba fuerza de voluntad suficiente para resistirme. Llegados a ese extremo, ya no me importaba si veía lo que era, porque yo también había visto lo que era él.

Cuando nuestros ojos se encontraron, apenas lo reconocí a través de mi mirada

empañada por las lágrimas. Sin embargo, a pesar del velo que nublaba mis ojos, adiviné la sorpresa en los suyos.

—Eres tú. —Se quitó de encima y se volvió a vestir a toda prisa.

Traté de demostrarle que yo era fuerte, que no me había partido el corazón, pero mi resolución se estaba desmoronando. Me senté y ocupé mi lugar en el borde de la cama, tratando de no llorar mientras me volvía a poner el vestido. Quería salir de aquella habitación, pero temblaba de tal forma que apenas podía ponerme la ropa.

Su gesto se suavizó al contemplar mi lucha interior. No pude descifrar la expresión de su rostro.

«¿Está enfadado conmigo? ¿Tiene peor opinión de mí ahora que antes?».

—Detente —me ordenó después de que no lograra por enésima vez pasar mis brazos por las mangas del vestido.

Por puro instinto, obedecí su orden. Ese era el aprendizaje al que me había sometido el Duque. Cada orden era obedecida de inmediato y sin dudar. Dejé caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo, permitiendo que la parte superior del vestido cayera sobre la falda abullonada del conjunto.

Yuri se acercó y me tomó de los brazos, convenciéndome para que me pusiera de pie. Temerosa de que la falda cayera al suelo y me dejara totalmente expuesta, me aferré al vestido, sosteniéndolo justo por debajo de la cintura mientras le permitía estudiarme.

No me atreví a mirarlo a la cara mientras me examinaba, pero sentí sus ojos cuando tragó saliva.

—¿Por qué tienes tantos moretones?

«¿Por qué importa?».

Como de costumbre, no respondí. En mi opinión, no se merecía una respuesta. No después de haberme usado.

—¿Quién te hizo esto? ¿Por eso ya no puedo caminar junto a ti? ¿Por eso no podías aceptar ni el más nimio regalo que viniera de mí?

Odiaba sus preguntas. No quería tener que responderlas. Después de todo, ¿para qué? La farsa que habíamos representado ya había terminado.

—¿Hay algo más que deseas que haga por ti?

—Sí. Responde a mis preguntas y dime tu nombre.

—No puedo hacer eso.

—¿No puedes o no quieres?

—Ambas cosas.

El silencio era tan ensordecedor que finalmente me las arreglé para mirarlo a la cara. Me sorprendió porque lo que vi era algo que nunca había visto en el Duque. Culpabilidad.

—Lo siento mucho —me dijo.

No pude resistirme al impulso de mofarme de él.

—¿Lo sientes? ¿Lo habrías sentido si jamás hubieras visto quién estaba detrás de

la máscara?

Yuri tragó saliva.

—Lo sentía, incluso mientras estaba... mientras estábamos... Esto está mal. Nunca debí haber aceptado.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

«¿Por qué lo hace todo el mundo? ¿Tienen la más remota idea de la desgracia que nos provocan?».

No respondió. En lugar de eso, levantó el corpiño de mi vestido para ponerlo sobre mi cuerpo y comenzó a atar los cordones.

—Esta vez lo entiendo de verdad —dijo—. No ha cambiado nada. A mis ojos, sigues siendo la preciosa mujer de los bosques, la misma con la que no me importaría pasear todos los días del resto de mi vida, la misma que me enamoró desde el primer momento en que posé mis ojos en ella.

Besó mis labios con el beso más tierno y precioso que jamás había saboreado.

—Siento haberte hecho esto. Siento que tuvieras que sufrirlo, pero sé que dedicaré toda mi vida a intentar compensártelo. «Lo juro».

Yuri fue fiel a su palabra. No creo que se perdonara jamás por haberse acostado conmigo aquella noche. De hecho, incluso cuando intenté atraerlo durante los últimos siglos, nunca respondió.

Él fue quien me convirtió en vampira. Lo hizo para que pudiera protegerme del Duque. Yuri me había protegido durante cientos de años.

Lo odiaba cuando estaba con otra mujer distinta a mí, y yo sabía que él también lo odiaba cada vez que yo estaba con otro hombre, pero así había sido siempre con Yuri. No soportábamos estar separados pero, de alguna manera, los dos sabíamos que tampoco podíamos estar juntos. Una vez le pregunté por qué era eso y su respuesta fue contundente.

—Quiero estar contigo, Claudia. Creo que ya lo sabes, pero también creo que nunca disfrutarás conmigo hasta que te deshagas de la víctima de dieciséis años que llevas dentro.

Ese fue el día que me di cuenta de que Yuri veía todo lo que había en mí. Yo sabía que a él no le importaba mi pasado, que me aceptaría si yo era capaz de aceptarme a mí misma. Yuri también sabía que me resultaría muy difícil perdonarlo por haberse acostado conmigo aquella noche. Hasta que no estuviera preparada, hasta que no me liberara de mi pasado, nunca podríamos estar juntos.

Cuando abandoné La Sombra, eso fue exactamente lo que me ocurrió.

Supé que el pasado no importaba, que había estado malgastando mi inmortalidad con la obsesión de vengar mi pasado, por culpa de alguien con quien ya había terminado. Había estado castigando tanto a Yuri como a mí misma por un pasado que ninguno de nosotros habría podido cambiar.

«Lo que daría por volver atrás y hacer las cosas de un modo diferente...».

La puerta se abrió con un crujido y apareció Sofía. No había sabido nada de ella desde que me contara que iba a escapar.

—¡Sofía! —Salté de la cama para saludarla—. ¿Lo lograste? ¿Pudiste encontrar la forma de escapar para volver a La Sombra? ¿Y ahora has vuelto a por mí?

Ella negó con la cabeza y me dedicó una sonrisa dulce.

—Me atraparon. Realmente no se puede confiar en algunas personas.

El corazón se me hundió. Lancé un suspiro y me encogí de hombros.

—Supongo que entonces es el fin. Me merezco este destino. Es culpa mía por haber sido tan estúpida durante todo este tiempo.

Ni en un millón de años habría adivinado lo que Sofía iba a decir a continuación, pero cuando lo dijo, fue como música para mis oídos.

—No, Claudia. Vamos a regresar a La Sombra.

Ingrid

*M*i hija era un fastidio incansable del que no parecía posible deshacerse. Sus palabras cortaban, y cortaban como un cuchillo.

«*Madre, te sorprendería lo poderosa que es la fuerza del amor*».

Madre. Me había llamado Madre. Me había dicho que me amaba.

«*Joven ingenua*».

Me burlé incluso mientras me sentaba en ese miserable catre dentro de aquel espantoso calabozo, lamentando mi humanidad. Sin embargo, por mucho que odiara admitirlo, en el fondo sabía la verdad. Ella era más fuerte de espíritu y más poderosa en su bondad de lo que yo lo sería jamás. Sofía era todo lo que yo no era, todo lo que yo deseaba ser. Tal vez por eso la despreciaba tanto.

No entendía cómo podía ser tan fuerte, incluso revestida de su frágil humanidad. Cuando me di cuenta de lo que Aiden había hecho, que me había aplicado el máximo castigo convirtiéndome de nuevo en un ser humano, me destrozó. Sentí como si perdiera todo lo que me había convertido en lo que era. Habría repartido golpes a diestro y siniestro. Cuando Sofía me visitó, vino como una ola de calma en medio de la tempestad que se estaba preparando en mi interior. Con una sola mirada a Sofía, hermosa y valiente, supe que había algo profundamente malo en mí por envidiarla.

Todavía estaba dándole vueltas a sus palabras cuando Aiden apareció.

—¿Cómo pudiste hacerme esto a mí? —Lo miré con ira.

Él se limitó a entrar. Los barrotes se cerraron tras él y nos dejaron a solas.

Traté de mantener mi mirada de furia mientras él me la devolvía. Se trataba de un combate de voluntades que yo no podía ganar. Me estremecí cuando miré sus ojos verdes, con una sensación de mariposas revoloteando en mi estómago que no había sentido desde que me convirtiera en vampira. No pude evitar desviar la mirada mientras agachaba la cabeza con los ojos bajos.

—¿Qué quieres de mí, Aiden?

—¿No podrías volver a ser Camilla alguna vez?

—¿No es en eso en lo que me has convertido? ¿No soy humana de nuevo? ¿Débil y vulnerable ante todos tus avances? ¿Suspirando por ti? ¿Indigna de ti?

—¿Eso es lo que sentías todos esos años que estuvimos juntos, Camilla? ¿Que eras indigna? ¿Que eras débil?

¿Cómo podía no saber que era exactamente así como me había sentido? Más aún, no podía creer que me hubiera llamado de nuevo por ese nombre.

«*Camilla*».

No lo entendía, pero el corazón me dio un vuelco.

—Yo nunca te vi así. Eras vibrante y de carácter fuerte y aventurero. Eras dulce y

amable. Como Camilla Claremont eras hermosa en todos los sentidos, y luego te convertiste en Ingrid Maslen, y ahora mírate...

Sus palabras escocían. Todos estos años había despreciado a Camilla. Era desalentador que me dijera que esa persona le parecía hermosa.

—¿Qué quieres de mí, Aiden? Ahora soy humana. ¿No debería estar ya fuera de esta prisión? ¿O también atormentas y lavas el cerebro a los humanos?

Aiden sacudió la cabeza lentamente.

—¿Qué quiero de ti? Solo quería que supieras que lo que deseabas tanto, que Sofía perteneciera por fin a Borys, tu amado señor... No va a suceder. Estamos a punto de convertir a Derek Novak en humano, al igual que tú, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Me puse lívida al oír aquellas palabras, reforzando la sensación de que una parte de Ingrid Maslen aún permanecía en mí.

—¡Pertenece a Borys Maslen! —le grité.

Una tristeza como nunca antes había visto llenó sus ojos.

—Me gustaría que no hubieras dicho eso. Supongo que, humana o no, siempre serás Ingrid Maslen. Adiós.

Abandonada a mi soledad, sentí la desesperación de mi derrota. Sentí que Sofía había ganado. No me quedaba nada. Sofía, por su parte, estaba a punto de conseguir todo lo que siempre había deseado. No parecía justo.

«¿Por qué vivir para verla celebrar su triunfo sobre mí?».

Desesperada, tomé un pedazo de cristal que había quedado de un vaso de agua que había estrellado contra la pared. Traté de recordar la última vez que había sentido dolor como humana. Me cruzaron por la cabeza recuerdos terribles que había enterrado mucho tiempo atrás, rememorando lo crueles que podían ser los humanos, lo insensibles y despiadados que eran.

«No quiero estar entre ellos».

Me corté la muñeca con el cristal haciendo una mueca de dolor.

Esperé. La sangre brotaba a borbotones de mi muñeca. Esperaba sentir de inmediato la llamada de la muerte, pero no pasó nada. La sangre seguía goteando hasta que, para mi sorpresa, el corte de la muñeca comenzó a cerrarse lentamente.

Contemplé mi muñeca con horror.

«¿Qué está pasando?».

Me atravesé la piel con el cuchillo, produciéndome esta vez un tajo más profundo y letal. En cuestión de minutos, ocurrió lo mismo.

No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pero una cosa parecía cierta.

Todavía era inmortal.

Derek

La noticia de que los cazadores iban a venir a la isla se extendió como un reguero de pólvora. Tal y como esperaba, las reacciones fueron negativas en su mayoría. Los vampiros que permanecían neutrales estaban empezando a cuestionar mi cordura. Por otro lado, aquellos que me eran leales expresaron sus preocupaciones en voz alta. Aunque algunos se apresuraron a asegurarme que contaba con su apoyo, sabía que su confianza en mí era vacilante.

La llegada de los cazadores parecía despertar en algunos naturales la esperanza de escapar de La Sombra. Gavin e Ian les explicaron que los cazadores no veían a los humanos capturados por los vampiros como personas que valiera la pena salvar. Los esclavos humanos de El Oasis habían sido masacrados junto con sus amos vampiros. Saberlo no apagaba sus esperanzas.

Yo mismo ponía en duda mi propio juicio, pero conocía a Sofía, y sabía que nunca sugeriría nada que creyera que pudiera perjudicar a La Sombra.

«A menos que, por supuesto, la hayan convencido de alguna manera y la hayan vuelto contra mí...».

—¿Estoy tomando la decisión correcta? —pregunté a Corrine cuando fui al Santuario, su hogar.

Me observó con recelo. Ambos sabíamos que ir a pedirle consejo era algo completamente ajeno a mi carácter. Aun así, me dijo lo que pensaba.

—Creo que estás haciendo lo necesario para conseguir que Sofía vuelva. Eso es lo importante.

—¿Realmente es posible que haya una cura? —pregunté a la bruja—. Tú entiendes de esas cosas.

Ella hizo una pausa, y pareció que accedía a un recuerdo lejano mientras arrugaba la nariz, sumida en sus pensamientos.

—Hubo intentos de encontrar una cura hace tiempo, pero no he oído hablar de ninguno que tuviera éxito. Ni siquiera lo llamaría "cura". El vampirismo, tal como lo conocemos, es una maldición, no una enfermedad.

—No creo que Sofía fuera a proponer algo tan grande a menos que creyera que funcionará.

—No dudo de Sofía —dijo Corrine. Yo también tengo curiosidad.

—Tal vez tenga algo que ver con que ella sea la inmune... —mis ojos brillaron con interés—. Tal vez se ha convertido en el antídoto.

—¿La inmune? —Corrine entornó los ojos hacia mí y me di cuenta de que, desde mi llegada a La Sombra, no le había dicho a nadie que Sofía era inmune.

—Claudia intentó convertir a Sofía. Y a petición suya, cuando estábamos en

territorio cazador, yo también lo intenté... Pero no se convirtió.

Corrine frunció el ceño confundida.

—No pensé... Vaya, increíble...

—¿Qué?

—Bueno, pensé que era un mito que existieran los inmunes. De alguna manera los inmunes sobreviven los tres días siguientes a la mordedura. La leyenda dice que, si el inmune no muere o se convierte en el transcurso de esos tres días, desaparece. O se vuelve loco. Es porque sus sentidos y emociones se acentúan. Su mente humana es incapaz de hacer frente a ello y se colapsa... No pensé que fuera verdad. Mi madre siempre me dijo que eran cuentos de viejas...

—Tal vez por eso Sofía mostraba signos del trastorno psicológico que le diagnosticaste... —musité—. ¿Cómo se llamaba? ¿BIL?

—Baja Inhibición Latente —asintió Corrine.

—Espera. ¿Quieres decir que hay más ahí fuera como Sofía?

—Si la leyenda es cierta, sí, pero hasta ahora Sofía es la única que he conocido.

Fruncí el ceño, recordando de pronto a una persona demente de La Sombra.

—Tal vez no sea la única...

—¿Qué quieres decir?

—¿No quiso Félix convertir a Anna hace un tiempo? Eso es lo que me contaron...

Los ojos castaños de Corrine se entornaron.

—Quiso convertirla, sí, pero no hay indicios de que alguna vez intentara hacerlo. Eso fue lo sorprendente. Un día está enamorado de ella y deseando convertirla para estar con ella para siempre, y al día siguiente la abandona. Cuando la dejó en Las Catacumbas, ya estaba loca.

—¿Y si realmente intentó convertirla? Tal vez deseaba estar con ella de verdad, pero ella no se convirtió.

—¿Piensas que Anna también es inmune?

—¿No crees que es posible?

Los ojos de la bruja se iluminaron.

—Parece una posibilidad. Incluso podría explicar por qué se volvió loca. Si tienes razón y los signos de BIL que mostraba Sofía se debían al hecho de que no se convirtió, tal vez Anna no fue capaz de controlarlo de la misma forma que Sofía. Aun así, la única persona que podría confirmarlo es Félix. —Corrine se encogió de hombros—. Es el único que sabe si alguna vez intentó convertirla. Dios sabe que no podemos obtener información fiable de Anna.

Hice una mueca al recordar por qué estaba tan angustiado al principio. Debía reunirme con Félix y sus hombres para negociar con los humanos. No tenía ni idea de cómo Eli y Yuri habían logrado encontrar a Félix, y mucho menos convencerlo para que hablara conmigo, y la reunión no me hacía ilusión precisamente. Una reunión que, por alguna razón, habían decidido celebrar en el Puerto, aparentemente el

“terreno neutral” de Félix.

—Deséame suerte —le dije a Corrine antes de partir hacia el Puerto.

Un par de minutos más tarde, luchaba por contenerme y no empezar a arrancar corazones.

«*Me van a volver loco. Todos ellos*».

—No voy a trabajar con los humanos —repitió Félix sacudiendo la cabeza.

—No es que nosotros estemos deseando trabajar contigo precisamente —replicó Ian.

—Estás aquí para trabajar para mí, chico, no conmigo. —Félix me lanzó una mirada furiosa—. ¿Ves lo que has hecho? Permites que estos seres débiles alberguen la ilusión de que son nuestros iguales.

—Esta isla se derrumbará sin nosotros. —Ian estaba ahora de pie, y sus fosas nasales se dilataron cuando se enfrentó valientemente a una criatura que podría partírle el cuello en dos fácilmente.

Mi mandíbula se tensó mientras trataba de encarrilar mi frustración. Parecía que Félix y sus hombres no tenían ni idea de lo que significaba la palabra "negociación" cuando acordaron asistir a la reunión. Tenían metido en la cabeza que estaban allí para plantear exigencias. Yo intentaba reconducirlos hacia la idea de que, si no nos uníamos, los otros aquelarres aniquilarían todo por lo que habíamos trabajado los últimos años. Félix no se inmutó por nada de esto, e insistió en que él nunca se rebajaría a trabajar con los humanos. Se suponía que eran sus esclavos.

En algún momento, Ian debió hartarse de Félix, porque lo ignoró y centró su atención en mí.

—Sabes que estoy contigo en esto, pero no todos los humanos están dispuestos a luchar en esta batalla. La mayoría solo desea sentarse y esperar a que la batalla termine. Otros tienen la esperanza de escapar aprovechando el fragor de la batalla.

No podía culpar a los humanos por querer salvarse. Los otros aquelarres tenían sus miras puestas en La Sombra, pero parecía que la isla iba a explotar desde dentro antes de que pisaran tierra siquiera.

Tenía la esperanza de que esta reunión podría ayudarnos a llegar a algún tipo de compromiso antes de que llegaran Sofía, Aiden y los cazadores que venían con ellos. Por supuesto, parecía que las negociaciones no iban a conducirnos a ninguna resolución real.

—¿A quién le importan los humanos que ya tenemos aquí? Son muy fáciles de reemplazar. —Félix le restregó su afirmación a Ian.

—¿Quieres decir de la misma manera que reemplazaste a Anna? —siseó Ian.

Félix respondió con una amplia sonrisa.

—Ah, Anna. Se dice que tienes el ojo puesto en mi pequeña mascota. ¿Cómo está esa encantadora jovencita?

Era obvio que Ian estaba empleando todo su autocontrol para no atacar. Yo, en cambio, expresé en voz alta mis propios pensamientos sobre Anna.

—Una vez estuviste enamorado de Anna, ¿verdad?

Félix me arqueó una ceja.

—Quizás. ¿A ti qué te importa?

—Era humana.

—Era un bicho raro.

—¿Un bicho raro? —me enderecé—. ¿Cómo es eso? Los rumores decían que querías convertirla en uno de nosotros para poder estar con ella para siempre. Antes adorabas el suelo que pisaba, y de repente, ¿dejaste de quererla así, sin más?

Félix tragó saliva. Apretó los dientes.

—¿Qué le hiciste? —siseó Ian.

El tono de acusación hizo que estallara el genio de Félix.

—No le hice nada. Se suponía que era mía. Se suponía que íbamos a estar juntos, pero por mucho que lo intentara, no se convertía. Siguió siendo humana hasta que se volvió loca... ¿Contento? ¿Eso es lo que querías oír?

Traté de ocultar la sonrisa.

—Sé por qué no se convirtió. Es la misma razón por la que Sofía no se convirtió. Ambas son inmunes.

Félix me miró con ojos entrecerrados.

—Pero ¿qué significa eso?

Sacudí la cabeza.

—No importa. No estamos aquí por eso. En pocas palabras, Félix, estamos para saber si vas a colaborar con nosotros o no.

Terco como una mula, el hombre negó con la cabeza.

—Vas a llevar este reino a la ruina, Derek. Hay rumores de que estás a punto de permitir que los cazadores entren en La Sombra...

—Eso no es de tu incumbencia —fue todo lo que le respondí. Solo pensarlo hizo que el corazón me diera un vuelco.

«Sofía viene con una cura».

Parecía demasiado bueno para ser verdad, pero era lo único que mantenía vivas todas mis esperanzas en ese momento.

No íbamos a lograr nada ese día. Félix era demasiado obstinado e Ian era solo un niño que no poseía ninguna influencia sobre la mayoría de la muchedumbre que vivía en Las Catacumbas.

Comenzábamos a asimilar que estábamos a punto de ir a la guerra mientras continuábamos peleando entre nosotros.

«A no ser que la cura de Sofía funcione realmente... —Una cura cambiaría la vida tal como la conocía—. Lo cambiaría todo».

—¿Estás escuchando lo que decimos? —Félix dio un puñetazo en la mesa que había entre nosotros.

Lo miré furioso.

—Félix, te lo pregunto por última vez. ¿Vas a colaborar con nosotros o no?

—No, nunca.

—Entonces, ¿por qué demonios tengo que escucharte?

Me puse de pie y hablé por el dispositivo de comunicación que Eli me había dado antes de la reunión. —Haz que los arresten a todos. No los quiero sueltos causando problemas.

Al oír eso, el rostro de Félix se iluminó con una gran sonrisa.

—Sabía que no podía confiar en ti, así que, antes de venir aquí, me aseguré de tener una salvaguardia. Si no salgo del Puerto vivo y libre, tengo a un hombre esperando en las cámaras de refrigeración preparado para incendiar las cámaras y todo el suministro de sangre que posee esta isla. Cuando todo tu pueblo muera de sed de sangre, veremos cómo intentas mantener a salvo a esa plaga humana.

Ian abrió los ojos por la sorpresa.

—Eres un maldito enfermo...

—¿Y quién dice que no destruirás las cámaras, aunque te deje ir?

—Bueno, tendrás que confiar en mí, Novak.

La ira se estaba apoderando de mí y pude sentir cómo se acercaba la oscuridad. Si Félix cumplía su amenaza de destruir las cámaras, todos los progresos que había hecho para apaciguar la rebelión humana habrían sido en vano. Cualquier lealtad que los vampiros tuvieran hacia mí sin duda se sostenía sobre arenas movedizas.

Di un golpe sobre la mesa. No pude reprimir más la rabia. Antes de que pudiera contenerme, tenía su cuello rodeado con mis dedos y me cegué. En mi último momento de cordura, intenté recordar el rostro y el tacto de Sofía, pero cuando lo hice, todo lo que sentí fue hambre, un inmenso deseo de beber su sangre que solo sirvió para hundirme aún más en la oscuridad.

Su poder me dominaba cuando arranqué el corazón de Félix. Apenas un minuto después hubo una fuerte explosión, y entonces supe que acababa de provocar más destrucción de la que podía controlar.

Sin dejar de apretar en la mano el corazón que todavía latía de Félix, me puse de pie, irguiéndome cuán alto era, y levanté los ojos. La sangre comenzó a palpar en mis venas porque allí mismo, delante de mí, con la boca abierta, estaba Sofía.

Se me cayó el alma a los pies. Quería tomarla en mis brazos, respirar su aroma, sentir su cuerpo contra el mío, escuchar sus palabras, tocarla... ver si estaba realmente allí, pero por encima de todo eso deseaba hundir mis dientes en su cuello y beber. Beber hasta saciarme.

«No puedo vivir sin ella y, sin embargo, tampoco puedo estar con ella. Sofía Claremont me va a llevar a la ruina».

Confundido, hice lo único que podía hacer para mantener a salvo a Sofía. Hui.

El corazón se me partió de dolor cuando susurró dulcemente mi nombre.

—Te amo, Derek.

Sofía

Me quedé paralizada mientras contemplaba cómo se marchaba Derek.

Mi padre estaba de pie a mi lado. Sabía que había visto lo mismo que yo, a pesar de que yo había llegado al Puerto antes que él. Ni siquiera podía comprender lo que estaría pasando por su mente, especialmente cuando Derek me echó un vistazo y salió disparado.

Esto no se parecía en nada al reencuentro que tenía en mente. Ni siquiera me había dado cuenta de lo mucho que suspiraba por Derek hasta que estuve allí, clavada en el suelo sin saber cómo asimilar las emociones que me recorrían.

Xavier e Ian permanecieron con nosotros, junto con Sam y Kyle, que nos habían recogido en la orilla y nos habían llevado a la isla. Xavier e Ian intercambiaron una mirada extraña antes de hacer un gesto hacia mí.

—Esto es incómodo —murmuró Ian—. Pero me alegro mucho de volver a verte, Sofía. —Dudó antes de acercarse y darme un breve abrazo—. La isla ha sido una locura desde que te fuiste —me susurró al oído, antes de alejarse y dirigirle a Aiden una mirada.

Xavier se rascó la cabeza.

—Bienvenida de vuelta a todo este caos, Sofía. Encontrarás que La Sombra no es la misma que cuando te fuiste. Asumo que este es... —miró a Aiden— tu padre, el famoso Reuben... ¿Le han dicho que los humanos que entran en La Sombra nunca la abandonan?

Sabía que trataba de bromear para aligerar la tensión de la situación, pero la broma fue un fracaso, especialmente cuando las fosas nasales de Aiden se ensancharon ante la mínima insinuación de convertirse en prisionero.

—Relájate, papá —le dije—. Está bromeando. —Me giré hacia Xavier—. Hay alguien en el submarino a quien encantará ver de nuevo. Necesita descansar y no está en las mejores condiciones precisamente, pero Vivienne está...

Ni siquiera esperó a que terminara. Cuando su nombre abandonó mis labios, Xavier ya había salido y corría hacia el submarino.

—Mira quien ha vuelto... —dijo Sam, sin el más mínimo atisbo de entusiasmo en su voz.

Claudia acababa de salir del submarino. Dedicó un gesto de desdén a Sam, ya que no era del tipo de persona que se molestara en hablar con aquellos que percibía como inferiores. Aun así, cuando el humilde guardia fue el único que se dio por enterado de su presencia, dejó escapar un suspiro y le preguntó de todos modos.

—¿Cómo está Yuri?

Sam frunció el ceño con sorpresa.

—Bien, supongo.

Justo entonces apareció un rostro familiar en la entrada del Puerto. No pude contener un grito de alegría al verla.

—¡Ashley!

Ella respondió de la misma manera, gritando mi nombre mientras nos abrazábamos. A pesar de todo lo que habíamos sufrido en La Sombra, y pese a que ahora ella era una vampira inmortal, todavía éramos unas adolescentes que no tenían temor a expresar nuestra alegría al ver a una vieja amiga.

—Sam me dijo que ibas a venir hoy —dijo con entusiasmo mientras me apretaba aún más fuerte.

—Ay —me quejé—. Ahora eres un vampiro. Eres más fuerte que antes.

—Perdona. —Se apartó de mí e hizo una mueca—. Lo siento. A veces todavía lo olvido. Había planeado pasar el tiempo aquí en el Puerto para esperarte, pero Félix tuvo que elegir el puerto como el lugar para celebrar sus negociaciones con Derek. —Arrugó la nariz—. A propósito, ¿dónde está?

—Eché a correr nada más verme. Llegamos justo a tiempo para ver cómo hacía eso. —Señalé hacia el cuerpo sin corazón de Félix tirado en el suelo.

Ashley se quedó mirando el cadáver.

—Creo que necesitamos que alguien arregle este desastre.

—Kyle ya está en ello —le aseguró Sam.

No pude evitar notar la manera en que se miraron antes de que Ashley se sonrojara y desviara los ojos.

Aiden se aclaró la garganta para hacer notar su presencia, en gran medida ignorada.

—Lo siento... Ashley, este es mi padre, Aiden Claremont. Esta es Ashley. Es una de mis más queridas amigas aquí.

Ashley le tendió la mano para apretarla, pero él simplemente se quedó mirando.

—También eres un vampiro.

Ashley comenzó a mover nerviosamente los dedos.

—Sí, señor. Soy la vampira más joven de La Sombra, así que probablemente también soy la más fácil de matar... —Frunció el ceño como si se preguntara por qué acababa de decir eso—. Antes también era cazadora... Bueno, no era muy buena...

—Sí. Pensé que me resultabas familiar.

Justo entonces apareció Xavier, cargando en sus brazos a una frágil Vivienne que tenía la cabeza apoyada en sus amplios hombros. Un destello de rabia brilló en sus ojos cuando vio a Aiden.

—La voy a llevar a su casa —anunció—. Puedes quedarte aquí y esperar a que Derek recupere algo de autocontrol, o puedes venir conmigo. —Lanzó una mirada de furia a Aiden—. No estoy seguro de que Derek quiera que esté en la isla.

—No le importa, Xavier. ¿Qué puede hacerle a nadie mientras se quede aquí?

—Eres responsable de él, Sofía.

Asentí antes de atreverme a echarle un vistazo a mi padre. Tenía una expresión sombría en el rostro. Odiaba que hablaran de él como si ni siquiera estuviera presente.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Sam mirando a Claudia con cautela.

—Llévala a Las Celdas. —Xavier se encogió de hombros—. En realidad no me importa.

—No. —Sacudí la cabeza—. Por ahora puede venir conmigo.

Xavier pareció sorprendido, pero no se molestó en protestar. Simplemente se dirigió hacia el ático de Vivienne y nosotros le seguimos poco después.

Mi padre caminaba a mi lado, asimilando silenciosamente la oscuridad de La Sombra sin decir una palabra. Ashley, por otro lado, hablaba sin parar, poniéndome al día de todo lo que había ocurrido en la isla. Sam y Claudia trotaban detrás de nosotros, esta última con el aspecto de una niña perdida que añoraba su hogar. Yo iba mirando hacia atrás para ver cómo estaba. Me di cuenta de cómo miraba a los vampiros con los que nos cruzábamos, casi como si estuviera deseando que todos ellos se transformaran en Yuri.

—¿Tienes alguna idea de dónde está Yuri? —pregunté a Ashley.

Ella se encogió de hombros.

—La última vez que lo vi fue cuando sofocamos el asedio en el Puerto. La mayor parte del tiempo lo pasa a solas, y solo viene cuando Derek lo llama —volvió la vista hacia Claudia—. ¿Qué le pasa?

—Está enamorada de Yuri —le conté a Ashley.

Al oír eso, la animadora rubia convertida en vampira arqueó una ceja.

—Vaya. Eso es nuevo. Claudia se preocupa de verdad por alguien que no es ella misma...

—No creo que se diera cuenta hasta que estuvo lejos de él. A lo largo de los años, él siempre estuvo a su lado cuando lo necesitó. Claudia dio por sentado que siempre lo tendría.

—Chica tonta... —murmuró Ashley en voz baja.

—Ahora lo recuerdo.

Me llevé un susto tremendo cuando Aiden interrumpió. Lo miré y me di cuenta de que estaba mirando a Ashley mientras atravesábamos los bosques de enormes secuoyas.

—¿Qué? —le pregunté a mi padre.

—Ashley... Eres la hija de James y Helen. Tu madre siempre decía de ti: "Chica tonta".

A pesar de la penumbra que había a nuestro alrededor, iluminada solo por los rayos de la luna y las luces incandescentes que se alineaban en los caminos, adiviné que Ashley se sonrojó al recordar a sus padres.

—Mi madre siempre pensó que era estúpida por no querer unirme a su causa y convertirme en cazadora.

—Tu padre se subiría por las paredes si descubriera que te has convertido en vampiro. ¿Tienes la más ligera idea de lo nerviosos que estaban cuando desapareciste?

—Creo que tú y yo sabemos que habría sido una cazadora desastrosa —respondió Ashley, con voz ligeramente ahogada.

—Tal vez, pero eso no significa que vayas y te conviertas en el enemigo.

—¿El enemigo? Recuerda dónde estás, Reuben. No dices cosas como esas y esperas salir con vida.

Aiden miró a Ashley arqueando las cejas.

—¿Es una amenaza, chica?

Al oír aquello, Ashley sofocó una risa.

—Nunca me atrevería a amenazarte, Reuben. Vampiro o no, no me hago ilusiones de ganar una pelea contra ti. Te estoy haciendo una advertencia amistosa. Ten cuidado, Reuben. Quédate aquí el tiempo suficiente y podrías terminar convirtiéndote en uno de nosotros.

Antes de que mi padre pudiera responder, sus ojos se abrieron de par en par y se quedó con la boca abierta. Acabábamos de llegar a Las Residencias y, debido a todo el tiempo que había pasado en La Sombra, había olvidado lo magníficas eran las villas construidas en las copas de los árboles gigantes. Teníamos a nuestro alrededor una bulliciosa comunidad de vampiros ocupados en sus quehaceres.

—Esto es increíble. —Aiden concedió el primer y tal vez último cumplido que había dedicado a una comunidad de vampiros—. Hemos atacado muchos aquelarres antes y pensé que El Oasis era el más impresionante, pero esto... nunca he visto nada semejante.

—Construyeron un gran reino para ellos y para los de su especie, estos Novak —asintió Ashley—. Bienvenido a La Sombra, Sr. Claremont.

Aiden comenzó a caminar delante de nosotros y Ashley aprovechó la oportunidad para entrelazar su brazo con el mío. Entonces, me susurró al oído:

—No confío en él. Reuben es famoso por su odio hacia los vampiros. Creo que heredó ese odio de su familia. Estaba en su sangre hasta que... Bueno, hasta que llegaste tú. —Ashley miró a Aiden con cautela—. Sé que es tu padre, Sofía, pero conozco a los de su clase. El zorro pierde el pelo, pero no las mañas. No está aquí para ayudarte a curar a Derek ni a ningún otro. Además, ¿qué significa eso de curarse?

Quería explicarle a Ashley que había visto curarse a Ingrid, que la curación era posible, que esa era mi idea, pero tampoco conseguí acallar mis propias sospechas sobre la presencia de Aiden en La Sombra. Todo lo que pude decir fue:

—Yo tampoco confío en él del todo, Ash.

—Entonces, ¿por qué arriesgarte a traerlo aquí, Sofía? Si encuentra el modo de llamar a los cazadores, estamos acabados... sobre todo teniendo en cuenta que el resto de los aquelarres ya le han declarado la guerra a Derek.

Me encogí de hombros, expresando en voz alta mis propias esperanzas por primera vez.

—Supongo que esperaba que al estar aquí pudiera ver lo que nosotras vimos en La Sombra.

Ashley se detuvo en seco.

—¿Y qué es exactamente lo que nosotras vemos aquí?

—Esperanza.

Derek

«Ella está aquí».

Lo único que quería era tenerla entre mis brazos, pero el ansia de hincar el diente en la suave piel de su cuello se tornó insoportable nada más posar mis ojos en ella. Como si no fuera ya suficiente que hubiera llegado justo a tiempo para verme arrancar el corazón de Félix, no podía arriesgarme a pasar los primeros minutos de nuestra reunión bebiendo su dulce sangre. Sin embargo, incluso mientras huía de ella, era dolorosamente consciente de su cercanía, de lo fácil que me sería tomar lo que deseaba.

Nadie podría detenerme. Aquello era lo que me asustaba tanto. Por eso, me dirigí al único lugar con el poder suficiente para impedirme dañar a Sofía.

El Santuario.

—¿Tan pronto de vuelta? ¿Desde cuándo no te aburres de mi compañía? —Corrine me observó, imperturbable ante el hecho de que acababa de irrumpir en su estudio sin anunciarme.

—Sofía ha vuelto. Ha regresado con su padre y no sé quién más. —Me hundí en uno de los sofás de su estudio con la cabeza baja—. Regresó justo después de que Félix y sus hombres volaran las cámaras de refrigeración y me perdí... perdí la razón y le arranqué el corazón a Félix.

—¿La oscuridad se apoderó de ti?

—No sé qué hacer, Corrine.

—¿Qué quieres decir con que no sabes qué hacer, Derek? —espetó Corrine—. Tu prometida acaba de regresar. Vas a ella y la besas, y le haces sentir que te importa. ¿Qué demonios haces aquí conmigo?

—¿No te parece que eso es lo que quiero hacer? ¿Después de todo el tiempo que llevamos separados? —Me pasé una mano por el cabello—. No hay nada que desee más que estar con ella, Corrine, pero ¿no me has escuchado? Las cámaras de refrigeración han desaparecido... Junto con todas las reservas. No queda sangre, aparte de la que corre por las venas de los humanos y los animales de La Sombra. ¿Cómo diablos voy a controlar mi ansia por Sofía?

—Bueno, sin duda no vas a ser capaz de controlarlo mientras te quedas aquí quejándote, Derek. Tienes que enfrentarte a ella y resolverlo. Una cosa es segura... no puedes seguir huyendo de ella.

—No eres de ninguna ayuda. ¿No tienes ningún hechizo que ayude a calmar mi ansia? —Me sentía como un chiquillo en medio de una rabieta mientras cruzaba los brazos sobre mi pecho.

—¿No llegó Sofía diciendo que ella y los cazadores habían encontrado una cura?

Si dejas que su padre te administre la cura, entonces no tendrías que venir aquí pidiendo un hechizo, enfurruñado como un niño pequeño.

—Cora me habría lanzado un hechizo, si es que existe alguno. Sé que ella lo habría hecho.

—Yo no soy Cora. Además, ella estaba enamorada de ti. Podías haberle pedido que saltara de los muros de la Fortaleza Carmesí y lo habría hecho. Solo hay una persona en esta isla que haría lo mismo por ti, y esa es Sofía.

—Ven conmigo. Por favor. —Me puse de pie con la intención de llevarla a rastras hasta mi ático si era necesario.

—¿Qué? ¡No!

—¿No quieres ver a Sofía? Es una buena amiga tuya. Si estás ahí, al menos sabré que alguien tiene poder suficiente para detenerme en caso de que pierda el control...

—Agarré a Corrine por la muñeca y ahogué un grito cuando ella retiró la mano y me abofeteó en la cara.

—Contrólate, Novak. Sofía Claremont es mucho más fuerte de lo que piensas. Sé un hombre y dale la bienvenida que se merece.

Corrine tenía razón. Estaba actuando como un idiota, pero no podía evitarlo. Estaba aterrorizado por lo que era capaz de hacer.

—¿Cómo podría perdonarme si le causo más dolor del que ya le he causado?

—De la misma manera que te perdonaste todas las otras veces que la hiciste desdichada, Novak. Pides su perdón, y cuando descubras que te ama lo suficiente para ver más allá de lo que has hecho, en ese momento serás capaz de perdonarte a ti mismo.

Estaba a punto de decir algo más, pero los ojos castaños de la bruja se abrieron y me alejé encogido.

—¡Fuera de mi vista, Novak!

Dejé El Santuario y di un largo paseo, pero mi sed por la sangre de Sofía no menguó ni por un instante. Sabía que debía enfrentarme a ella en algún momento, y sabía que también debía ejercer algún tipo de control sobre mí mismo, aunque solo fuera para demostrarle a Aiden que su hija no estaba en peligro junto a mí.

Finalmente acabé en mi ático. Basándome en la sed que sentía, supe que ella andaba cerca. Tragué saliva con fuerza mientras entraba en mi sala de estar, sorprendido de encontrar a Xavier allí. Al verme, se levantó con los puños apretados, y la expresión de su rostro indicaba claramente que estaba casi listo para romperle el cuello a alguien.

—No pareces muy contento —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—¿La has visto?

—Apenas. Estabas allí cuando llegó... no pude soportar estar en la misma habitación que ella. Casi podía oír el latido de su corazón bombeando sangre en sus venas, una sangre que sería puro éxtasis para mí. Lo que daría por...

—Sofía no. Vivienne.

Se me hizo un nudo en el estómago y di un paso hacia adelante.

—No juegues conmigo, Xavier.

—Está viva. No estoy jugando contigo. Vino con Sofía y con su padre. Claudia también está con ellos. —Xavier sacudió la cabeza—. No tiene buen aspecto.

—¿Dónde está? —pregunté entre dientes. No era posible que Vivienne estuviese viva. Jamás ningún vampiro había sobrevivido después de ser hecho prisionero por los cazadores.

«*Excepto yo, y ahora también Claudia... ¿Y Vivienne? ¿Cómo es posible?»*».

—En su dormitorio, pero también está...

Conocía la advertencia que estaba a punto de lanzarme. Sofía estaría allí, no tenía ninguna duda al respecto, pero no me importaba. Mi gemela estaba viva.

«*Vivienne sobrevivió*».

En ese momento aquello era lo único que me importaba, y salí a toda velocidad hacia su ático, sin preocuparme por escuchar el final de la advertencia de Xavier. Me abrí paso entre la gente que se amontonaba en la sala de estar de mi hermana, la mayoría de ellos para saludar a Sofía, estaba seguro, y finalmente llegué a la cabecera de la cama de Vivienne.

Mis sentidos se revolucionaron en el momento que los ojos de Sofía se encontraron con los míos. Estaba sentada en el borde de la cama, agarrando la mano de Vivienne mientras la alimentaba con un vial de sangre. Por un momento no pude centrar mi atención en Vivienne, porque la presencia de Sofía era abrumadora.

—Por favor, vete —mi voz sonaba como si se lo rogara—. No quiero hacer nada de lo que me arrepienta.

Sofía asintió. Sabía que entendía por qué tenía que estar lejos de ella, pero la verdad ofrecía poco consuelo. Aun así, me complació gentilmente, ayudando a mi hermana a beber el último sorbo de sangre antes de apartarse y pasar a mi lado para dejarme a solas con Vivienne.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no hacer ningún movimiento cuando Sofía pasó a mi lado. Después de que cerrara la puerta tras ella, me quedé clavado en el mismo sitio durante unos segundos antes de recomponerme y acercarme a mi hermana.

—Vivienne... Pensé que te había perdido... —Mi voz se quebró mientras sostenía su mano.

Parecía frágil y débil, una sombra de la vivacidad de mi hermana, pero se las arregló para sonreírme mientras me apretaba la mano.

—Derek... Estás increíble.

—Estás viva.

—Quiero ver a Padre, Derek. Tengo algo importante que decirle.

Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo demonios iba a contarle todo lo que había sucedido entre nuestro padre y yo? ¿Cómo iba a contarle que había tomado el poder del reino, que ahora yo era el rey de La Sombra y Gregor estaba prisionero en

una celda?

—No te preocupes —dijo Vivienne—. Tengo una idea bastante clara de lo que está ocurriendo. Por eso necesito hablar con él. Es un asunto de gran importancia.

—Ordenaré que se haga —prometí.

—Hay una guerra en el horizonte, ¿verdad? —preguntó mientras su mirada de color azul violeta se posaba en mí con profunda preocupación.

Asentí.

—Sí. Los otros aquelarres me culpan por lo que sucedió en El Oasis.

—Sofía me lo contó. Estoy decepcionada porque la dejaste con los cazadores, Derek. Con todo lo que está sucediendo, la carga de encontrar el verdadero santuario recae sobre ti. Estás perdiendo el tiempo. No puedes permitirte el lujo de estar lejos de Sofía nunca más. Sofía es tu línea de la vida, Derek.

—No sé cómo estar con ella, Vivienne. Ansío demasiado su sangre. ¿Cómo puede permanecer a mi lado sin que la destruya?

—¿Aún no has aprendido la lección? No eres lo suficientemente fuerte para estar alejado de Sofía. Puedes aguantar un tiempo, pero la oscuridad te alcanzará, Derek. No te confundas respecto a esto. Sofía es más fuerte de lo que te piensas.

—No es su debilidad lo que me aterra. Es la mía. ¿Cómo puedo contenerme y no devorarla?

—¿Ella te niega su sangre, Derek?

Negué con la cabeza, recordando la última vez que se desnudó el cuello para mí, convenciéndome para beber, permitiéndome saciarme.

—Ella me permite voluntariamente tomar tanta sangre como necesite.

—Entonces, tal vez sería mejor si te limitas a participar en lo que ella te ofrece. Bebe hasta saciarte. Toma lo que ella te da.

—¿Y qué le doy yo a cambio? —Cada parte de mi ser se rebelaba contra lo que estaba diciendo Vivienne. La idea de seguir adelante y tomar tanta sangre de Sofía como ansiaba me ponía enfermo—. La amo, Vivienne. ¿Cómo podría hacerle eso?

—Tal vez el amor es suficiente para ella, Derek. —Me sonrió—. Estoy agotada. Ahora me gustaría descansar un poco. Ve con ella. Deja de atormentarte. Deja de atormentarla.

Cerró los ojos y me puse de pie antes de inclinarme para depositar un beso en su sien. No había palabras para expresar lo agradecido que me sentía de que estuviera allí. Ni siquiera quería pensar en lo que había sufrido. Estaba seguro de que tendría mucho tiempo para sentirme indignado. En ese momento, simplemente estaba agradecido de tener todavía a mi gemela, mi aliada, una Novak que no pretendía torturarme o destronarme.

Salí de la habitación y todos los ojos se clavaron en mí. Los de Gavin, Ashley, Sam y Rosa. La mirada de Aiden estaba fija en mí mientras yo apartaba mis ojos de él y los dirigía a su hija. No necesitaba mirarla para saber que estaba allí. Era consciente de su presencia, mi corazón palpitaba con fuerza solo con su aroma.

Tragué saliva mientras contemplaba sus ojos de color esmeralda. Las palabras de Vivienne resonaron en mi oído.

«*Bebe hasta saciarte*».

Perdí el control. Antes de que supiera qué estaba pasando, la tenía clavada contra una pared con mis manos en sus caderas, levantándola de manera que apenas se apoyaba sobre la punta de sus dedos, con los colmillos desnudos listos para hundirse en la piel blanca como la nieve de su cuello.

Estaba a punto de tomar el bocado que tanto deseaba, pero me las arreglé para sacar de la nada lo que me quedaba de autocontrol y me alejé de ella. Mis pensamientos se aclararon y pude oír su tarareo. Ella estaba tarareando nuestra canción, la misma que le tarareé la noche de su decimoctavo cumpleaños, la noche que prometí encontrar una manera de estar con ella.

Contemplé su rostro encantador y me di cuenta una vez más de lo valiosa que era para mí.

—Puedes controlarte, Derek —susurró mientras tomaba mi mano entre las suyas.

Mis colmillos se retrajeron. Sentí una sacudida de placer recorriéndome la columna cuando ella alzó la cabeza y presionó suavemente sus labios contra los míos. Me sonrió antes de mirar por encima de mi hombro.

—Estoy bien, papá.

El corazón se me encogió. Aiden Claremont acababa de ser testigo de cómo atacaba a su hija. Me giré para descubrir a Aiden tratando de escapar de Sam y Ashley. Gavin, por otro lado, sostenía un arma que Aiden había apuntado hacia mí cuando me vio abalanzarme sobre Sofía.

Aiden me estaba apuñalando con la mirada.

—¿Cuántas veces le has hecho esto? ¿Cuántas veces la has empujado contra una pared y has hundido tus colmillos en ella?

Agaché la cabeza, recordando las numerosas veces que había perdido el control con Sofía, las numerosas veces que su vida había estado en peligro.

Para mi alivio, Sofía respondió por mí:

—No importa, papá. Derek y yo vamos a dar un paseo. Tú te quedas aquí. Vamos a pasar la noche juntos. Tenemos que ponernos al día. Estaré bien.

—No. —Aiden sacudió la cabeza—. No voy a dejar que te vayas con ese monstruo, no después de lo que acabo de ver.

—Esto ya no es territorio de cazadores. Si Derek dice que me quiere con él, entonces no hay nada que puedas hacer al respecto.

Me apretó la mano, pero yo estaba preocupado.

—Tal vez tu padre tiene razón, Sofía... No sé si puedo controlarme cuando estás cerca... Yo...

Ella acarició mis mejillas con ambas manos y comenzó a sacudir la cabeza.

—Derek... Por favor...

Pensar que Sofía quería estar conmigo tanto como yo quería estar con ella fue mi

perdición. ¿Cómo iba a quedarme allí de pie y no ceder a lo que decía? ¿Cómo podía ignorar su ruego?

Alcé los ojos hacia Aiden, y su mirada amenazadora me advirtió que debía elegir bien mis palabras, pero Sofía estaba en lo cierto. Él se encontraba en mi territorio, donde mi palabra era la ley. Lancé una mirada rápida a Sam y Ashley.

—Sean tan amables de llevar al Sr. Claremont a Las Catacumbas. Estoy seguro de que estará más cómodo entre humanos, en los aposentos de su hija, que aquí con los vampiros. Rosa, asegúrate de que lo alimenten. Gavin, por favor, pide a Xavier que vigile cómo se encuentra Vivienne.

—¿Dónde está Claudia?

—Volvió a su villa —respondió Sam—. No estábamos muy seguros de qué hacer con ella.

—No es una amenaza. Simplemente desea encontrar la forma de volver a congraciarse con Yuri —explicó Sofía.

—Déjala entonces. Ya es hora de que se dé cuenta de lo mucho que Yuri la valora. —Miré a Aiden—. No voy a hacerle daño a su hija, señor.

Aiden soltó un bufido.

—Seguro que no.

Me giré hacia Sam.

—Sam, una cosa más... encárgate de que mi padre sea liberado y escoltado a los aposentos de mi hermana. Asegúrate de que esté bien custodiado por vampiros más fuertes que él. También debemos celebrar inmediatamente una reunión del Consejo para abordar el problema de la pérdida de nuestras cámaras de refrigeración... No tendremos suficiente sangre para otra semana a menos que hagamos algo al respecto.

No me perdí la forma en que los ojos de Aiden brillaron con interés ante esa información. Estaba seguro de que cada vulnerabilidad que percibía en La Sombra era un tema de interés para un hombre como él.

Satisfecho finalmente de no haber dejado ningún cabo suelto, salí del ático con Sofía. Ya estábamos en una parte aislada de los bosques cuando ella se detuvo en seco y me miró.

—Estás temblando —dijo casi en un susurro.

—No es nada. —Sacudí la cabeza—. Esta cura... ¿Crees que funcionará?

—Funcionó con mi madre. Lo vi con mis propios ojos. No está muy contenta con ello, pero Ingrid Maslen es humana de nuevo... Sigue sin parecerse en nada a la que fue mi madre. Es una humana enojada...

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. —Se encogió de hombros.

Deseaba que fuera verdad, Quería escapar de mi inmortalidad y del peso de la profecía que me señalaba como una especie de salvador de mi especie. También sabía que, dado que Sofía nunca podría ser inmortal, la única manera de estar juntos era convertirme de nuevo en mortal. La cabeza me daba vueltas con todo lo que quería

decir sobre la posibilidad de que Anna también fuera inmune y que Sofía en realidad no padecía BIL, pero cada vez que la miraba solo podía pensar en lo mucho que deseaba su sangre.

—No lo soporto. —Sacudió la cabeza—. No podemos seguir así de cautelosos cuando estamos juntos.

Tragué saliva, preguntándome qué era lo que tenía en mente. Se alejó de mí y, para mi sorpresa, comenzó a desabrocharse los botones superiores de su blusa roja. Sabía lo que estaba haciendo, lo que estaba dispuesta a dejarme hacer, y empecé a negar con la cabeza.

—No... Sofía...

Ella dio un paso hacia adelante y me empujó hacia atrás hasta que mi espalda golpeó el tronco de un árbol. No recordaba haberla visto nunca tan agresiva, pero no me atreví a quejarme cuando sus labios comenzaron a masajear los míos, exigente y apasionada, con hambre de algo por lo que yo también me moría.

Dejé de defenderme y permití que mis manos cayeran hasta su cintura. La empujé hacia arriba para que no tuviera que forzar el cuello para besarme. Respondí con pasión y hambre.

—Eres mío, ¿no es verdad? —me susurró sin aliento cuando nuestros labios finalmente se separaron.

—Sabes que lo soy —respondí, olvidando mi ansia de beber de su sangre mientras trataba de retomar el control de mis sentidos alterados por lo que acababa de suceder.

—Y yo soy tuya, ¿cierto?

Tragué saliva antes de asentir.

—Espero que sí...

Ella tiró de la manga de su blusa por debajo de su hombro y desnudó su cuello para mí.

—Entonces deja de torturarte a ti mismo y a mí, Derek. Está bien. —Dio un paso hacia adelante e inclinó la cabeza hacia un lado mientras se apoderaba de mis manos y las colocaba en su cintura—. Satisface tu ansia.

No podía detenerme aunque quisiera. La mordí, y una mezcla de culpa y éxtasis me recorrió el cuerpo con su gemido. Cuando la sangre fluyó por mi garganta más allá de mi lengua, fue la felicidad completa. Su sangre ya estaba corriendo por mis venas... restaurándome, dándome poder, completándome. Ella abrumó mis sentidos cuando, una vez más, comenzó a tararear nuestra canción para mí. Pasó los dedos por mi cabello, acariciándolo suavemente para asegurarme que todo estaba bien.

De repente, sentí la necesidad de contemplar su hermoso rostro. Aparté mi boca de su cuello y tomé su muñeca en su lugar. Hinqué los dientes sin molestarme en preguntar. Se mordió el labio por el dolor y me contempló mientras bebía de su muñeca.

Cada uno de mis sentidos estaba lleno de Sofía Claremont, de su aroma, su tacto,

su visión, el sonido de su dulce voz tarareando nuestra canción.

Finalmente extraje los colmillos de su muñeca, y entonces agarré su cintura para empujarla hacia mí y besarla de nuevo. No sentí que la culpa me invadía hasta que nuestros labios se separaron.

Sofía fue la que se apartó del beso.

—Derek... ¿Estás llorando?

Traté de contener las lágrimas, pero no pude. Al ver la sangre goteando de su cuello y de su muñeca, me derrumbé delante de ella.

—¿Cómo vamos a seguir así, Sofía?

—La cura funcionará —afirmó con un tono que dejaba traslucir que lo deseaba en lugar de creerlo de verdad—. No tendrás que hacer esto nunca más.

De repente, me pareció que todo lo que tenía, todo lo que quería, todo lo que podría ser pendía de esta cura, una cura creada por cazadores en quienes no creía ni confiaba. Una cura que dudaba que fuera posible.

Sin embargo, al ver la expresión de esperanza en el rostro de mi amada, no pude evitar hacer mía su esperanza.

—Rezo para que la cura funcione.

—Lo hará, Derek. Lo hará.

Ambos notamos la falta de convicción de sus palabras. Yo quería creer en la cura tanto como parecía que lo deseaba ella, pero tenía miedo de depositar mis esperanzas en lo que podría ser simplemente un truco de los cazadores para descubrir La Sombra.

—Espero que estés en lo cierto, Sofía, porque si no... Sinceramente, creo que será el fin de... —Vacilé, porque no deseaba herirla más de lo que ya lo había hecho.

—¿De qué, Derek? —dio un paso atrás, alejándose de mí para ver la expresión de mi rostro. Estaba herida y yo lo sabía—. ¿De ti? ¿De nosotros?

—De todo.

Aiden

«¿Qué demonios te ocurre, Claremont? Acabas de permitir que tu hija se vaya por ahí con el vampiro vivo más poderoso que existe, el vampiro que sabes que ansía su sangre, el vampiro que acabas de ver atacándola».

Miré con furia a los guardias que estaban de pie en la puerta de las cuevas a las que me habían traído, aparentemente los aposentos de mi hija.

«No creo que tenga otra opción».

Me recosté contra el respaldo del sillón de su sala de estar. Los utensilios tintineaban mientras la chica llamada Rosa se movía atareada por la cocina preparando la comida. Estaba acompañada por Lily, una viuda con dos hijos que parecían haber vivido toda su vida en La Sombra. Ya habían preparado otra comida anteriormente que apenas había probado, debido a mi ansiedad por lo que estaba sucediendo con Sofía.

Continué caminando arriba y abajo, atormentado al pensar en las peores posibilidades de lo que el vampiro podría estar haciéndole a mi hija. En algún momento dormí una siesta. Cuando desperté, me encontré todo oscuro como la noche, y Rosa y Lily estaban cocinando otra vez. La cena, me dijeron.

Uno de los hijos de Lily se acercó. Me la habían presentado como Madeline, de cinco años. Tenía un cabello rojo que me recordaba al de Sofía.

Madeline estaba sentada en el sofá frente a mí y me miraba fijamente. Me estaba poniendo bastante incómodo.

—¿Alguna vez sale el sol aquí? —pregunté en tono serio, esperando que se asustara y se fuera.

La niña ladeó la cabeza.

—¿Qué es el sol? —preguntó.

—Ya sabes... esa luz grande y brillante que está allá arriba en el cielo...

—¿Quieres decir la luna? —Volvió a ladear la cabeza, pensando—. Bueno, mamá raramente nos deja salir a Rob y a mí de Las Catacumbas, pero cuando lo hace, puedo ver la luna y las estrellas. Me encanta cuando la luna sonríe. —Me dedicó una gran sonrisa, mostrándome que le faltaba un diente—. Solo he visto la luna. Nadie me ha hablado del sol, ni siquiera Gavin, y él sale mucho de Las Catacumbas. Les cae bien a los vampiros.

—¿Y tú no les caes bien? —Arqueé una ceja.

—Bueno, no lo sé. Mamá me dice que me aleje de ellos. Pero creo que le caigo bien a Ashley, y también a Kyle y a Sam, pero mamá me regaña cuando juego con ellos. Gavin es mi hermano mayor y puede estar con los vampiros todo el tiempo, especialmente desde que se hizo amigo de Sofía.

—Madeline, no molestes a nuestro invitado. —Lily intentó alejar a la niña de mí. Me miró con cautela—. Discúlpela, señor. Normalmente no se siente tan cómoda con extraños, pero parece que usted le gusta.

—Es el padre de Sofía, mamá. Y es humano... No va a morderme.

Mi corazón se suavizó con la niña de cinco años y con la joven madre que trataba de protegerla.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Lily?

La mujer de cabello oscuro me dedicó una reverencia.

—Toda mi vida, señor. Soy una natural. Nacimos aquí. Al igual que mis padres y mis abuelos.

—Tienes una hija encantadora.

—Ay. Por eso temo tanto por ella. Ser encantador es algo peligroso por aquí, especialmente para una niña pequeña.

El corazón se me partió. No podía ofrecerle una salvación aunque quisiera. Los esclavos estaban muertos para nosotros. Los aniquilábamos junto con el aquelarre. Si un cazador quería molestarse en rescatar a un ser querido secuestrado por vampiros, debía encontrar la manera de hacerlo por su propia cuenta y riesgo.

—Todo está mucho mejor desde que vino Sofía. Nunca pensamos que sobreviviría después de verse envuelta en la rebelión, pero lo hizo. —Lily me sonrió—. Su hija salvó muchas vidas. Ese día en el centro de la ciudad, cuando el padre de Derek, que antes era nuestro rey...

—Gregor Novak —recordé.

Lily asintió.

—Sí. Él. Quería que azotaran a Sofía, además de a mi hijo y a otros jóvenes naturales que habían empezado la revuelta. Todos pensamos que sería su fin. Su frágil cuerpo no habría aguantado todos esos latigazos. El corazón me dio un vuelco cuando Derek sufrió los latigazos por ella. Después de aquello su espalda estaba irreconocible, casi no se podía diferenciar qué era piel y qué era hueso... Era una visión aterradora, pero entonces supimos que él la amaba y que, mientras estuvieran juntos, la vida aquí en La Sombra nunca volvería a ser igual. Jamás pensé que me escucharía a mí misma diciendo que quiero a un vampiro, pero cualquier vampiro que goce de la estima de Sofía tiene también la mía.

—Nos gusta Sofía —interrumpió Madeline—. Incluso a mi hermano Rob le gusta Sofía, y a él no le gustan muchas chicas. Tiene siete años. Andrea intentó besarlo y se puso todo digno y furioso.

Escuché cómo ambas relataban una y otra vez los actos heroicos de mi hija en la isla. No sabría decir si me gustaba oír lo querida que era Sofía en La Sombra. Sus historias me hicieron darme cuenta de lo que le estaba robando a Sofía al obligarla a alejarse de la isla y de Derek.

Odiaba admitirlo, pero entonces vi por qué Sofía amaba tanto La Sombra y a sus habitantes.

La verdad sea dicha, la isla me había impresionado. No hacía falta ser un genio para ver por qué era tan poderosa. A diferencia de los otros aquelarres, La Sombra era autosuficiente. Tenía muy poco contacto con el mundo exterior. Contaba con una floreciente población humana aparentemente leal a los vampiros, algo que mi cerebro era incapaz de comprender.

Por supuesto, Lily era clara respecto a sus miedos. Tenía la misma actitud protectora hacia Madeline que yo mostraba hacia Sofía. En ese momento encontré en ella un alma gemela, tan preocupada por su hija como yo por la mía.

—No debe temer nada, señor —afirmó Lily—. Derek nunca lastimaría a Sofía intencionadamente. A veces se descontrola cuando la oscuridad le ciega, pero solo hay una persona que lo ayuda a volver en sí, y esa es su hija. Nadie más puede hacerlo.

—El rey Derek necesita a la reina Sofía. —Madeline tenía una sonrisa tierna.

Se me revolvió el estómago al pensar que mi hija tenía un romance de cuento de hadas con el rey de los vampiros.

Justo entonces, Sofía y Derek pasaron junto a los guardias y entraron en la sala con las manos entrelazadas y una sonrisa en el rostro.

Lo primero que noté fueron las marcas de mordisco en el cuello de mi hija. A pesar de lo que Lily y Madeline me habían contado sobre Derek, él acababa de echar por tierra cualquier esperanza que tuviera de que su amor pudiera ser real. Me puse lívido al imaginármelo alimentándose de mi hija nuevamente.

—Cómo te atreves —dije entre dientes mientras me abalanzaba hacia él—. Dijiste que nunca le harías daño... —Eché un vistazo a su muñeca y vi que allí también había mordeduras. Tomé la muñeca de Sofía y se la puse delante—. ¿Esta es tu idea de no lastimar a mi hija?

Derek no fue capaz de mirarme a los ojos. Su gesto de vergüenza solo sirvió para aumentar mi ira.

—Papá... —habló Sofía antes de que pudiera volver a iniciar una diatriba—. Fue idea mía. Yo le ofrecí mi cuello. No vuelques tu ira sobre él.

La miré incrédulo.

—Sofía... no lo entiendo. ¿Cómo pudiste dejar que te tratara de esta forma?

—Si tu cura funciona, no tendrá que volver a beber de mí nunca más. Funciona, ¿verdad? —me desafió.

Apreté los dientes.

—Necesito que vengan los científicos de los cazadores. No puedo administrar la cura yo solo.

La cara de Sofía se contorsionó con sorpresa mientras negaba con la cabeza, soltando la mano de Derek y aproximándose.

—Nunca dijiste que necesitaras que vinieran aquí. ¿Por qué no...?

—¿Habrías aceptado traerme aquí si te hubiera dicho que necesitaba traer un equipo de cazadores conmigo? Viste cómo fue necesario un equipo completo para

preparar a Ingrid para la cura. Yo únicamente le administré la inyección final. No tengo el conocimiento suficiente para hacerlo solo. ¿Y si algo va mal?

Esta vez Derek se aproximó, situándose justo al lado de Sofía. Me miró a los ojos y no pude evitar un estremecimiento ante el poder y la autoridad que emanaban de él.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa?

Me encogí de hombros.

—Si estás tan desesperado por conseguir la cura, tendrás que confiar en mí.

Derek desvió la vista hacia Sofía.

—No confío en él.

Esperaba que mi hija me apoyara, pero me miró con cautela.

—Yo tampoco.

Me sorprendió el efecto que su desaprobación tuvo en mí. Por las historias de Lily y Madeline, me di cuenta de que Derek había probado en varias ocasiones que era merecedor de la confianza de Sofía. Le había dado la espalda a su propio padre, la había salvado muchas veces, había arriesgado su propia vida para enfrentarse a Boris Maslen en su territorio y rescatar a Sofía. Tenía motivos para creer que Derek la amaba.

«¿Qué he hecho yo por ella, aparte de darle órdenes?».

Sofía no confiaba ciegamente en Derek como yo había pensado. Él había hecho lo necesario para ganarse su confianza.

Yo, por el contrario, no había hecho nada. Mi hija se había transformado en una mujer hermosa y fuerte durante el tiempo que había vivido en La Sombra. Ciertamente, yo no era la persona a la tenía que dar las gracias por ser la mujer en la que se había convertido.

Pero entonces, ¿quién era?

Estudí a Derek de pies a cabeza e hice una mueca. Daba igual lo que hubiera hecho por mi hija, no podía aceptar que le debía algo.

«Si hay alguien a quien debo agradecer la hermosura y la fortaleza de espíritu que veo en Sofía, ciertamente no es él».

Gregor

«*Está viva. Mi hermosa Vivienne está viva*».

No podía creer lo que veían mis ojos. Estaba justo delante de mí. Mi única hija estaba viva. Ver su sonrisa, la misma sonrisa que me ayudó a superar esas noches tan oscuras durante los últimos quinientos años, me hizo estallar en lágrimas.

Nunca me había perdonado por lo que le hice mucho tiempo atrás, cuando permití que Borys Maslen la reclamara como su prometida. Ningún otro acontecimiento de mi vida me había hecho sentir más débil que cuando Borys llegó para llevársela y no pude hacer otra cosa que temblar en su presencia.

Tendría que haber luchado por ella. Tendría que haber hecho todo lo que estuviera en mi mano para impedir que se la llevara, pero no fui capaz. Se la llevó, la quebró y, si no hubiera sido porque Derek la salvó, probablemente nunca la habría vuelto a ver.

Derek nunca me había perdonado aquello. Yo tampoco me había perdonado, pero Vivienne sí lo hizo. Ella era la que mantenía unida a nuestra familia y, cuando pensamos que había muerto, nos separamos. Lucas perdió la vida en la batalla de El Oasis, y Derek y yo deseábamos fervientemente asesinarlos el uno al otro, pero había pasado los últimos siglos tratando de compensar a mi hija, tratando de ser un buen padre, un buen gobernante, escuchando su sabio consejo.

Estaba perdido sin ella, y ahora había vuelto.

Las suaves manos de Vivienne comenzaron a acariciarme el cabello mientras yo sollozaba junto a la cama, arrodillado a su lado. Se quedó quieta hasta que me recompuse y la miré.

—Vivienne... Nunca pensé que volvería a verte. ¿Qué te han hecho? —Apenas pude pronunciar esas palabras. Sabía que estaba sufriendo, y odiaba no poder hacer nada para impedirlo.

—Estoy bien, Padre. —Intentó sentarse en la cama y la ayudé, ahuecando las almohadas de su espalda para que estuviera más cómoda.

Nadie en el mundo hacía que se me ablandara el corazón como Vivienne. Pestañee varias veces para alejar las lágrimas y me senté junto a ella, rodeándola con mi brazo para que pudiera apoyar su cabeza sobre mi hombro.

Se hizo un ovillo contra mí y respiró profundamente. Nos sentamos en silencio durante unos minutos. Me deleité una vez más al tenerla en mis brazos. Con ella me sentía aceptado. Mientras Derek y su madre siempre me habían hecho sentir que era una decepción, Vivienne jamás lo hizo. Era su padre y ella me amaba.

—No creí que fuera verdad. —Depositó un beso en su frente—. No creí que pudieras sobrevivir, pero lo lograste.

—Apenas... —Rio secamente—. Si no hubiera sido por Sofía, nunca habría

salido de la niebla en la que me metieron.

Apreté los dientes al oír que atribuía su supervivencia a la pelirroja que mi hijo amaba tanto, la misma joven que yo odiaba con cada fibra de mi ser.

—La oscuridad viene por ella —fue todo lo que logré decir.

Vivienne se burló de aquello.

—La busca desde el día que nació, Padre.

No entendí lo que estaba intentando decirme. Cuando ella hablaba, muy pocas veces la entendía. Hablar de Sofía Claremont me revolvía el estómago.

—¿Sabes lo que me hizo tu hermano? Me derrocó del gobierno de La Sombra. Me destronó y me encarceló.

—Estoy segura de que tenía un buen motivo, Padre.

Sus palabras fueron como una patada en el estómago. Me había olvidado lo fieramente leal que era a su gemelo. No podía culparla.

«*Derek fue el que arriesgó su vida para salvarla de Borys, no yo. Fue su héroe, mientras yo me acobardé por miedo*».

—Padre, ¿la profecía no estaba clara para ti? Se supone que debemos apoyar a Derek si queremos que nuestra especie sobreviva. Es su responsabilidad salvar y gobernar La Sombra y todos sus habitantes, no la tuya.

En lo más profundo de mi corazón sabía que lo que estaba diciendo mi hija era cierto. Solo Vivienne era capaz de acceder a esa parte de mí que había tenido que ocultar para sobrevivir los últimos siglos, pero me costaba trabajo asimilar sus palabras.

—¿Acaso no sirvió de nada todo lo que hice todos estos años por La Sombra, Vivienne?

—Todo lo que hicimos fue prepararnos para el despertar de Derek, para que pudiera completar la profecía y traer el verdadero santuario a nuestra especie. Pensé que eso estaba claro para ti, Padre.

Apreté los dientes mientras libraba una batalla en mi interior, una batalla que temía que nunca ganaría.

Vivienne se arrodilló en la cama, lentamente y con cuidado, para poder mirarme a los ojos. En el momento que sus ojos de color azul violeta encontraron los míos, me di cuenta de que sabía lo que había detrás de la máscara de confianza que trataba de mantener.

Su cara se entristeció y una lágrima rodó por su mejilla.

—La oscuridad te ha alcanzado, ¿verdad? —preguntó con la voz a punto de quebrarsele.

Asentí, confirmando sus peores temores. Vivienne había pasado varios siglos intentando protegerme de la oscuridad, y mirarla a los ojos y decirle que me había perdido me rompió el corazón.

—Lo siento tanto, Padre. No pensé... Había tenido la esperanza de que... —Se ahogó con sus palabras y las lágrimas comenzaron a inundar su rostro.

La atraje a mis brazos y dejé que sollozara en mi pecho, sin saber qué decir para consolarla.

—¿Te he fallado tanto, Vivienne? —pregunté con la voz ahogada también por las lágrimas que intentaba refrenar.

Sacudió la cabeza contra mi pecho y me besó en la mejilla.

—No, Padre. Todavía no es demasiado tarde. Puedes luchar, pero debes escuchar lo que te digo. Tienes que ser un padre para Derek. No es tu enemigo. Debes hacer honor a las profecías. Si fallas esta vez, Padre, la oscuridad te usará para destruirnos a todos.

Sus palabras me hundieron en la desesperación. A pesar de mis miedos, asentí. No debía saber lo débil que era su padre. No debía saber que tal vez era demasiado tarde, que la oscuridad ya me había aferrado con demasiada fuerza.

—Lo haré, Vivienne —mentí—. No puedo permitirme ser la herramienta de tu destrucción.

Incluso mientras pronunciaba estas palabras, un siseo resonaba dentro de mí, lleno de odio y con un atisbo de diversión.

«Eres un tonto, Gregor Novak. Tus debilidades los destruirán a todos, y tu amada princesa será la primera en caer».

Claudia

No soportaba estar en el interior de mi ático. Me recordaba lo mucho que había dejado que la oscuridad me dominara desde que me convirtiera en vampira. Me había transformado en el monstruo que odiaba. Me había transformado en el Duque.

Los recuerdos de todo lo que había ocurrido en ese lugar me atormentaban. Las imágenes del terror que había hecho sufrir a Ben y a tantos jóvenes antes que él, comenzaron a reproducirse en mi mente. Casi podía sentir su presencia en mi casa.

Había odiado a Lucas, pero me recordé a mí misma que yo era igual, malvada hasta la médula, y por eso él había sido uno de los pocos que frecuentaba mi casa. Lucas había encontrado su macabro fin en El Oasis. El otro era Yuri.

Por eso, cuando oí llamar a la puerta, comencé a temblar mientras me encaminaba hacia ella. Abrí y tragué saliva cuando vi a Yuri de pie en la entrada.

Esperaba que dijera algo mezquino o que me lanzara una mirada furiosa. Éramos conocidos en La Sombra por nuestras frecuentes peleas. Sin embargo, esta vez solo me miró fijamente y yo le devolví la mirada.

Cuando una lágrima se deslizó por su mejilla, fue mi perdición.

—Yuri... —dije con voz ahogada.

—No puedo creer que te marcharas, Claudia.

Comencé a sollozar, porque por primera vez en los siglos que había conocido a Yuri, me sentí completamente vulnerable y expuesta ante él. Supuse que siempre lo había estado. Simplemente me resultaba difícil admitir que me conocía mejor que yo misma. Yuri veía a través de la dura coraza que me había fabricado.

—Lo siento tanto, Yuri —logré decir entre sollozos—. Nunca debí haberme ido. Fui una tonta. Es solo que... —Me sequé las lágrimas e intenté calmarme—. Sé lo leal que eres a Derek. Yo también debería serlo. Después de todo lo que hizo por nosotros... Por La Sombra... Pero yo solo...

—Cállate, Claudia. —Entró y cerró la puerta tras él—. Simplemente cállate. Deja de torturarte con el pasado. Estás de regreso. Eso es lo que importa.

Sorprendentemente, me agarró de la cintura y me alzó en sus brazos para besarme. Apasionadamente al principio, pero debió recordar quién era yo, porque su beso se tornó delicado, más tierno... Como una dulce caricia mientras su lengua apartaba suavemente mis labios.

Cuando nos separamos, sentí que me ruborizaba. Me depositó suavemente en el suelo y ambos nos mantuvimos en un silencio asombrado durante unos minutos.

—¿Me has perdonado, Claudia?

—¿Qué quieres decir?

—Por aquella noche... Aquella noche cuando yo... —se atragantó.

No hacía falta que terminara. Permanecí en silencio mientras buscaba una respuesta.

—No pude perdonarte hasta que me di cuenta del sufrimiento que nos había causado mi amargura. Te perdoné en el momento que vi que eres el único hombre que he amado, Yuri, pero también sé que nunca podré merecerte.

Su rostro adquirió una expresión seria mientras sacudía la cabeza.

—No digas eso. Eres la única mujer que he querido, Claudia.

Sacó algo de su bolsillo y me quedé sin respiración. El pedazo de pergamino doblado había adquirido un aspecto harapiento y oscurecido por los años, pero seguía siendo el símbolo de un paseo por el bosque, de la inocencia robada de ambos.

—Esta vez no me lo volveré a llevar —me dijo al dárme lo.

Temblando, tomé el dibujo y lo abrí. Al contemplarlo, no pude soportar mirar a Yuri a la cara.

—¿Cómo puedes seguir queriéndome? Estoy tan rota...

—Todos estamos rotos, Claudia, pero ninguno de nosotros lo está tanto que no se pueda arreglar.

Una vez más, sus labios oprimieron los míos y susurró las palabras que había deseado escuchar durante siglos.

—Déjame amarte.

Sofía

La cena con Aiden fue extraña como mínimo. Se sentó a la cabecera de la mesa y parecía que había muchas cosas con las que no se sentía cómodo: que Derek y yo nos sentáramos juntos e ignoráramos la comida mientras actuábamos como los adolescentes que éramos (o que era yo por lo menos), haciendo tonterías y jugueteando con los pies, que Rob nos hiciera una mueca o que Madeline soltara risitas, encantada de contemplar lo lindos que éramos.

Lily parecía complacida con nosotros. Gavin daba la sensación de no importarle. Rosa estaba demasiado ocupada mirando a Gavin para darse cuenta. Ian y Anna decidieron alejarse de la situación embarazosa y comieron en otro lugar.

Aiden, por su parte, expresó su irritación golpeando su plato con la cuchara y el tenedor cada vez que se presentaba la oportunidad.

—¿Estás tocando música? —preguntó Rob—. Algunas veces Ian toca algo de música con un montón de latas viejas. Es muy bueno.

Aiden dejó caer los cubiertos sobre el plato y lo apartó para poner los codos sobre la mesa de madera.

—Bien —dijo—. Nadie me ha dicho si van a dejar o no que vengan los cazadores...

Derek y yo intercambiamos una mirada incomoda.

—Bueno, aún no lo hemos discutido en profundidad. Si quieres una contestación ahora mismo, creo que la respuesta es no. —Me removí en el asiento, preparándome para un enfrentamiento.

—Cuanto antes vengan los cazadores, antes podré administrar la cura y antes podremos salir de aquí.

Arqueé una ceja hacia mi padre.

—¿Podremos?

—¿No estarás diciendo que no vas a volver conmigo? Pensé...

—Papá... ¿Qué haría yo en el cuartel general? ¿Entrenar para convertirme en cazadora? Mi vida está aquí en La Sombra.

—Sofía, no puedes hablar en serio... Ni siquiera tienes que quedarte en el cuartel general. Quiero que vivas tu vida, y tu vida no está aquí.

—Si la cura funciona, entonces Derek también será humano. —Miré a Derek y sonreí, notando cómo la esperanza surgía dentro de mí al pensar en la posibilidad de estar juntos—. Si decide irse de La Sombra, me iré con él. Si decide quedarse, entonces aquí es donde estaré.

Sabía que estaba destrozando a mi padre. Me sentí mal por él. Era mi padre y lo amaba, pero por mucho que quisiera ser parte de su vida, no podía dejar atrás mi

propia vida solo para complacer su odio hacia los vampiros.

—Lo siento, pero la vida de un cazador no es para mí. A Ben también le resultó difícil aceptarlo, pero es la verdad.

Derek me tomó la mano por debajo de la mesa y la apretó con fuerza. Los hombros de Aiden se hundieron con la decepción. Supuse que me conocía lo suficiente para saber que, una vez decidía algo, no había manera de disuadirme.

—Sofía y yo discutiremos la llegada de los cazadores esta noche y te daremos la respuesta durante el desayuno, Aiden —habló Derek en un intento de apaciguar a mi padre.

Aiden le lanzó una mirada furiosa.

—No estarás sugiriendo que mi hija va a pasar la noche contigo, ¿o sí?

—Bueno... —Derek tragó saliva.

—¿Qué, para que te puedas alimentar de ella toda la noche? —Los ojos de Aiden se abrieron con horror—. Ustedes dos aún no han dormido juntos, ¿verdad?

Tosí y escupí el jugo de naranja que había bebido. Me puse en pie.

—Creo que ya hemos tenido suficiente charla durante la cena. —Rob y Madeline lanzaban chillidos de placer.

—Me parece que será mejor que nos vayamos —sugirió Derek, y estuve de acuerdo rápidamente.

No esperamos a que Aiden pusiera más objeciones. Derek se limitó a tomar mi mano y salimos rápidamente de Las Catacumbas. Una vez en el bosque, dimos un largo paseo de regreso a su ático, donde pensábamos pasar la noche.

—Tu padre debe estar hecho una furia ahora mismo. Casi lo siento por Rosa, Gavin, Lily y los niños —comentó Derek.

—Estarán bien. —Caminamos en silencio por un tiempo, perdidos en nuestros propios pensamientos y disfrutando de la compañía mutua.

—Gracias por traer a Vivienne de vuelta. —Derek rompió el silencio—. Y a Claudia también. No es que me guste mucho la chica, pero de alguna manera La Sombra no es la misma sin ella.

Derek y Claudia siempre habían estado en desacuerdo en todo. Sabía que se habían acostado juntos, pero dudaba que se gustaran siquiera. Aun así, entendía a lo que Derek quería llegar. La Sombra se había convertido en algo más que una comunidad. Con el tiempo, se había transformado en una familia. Tal vez no se llevaran bien unos con otros y todos estuvieran siempre a la gresca, pero si alguien sacaba a una persona de la isla, la presencia de esa persona era añorada, no importaba lo desagradable que fuera. La familiaridad con los demás y la aceptación de los defectos de los otros era lo que hacía que sintieran La Sombra como su hogar.

«Ahora La Sombra se está desmoronando».

Se me encogió el corazón al pensarlo. La guerra se estaba gestando, el suministro de sangre se estaba agotando... La isla no sería autosuficiente por mucho tiempo.

—¿Qué planeas hacer, Derek? —pregunté.

Me miró fijamente.

—¿Al respecto de qué?

Me encogí de hombros.

—La Sombra, la guerra, el suministro de sangre... La propuesta de mi padre... La cura...

No respondió inmediatamente y, por unos instantes, pensé que no tenía ninguna intención de contestar. Nos limitamos a caminar escuchando el crujido de las ramas y las hojas bajo nuestros pies.

—No sé qué hacer —admitió finalmente—. Resuelvo un problema y aparece otro en su lugar. La última vez que sucedió algo como esto, justo antes de pedirle a Cora que me lanzara el hechizo del sueño, me rendí a la oscuridad para poder controlarlos a todos mediante el miedo. No quiero regresar a ese lugar.

Recordé lo que me había mostrado en sus diarios cuando estábamos en el Faro: la historia de La Sombra, lo que fue de él, cómo se había pasado al lado oscuro. Tragué saliva. Sabía lo importante que era que no regresara a esa versión de él.

—Esta cura, Sofía... ¿Crees realmente que vale la pena el riesgo de dejar que tu padre traiga más cazadores a La Sombra?

Sentí que mi garganta se secaba mientras carraspeaba para darle una respuesta.

—Quiero que esto funcione, Derek. Tal vez estoy siendo egoísta contigo... No lo sé. Parece la única manera de estar juntos. Quiero confiar en Aiden, pero estaría mintiendo si no admitiera que no me fío. Tengo miedo de que sea una trampa.

—Ni siquiera puedo hacerme a la idea de que exista una cura, Sofía. Parece un riesgo demasiado grande. Los otros aquelarres han dejado claro que se están uniendo y se preparan para un ataque. No sé cuándo ni cómo, pero van a venir y necesitamos estar preparados. La isla se está desmoronando y apenas podemos mantener las cosas en su lugar. Si permito que los cazadores entren en La Sombra y tu padre nos traiciona de alguna forma... ¿Te das cuenta de lo que podría pasar?

Asentí mientras sopesaba mis palabras. El ambiente estaba tenso y cargado de emociones. Casi podía sentir la desesperación de Derek rezumando a través de mí. Me pregunté de nuevo si la cura funcionaba de verdad.

«¿Y si solo funciona con Ingrid?».

Sentí que Aiden había jugado conmigo, que me había manipulado para confiar en él y traerlo a la isla, un lugar que había deseado encontrar desesperadamente desde que oyó hablar de su existencia.

—Incluso si la cura funciona —continuó Derek—, ¿qué va a ocurrir? ¿Cómo voy a defender la isla si soy mortal?

Tragué con fuerza. No había pensado en las consecuencias. ¿Esperaba que los vampiros se limitarían a aceptar volver a convertirse en humanos? ¿Esperaba que Derek y yo simplemente partiríamos de la isla y viviríamos una vida normal, una vida humana? Si Derek volvía a convertirse en humano, estaría indefenso ante todas las fuerzas que lo iban a atacar.

No era capaz de encontrar respuestas a todas las preocupaciones que Derek ponía delante de mí y, sin embargo, cada parte de mí ser gritaba que este era el camino, que esto era lo más cerca que podíamos estar en este momento del verdadero santuario.

—Se supone que debes conducir a tu especie al verdadero santuario, Derek. Hasta ahí lo que sabemos es cierto, pero ¿qué es el verdadero santuario?

—Dímelo tú. —Encogió un hombro—. Para ser honesto, ya no lo sé. Antes creía que La Sombra era el verdadero santuario.

—Es imposible que fuera el verdadero santuario. La última vez que hablé con Corrine me dijo que ella era la última de las brujas capaces de mantener oculta La Sombra. La isla está a salvo de la detección humana y de la luz del sol solo mientras ella viva. La caída de La Sombra es inevitable.

Los brillantes ojos azules de Derek, iluminados por la luz de la luna, se centraron en mí buscando una respuesta.

—No sé qué decir, Sofía. —Se encogió—. Tal vez esto es todo. Tal vez el santuario verdadero es en realidad una eternidad de guerra y derramamiento de sangre y, cuando La Sombra caiga, estaré condenado a buscar un refugio temporal tras otro para mantener protegidos a mis súbditos. A lo mejor ese es mi destino. Para siempre.

Sacudí la cabeza y me detuve para mirarlo a los ojos.

—Derek, es imposible que creas que eso es cierto.

—Tal vez tengas razón... Tal vez necesito la cura... Tal vez la única posibilidad de escapar a esto es la mortalidad.

Sus palabras encendieron un fuego en mí que no pude apagar por mucho que lo intentara. No sabía cómo explicárselo o cómo hacer que tuviera sentido lo que me pasaba por la cabeza, pero sabía sin lugar a dudas que lo que acababa de decir era verdad.

La mortalidad era el verdadero santuario de Derek.

Ingrid

«*Malditos idiotas. Me subestimaron*».

No pude impedir que aflorara una sonrisa en mi rostro mientras me adentraba en los pasadizos secretos que Aiden me había enseñado durante nuestro breve amorío. La joven protegida de Aiden, Zinnia, había metido la pata a lo grande cuando me dejó momentáneamente sin vigilancia mientras me dirigía a las duchas. Sabía cómo moverme por el cuartel general y rápidamente encontré el camino para mi fuga, emergiendo en los jardines.

En el momento que lo hice, sin embargo, supe que tenía un gran problema. Era el cénit del mediodía y el sol me lanzaba llamaradas. En el mismo momento que sus dolorosos rayos alcanzaron mi piel, mis sospechas resultaron ser ciertas una vez más. No sé cómo había ocurrido, pero la cura de Aiden había fallado. Cuando me corté la piel con aquel vidrio y sané, supe que era inmortal, pero cuando el sol empezó a irritar mi pálida piel, confirmé que todavía era una vampira.

Tenía que encontrar una manera de salir del territorio cazador y ocultarme del sol lo más rápido posible. Sus rayos debilitaban inmensamente a los vampiros. Harían falta diez minutos antes de que comenzara a penetrar por debajo de mi piel, y entonces el dolor significaría una agonía. Sería una muerte lenta y dolorosa.

Tratando de ignorar el aguijón penetrante del sol, usé mi agilidad como vampiro y escalé un muro cercano. Sabía que los cazadores ya iban a por mí. No tenía mucho tiempo para escapar. Salté desde la parte superior del muro hasta el suelo y corrí a la velocidad del rayo. Corrí ignorando el dolor que me producía mi piel al desprenderse. Corrí incluso cuando sentí la sangre que manaba de las cuencas de mis ojos. Corrí hasta que ya no pude más, hasta que el sol me abatió completamente. Me pareció que habían pasado horas antes de derrumbarme en el suelo, mientras cada pedacito de mi cuerpo se retorció de dolor. Ya me encontraba a varios kilómetros del territorio cazador, en medio de un prado, aunque no estaba muy segura de dónde estaba ni cómo iba a salir de allí.

Apareció una cabaña de madera en el horizonte. La casita estaba a solo doscientos metros, pero me pareció que estaba a un océano de distancia. Me arrastré hacia la casa mientras mi piel chamuscada comenzaba a emitir humo, y el dolor provocado por el sol me horadaba hasta los huesos. Era como si un millón de agujas me agujerearan la piel a la vez y alcanzaran la médula de mis huesos.

Necesité toda mi fuerza para arrastrarme hacia la cabaña. Me preguntaba si sería una trampa tendida por los cazadores. Incluso pensé que podría ser una especie de ilusión óptica, pero en ese momento, fuera lo que fuera, esa cabaña era mi única posibilidad de escapar a los rayos mortíferos del sol.

No podría haber imaginado el aspecto tan grotesco que tenía mientras me arrastraba hasta el porche delantero. Era como si todo el líquido se hubiera evaporado de mi cuerpo, y estaba seca y encogida. Una mirada a mis manos me revolvió el estómago. Parecían carne podrida.

Empujé la puerta y perdí todo el control cuando vi a una mujer joven, que no podía ser mayor de Sofía, bajar por una escalera de madera. Gritó antes de que me abalanzara sobre ella y la devorara, bebiendo hasta la última gota de su sangre.

Cuando salí del trance estaba rodeada de tres cadáveres y el sol ya no brillaba. No pude evitar sonreír mientras me ponía de pie.

«Lo conseguí. Escapé de territorio cazador».

Busqué un espejo y me alegró encontrar mi cuerpo restaurado, a pesar de que la piel me seguía escociendo.

Una vez recuperada la conciencia, supe que había tenido suerte y que los cazadores seguramente me perseguirían. Encontré un teléfono en el bolsillo de uno de los adolescentes que había matado. Busqué en la cabaña alguna pista sobre su dirección antes de marcar el número de Natalie Borgia.

Mi mensaje era simple:

—Donde quiera que Borys esté, hazle saber que estoy viva y que necesito que me recoja.

A las pocas horas llegó un helicóptero. Al principio pensé que se trataba de los cazadores y me entró el pánico, pero cuando vi a Borys suspiré con alivio. Corrí a sus brazos mientras las lágrimas rodaban por mi cara.

Me abrazó y me apretó contra su pecho mientras me susurraba al oído:

—Pensé que te había perdido, Ingrid.

Una vez más, sentí la fuerza y la seguridad que solo podía sentir cuando me encontraba con el vampiro que me convirtió. Sollocé en su hombro durante unos segundos antes de susurrar:

—Creo que ahora sé cómo puedes echarle el guante a Sofía. ¿Todavía la quieres?

Oí el rencor y la amenaza en su voz cuando respondió en un tono muy bajo:

—Jamás he deseado nada tanto como volver a sentir su cuerpo tembloroso entre mis brazos.

Me estremecí cuando me di cuenta del infierno que sufriría Sofía si Borys alguna vez la volvía a tener en su poder. Tragué saliva al recordar a mi hija diciéndome que me amaba. Temí el día que Borys volviera a tener a Sofía a su alcance.

«Pero es demasiado tarde, Ingrid. No tienes más opción que entregársela».

Gregor

En el momento que me sacaron de los aposentos de mi hija y me llevaron de vuelta a Las Celdas, supe que estaba en problemas. Una extraña pareja, formada por mi determinación de no decepcionar a Vivienne y el terror más absoluto, comenzó a luchar por el derecho a dominar mi voluntad.

Me estremecí solo de pensar en lo que había tenido que soportar durante el lapso de tiempo que transcurrió entre mi salida de El Oasis y mi vuelta a La Sombra. Si alguna vez había albergado alguna duda en mi mente de que los vampiros éramos criaturas de la oscuridad, esa duda desapareció completamente cuando me vi forzado a volver a enfrentarme cara a cara con la oscura criatura en la que me había convertido. La oscuridad se había apoderado de ambos, de Borys y de mí, de una forma que nunca creí posible. Nos dominaba por completo.

«Quizás esto es lo que le sucedió a Derek antes de que decidiera escapar sumiéndose en el sueño. Por eso era tan poderoso. La oscuridad lo atrapó y le convirtió en el líder despiadado que salvó a La Sombra».

La claridad había llegado a mí en cuanto alcé la vista hacia los hermosos ojos de color azul violeta de Vivienne. Su amor incondicional por mí como su padre había despertado el pequeño jirón de humanidad que aún me quedaba dentro. El único motivo por el que era capaz de pensar más allá del control que la oscuridad ejercía sobre mí era porque, de alguna manera, Vivienne había iluminado mi interior. Una pequeña chispa fue todo lo que necesitó para iluminar la oscuridad más negra.

Sin embargo, mi fósforo se estaba apagando rápidamente. Sabía que estaba a punto de volver a perderme. De nuevo olvidaría el amor que sentía por mis hijos, especialmente por Derek.

A solas en mi celda, la luz de la luna se colaba por el ventanuco enrejado, y sentí que un millón de voces resonaban a la vez en mi cerebro. Sabía la clase de poder al que me enfrentaba. Conocía el dominio que tenía sobre mí. Era una batalla que no podía ganar, pero tampoco podía permitirme perder.

Por primera vez en los últimos quinientos años, me di cuenta de que yo, una criatura de la oscuridad, ansiaba desesperadamente la luz. Estaba desesperado por mantener encendida la llama dentro de mí.

«Traidor», susurró una voz que provenía de mi interior más que de mi alrededor. Me estremecí. Intenté luchar. Traté reunir toda mi fuerza de voluntad para conservar el control. No pude.

Mi cuerpo ya no era mío. Las garras sobresalieron de mi mano y comencé a grabar un mensaje en mi brazo con el dedo índice. Me corté profundamente con mi propia garra. Me mordí el labio para mitigar el dolor mientras el mensaje iba tomando

forma.

«Escogiste el lado equivocado».

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando caí en la cuenta de lo que significaba. En ese momento supe, sin la menor sombra de duda, que no había forma de que sobreviviera a la noche, y aun así sentí una calma absoluta. Había podido sostener a Vivienne en mis brazos de nuevo. Había podido ver sus hermosos ojos y su sonrisa tranquilizadora.

Si iba a morir esa noche, en los últimos momentos de mi vida había escogido la luz.

Derek

*P*ermaneció en silencio mientras yacíamos en mi dormitorio. Era la calma balsámica en medio del rugir de la tempestad. Me estudió a través de sus largas pestañas y descubrí que me faltaba el aliento.

De repente, las olas que rompían contra mí parecían menos amenazadoras, los vientos que me azotaban parecían un poco más suaves. La tormenta que me rodeaba dejó de tener importancia. Sofía estaba de nuevo en mis brazos, actuando como mi eje de tranquilidad.

Sus labios se apretaron contra los míos, y supe que, si deseaba ir más lejos, ella cedería con gusto, pero no quería aquello. No con ella. Estaba decidido a permanecer fiel a mi promesa de que no le haría el amor hasta que se convirtiera en mi esposa. Era mi forma de diferenciarla de todas las demás mujeres que había habido antes que ella. Era mi forma de honrarla.

La idea de que pudiera ser mi esposa, a la luz de la recién descubierta cura de los cazadores, me emocionaba. Vivir toda una vida con Sofía, saborearla, amarla... Era mucho más de lo que había soñado, mucho mejor que mis deseos más profundos incluso como humano. Había tardado siglos en encontrarla por fin, pero si para eso me había servido la inmortalidad, había merecido la pena.

Cuando nuestros labios se separaron y Sofía se sonrojó al encontrarse nuestros ojos, podía haber jurado que se me detuvo el corazón. No tenía ni idea de cómo me había convencido a mí mismo que soportaría estar lejos de ella.

—Fui un tonto al dejarte —admití.

Me golpeó el hombro.

—Diablos, sí que lo fuiste. Me estaba volviendo loca tratando de comprender por qué te habías ido. —Su voz se quebró—. Ni siquiera te despediste.

—No me habrías dejado partir si lo hubiera hecho.

—Eso es porque nos pertenecemos, Derek. No me puedo creer que todavía no lo sepas.

—No soportaba la idea de tratarte como a una presa de la que beber, Sofía. —Se me encogió el corazón al recordar mi necesidad de saborear su sangre nada más despertar. Ni siquiera le había pedido permiso. Simplemente tomé lo que ella me ofrecía—. ¿Te duele cuando bebo de ti? —inquirí, preguntándome por qué me molestaba en hacerlo.

«*Por supuesto que duele*».

—La mordedura escuece al principio, pero ya estoy acostumbrada. —Se sentó en la cama y empezó a recogerse el cabello en una coleta alta.

Dejé escapar un suspiro, con la esperanza de que pudiéramos congelar ese

momento y quedarnos allí, resguardados en mi dormitorio, olvidándonos de todos los problemas que debía afrontar. Por supuesto, eso era imposible. En ese preciso momento, varias personas arrastraban los pies en el exterior de mi habitación esperando a que saliera. Supuse que eran de la Élite, esperando tal vez para discutir nuestra grave escasez de suministros de sangre. Solo la idea de tener que tratar con todo el problema me hizo gruñir en voz alta.

Sofía, que ya estaba levantada y se preparaba para el día, miró hacia mí y se echó a reír. Se inclinó sobre mi lado de la cama y me besó en la mejilla.

—Estamos juntos otra vez, y eso es todo lo que importa en este momento.

Entró al baño y cerró la puerta tras ella. Me encantaba eso de Sofía. Hacía que la situación más grave pareciera ligera.

Mi rayo de sol había vuelto, y me habría dado de bofetadas por haber permitido que las cosas hubieran sido distintas.

En cuanto ambos estuvimos listos y salimos de la habitación, un grupo de personas nos esperaba en el comedor: Cameron, Liana, Xavier, Eli, Yuri y, para mi sorpresa, también Vivienne.

—¿No se supone que estás descansando? Sofía y yo habíamos pensado ir a visitarte.

—Liana vino a verme y me habló del suministro de sangre de la isla. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Lancé a Liana una mirada gélida por preocupar a Vivienne.

—Eso es lo que estamos a punto de averiguar hoy, Viv. —Coloqué una silla a mi lado para Sofía y tomé asiento en la cabecera de la mesa—. Antes de preguntar a qué debo el honor de esta invasión, ¿alguna sugerencia acerca de cómo vamos a arreglar este lío?

Mi pregunta fue recibida con un tenso silencio. Hubo un tiempo en que la respuesta habría sido secuestrar humanos para alimentarnos o llevar a cabo un sacrificio, matando a todos los humanos débiles e inútiles para drenarles la sangre y conservarla en las cámaras de refrigeración. Ahora, ninguno de nosotros tenía la menor idea de cómo reponer el suministro de sangre en un plazo tan corto. Hasta que Sofía se encogió de hombros.

—No veo cuál es el problema.

Todos los ojos se giraron hacia ella.

Xavier parecía irritado.

—¿Tienes idea de lo sediento que estoy, Sofía? Solo me quedaba una bolsa de sangre y tuve que dársela a... —Se mordió el labio y reprimió sus palabras mientras miraba a Vivienne—. No es que me arrepienta, por supuesto, pero no todos tenemos un suministro de sangre fresca como Derek desde que volviste.

Se me hizo un nudo en la garganta mientras seguía los ojos de Xavier hasta las marcas de mordiscos del cuello de Sofía.

—Lo que Xavier está intentando decir es que, si los vampiros no consiguen su

sangre, no podremos evitar que ataquen a los humanos de Las Catacumbas. Habrá otra revuelta y, teniendo en cuenta que se acercan los cazadores y también los otros aquelarres, no podemos permitirnos algo así —resumió Liana antes de respirar profundamente.

—Sí. Entiendo el dilema —concedió Sofía—. Simplemente no sé porque no pueden ver la solución cuando parece obvia.

—Solo dínos lo que tienes en mente, Sofía. Somos todos oídos —apremió.

—Por un lado, los vampiros siempre podrían vivir de sangre animal. Vivienne ha sobrevivido así todos estos años. —Sofía agitó los brazos en el aire antes de que nadie pudiera protestar—. Sí, sí. Sé lo que van a decir. No todos pueden hacer mismo que Vivienne. Lo entiendo. Pero tengo otra idea. Me gustaría creer que a lo largo del último año hemos establecido algún tipo de relación entre los humanos y los vampiros. No veo por qué los humanos no aceptarían donar su sangre para alimentar a los vampiros.

—¿Te refieres a que los humanos permitan voluntariamente que los vampiros les succionen la sangre? —se burló Yuri.

—Creo que lo que Sofía está diciendo es que repongamos las existencias consiguiendo sangre de los humanos de la misma forma que los hospitales y los bancos de sangre. —Eli fulminó a Yuri con la mirada.

—¿De verdad crees que los humanos aceptarían? —pregunté a Sofía.

—No veo por qué no.

—Hay un problema —intervino Vivienne—. Los vampiros terminarán ansiando a quienquiera que les donara sangre.

Sofía se encogió de hombros.

—Bueno, es una medida temporal, ¿no? Si la cura funciona no será un problema.

—Ah, sí... La cura... —asintió Liana—. Por eso vinimos aquí. Demasiadas cosas parecen depender de que esa cura funcione.

—Bueno, si la cura es real —Cameron se enderezó en la silla—, entonces Sofía tiene razón. No tendríamos que preocuparnos por los suministros de sangre.

—Más que eso —añadió Liana—. Ya no necesitaremos la protección de La Sombra. Los otros aquelarres pueden atacar todo lo que quieran... no importará. Incluso pueden convertirse en mortales si lo desean.

—Los cazadores no tendrán que darnos caza nunca más. —Yuri se recostó en su asiento, con los brazos cruzados sobre su pecho, frunciendo el ceño en profunda reflexión.

—Una cura podría terminar con todo esto —concluyó Liana.

Finalmente, Cameron fue directo al grano.

—Supongo que lo que estamos intentando decir es que deberíamos analizar la posibilidad de que esta cura sea real, porque es mucho mejor que una guerra total contra los aquelarres y los cazadores.

Apreté los dientes. Estaban enumerando todas las ventajas de que la cura fuera

real, ventajas sobre las que yo había estado reflexionando desde que supe que existía. Sofía y yo intercambiamos una mirada, y noté que sentía la presión.

—Así que, ¿imagino que vamos a dejar entrar más cazadores en la isla? ¿Vamos a arriesgarnos a eso? —Dirigí mi atención hacia Vivienne—. ¿Tú qué piensas, Vivienne?

Mi hermana sacudió la cabeza.

—No lo sé. Estaría mintiendo si dijera que confío en los cazadores, porque no es así.

—Yo tampoco confío en ellos —añadió Sofía—. Pero...

—... La cura puede ser nuestra última esperanza —concluyó Eli por Sofía—. Una guerra acabaría con nosotros.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —No pude evitar la brusquedad—. Ni siquiera puedo imaginarme cómo planean atacarnos los otros aquelarres sin ser detectados por los humanos. Una guerra *definitivamente* atraería su atención.

Eli se subió las gafas sobre el puente de la nariz mientras se removía en la silla, frotándose el cuello.

—No puedo estar seguro, pero... —vaciló.

Lo miré entornando los ojos.

—¿Pero que, Eli?

—No lo sé... Es solo que... No creo que nos enfrentemos solo a los aquelarres.

A oír eso, Xavier, que parecía incapaz de apartar la mirada de Vivienne, volvió a prestar atención.

—¿Qué estás diciendo?

—Los otros aquelarres no se atreverían a arriesgarse a algo tan grande como esto. Ese miedo es lo que nos mantuvo a salvo de ellos todos estos años. Olvidas que numerosos vampiros que emigraron a La Sombra procedentes de otros aquelarres nos advirtieron que los demás aquelarres codiciaban lo que tenemos aquí. Una guerra a gran escala no es algo a lo que alguien se arriesgaría a menos que...

—... A menos que tuvieran una influencia mayor respaldándolos —asintió Vivienne.

—Exactamente —corroboró Eli.

Me quedé paralizado.

—No estarás insinuando que...

Eli y Vivienne intercambiaron una mirada.

Vivienne selló mis temores.

—Una gran oscuridad está detrás de esto.

Tragué saliva con fuerza, dándome cuenta de que me enfrentaba a un poder muy superior al que podía combatir. Sabía a quién se estaban refiriendo, pero parecía imposible, surrealista.

—No lo entiendo... —manifestó Sofía.

—Se están refiriendo al primigenio.

—¿El primigenio?
—El primer vampiro.

Sofía

Tan pronto como las palabras brotaron de la boca de Derek, alguien empezó a aporrear la puerta principal. Derek y yo nos pusimos de pie al unísono y la preocupación se acrecentó en nuestro rostro.

Cuando la puerta se abrió, encontramos a Sam sin aliento.

—Creo que querrán ver esto. En la plaza mayor.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Derek.

—Es tu padre.

Derek lanzó una mirada a Vivienne.

—Quédate aquí, Vivienne. Vigílala —ordenó a Xavier con ojos centelleantes.

Xavier asintió, con aspecto de preferir la muerte antes que perder de vista a Vivienne. Derek me tomó la mano y atrajo mi cuerpo hacia él para abrazarme con fuerza y acelerar desde el Pabellón hacia El Valle donde se situaba la plaza mayor.

Cuando llegamos, deseé que no me hubiera traído con él. Necesité hasta la última gota de mi fuerza de voluntad para reprimir el vómito ante la grotesca visión que tenía frente a mí. En medio de la plaza mayor yacía el cadáver de Gregor Novak, empalado en una vara. Su corazón, aún palpitante, estaba justo en la punta de la vara.

Apenas podía tenerme en pie, así que, cuando las rodillas de Derek se doblaron, ambos nos derrumbamos y caímos al suelo.

—¿Por qué haría eso? —murmuré en voz baja. Fue entonces cuando me di cuenta de que había algo garabateado en su brazo, que aparentemente estaba ya en proceso de descomposición.

Derek, que no parecía tener el estómago suficiente para acercarse al cuerpo sin vida de su padre, se volvió hacia Sam.

—¿Qué hay escrito en el brazo?

Sam titubeó antes de responder.

—Dice: “Has elegido el bando equivocado”.

No entendía lo que significaba aquello. Cualquiera que fuera el bando de Gregor, ciertamente no era el de Derek. ¿Habría enojado Gregor a alguien más aparte de Derek? Porque él no había tenido nada que ver con el monstruoso crimen.

Corrine emergió entre la multitud congregada en la plaza. Sus ojos castaños se clavaron en los de Derek con una expresión sombría que entristecía su hermoso rostro. Desde el instante que conocí a Corrine, nada parecía alterarla. Ahora su piel aceitunada empalideció y, por primera vez, estaba segura de que nos enfrentábamos a una fuerza mucho más poderosa que la bruja.

Varios escalofríos me recorrieron la columna, y un temor diferente a todo lo que había experimentado hasta entonces se apoderó de mí. Miré fijamente a Derek,

sabiendo muy dentro de mí que los dos nos quebraríamos antes de que poder ser un todo de nuevo.

La alarma se instaló en los ojos de Derek cuando separó su mirada de Corrine para clavarla en mí.

—Sofía, estás temblando.

No era consciente de lo fuertemente que me aferraba a su brazo. Negué con la cabeza, sin saber cómo decirle lo que cruzaba por mi cerebro. Incluso si pudiera, no sabía si era conveniente.

De nuevo alcancé a ver el cuerpo de Gregor, que ya estaban bajando del poste donde estaba empalado. A pesar de todos mis temores, asentí resueltamente. Necesitaba tener fe. No podía permitirme el lujo de no tenerla.

—Vamos a conseguirlo, Derek.

Cuando me atrajo hacia él y apretó sus labios contra mi sien, lo tomé como la confirmación de que yo tenía razón.

El resto de la mañana transcurrió con Eli y Liana trabajando con Gavin e Ian, tratando de averiguar cómo lograr que se hiciera realidad la donación de sangre. Xavier, Cameron y Derek se ocuparon de los preparativos para el cuerpo de Gregor. La última vez que vi a Yuri, estaba dando un paseo con Claudia, algo que me encantó. A mí, por otro lado, me dejaron para hacer frente a mi padre y a todas sus preguntas sobre lo que había pasado entre Derek y yo la noche anterior.

—Permitiste que bebiera tu sangre otra vez, ¿verdad? —Fue lo primero que me preguntó en cuanto me acomodé en el comedor de mis aposentos de Las Catacumbas.

«Bueno, no se lo permití exactamente. Me desperté y descubrí que ya estaba tomando su ración».

Por supuesto, no iba a contarle eso a Aiden.

—¿Tenemos volver a hablar de ello?

Los labios de Aiden se cerraron con fuerza y tomamos el desayuno en silencio, sin cruzar una sola palabra hasta que finalmente formuló la pregunta que probablemente había estado quemándole en la cabeza durante toda la noche.

—¿Va a dejar que vengan los cazadores?

—¿Tienes alguna idea de todo lo que está en juego si esa cura fuera real?

—Viste cómo Ingrid se convertía de nuevo en humana, Sofía. ¡Con tus propios ojos! No entiendo cómo puedes tener aún tantas dudas después de presenciar algo así.

—¿Y si solo funciona con ella? ¿Y si no funciona en todos los vampiros?

—No lo sabremos hasta que probemos, ¿no?

No podía luchar contra la sensación de inquietud que me producía todo el asunto. Deseaba creer a Aiden, pero el temor que albergaba en mi interior seguía molestándome.

—Espero que entiendas que Derek lo es todo para mí. Si lo traicionas, me traicionas a mí.

—Ya lo sé, Sofía. También espero que te des cuenta de que eres mi hija, y

siempre lucharé por lo que creo que es mejor para ti. —Hizo una pausa por un momento antes de continuar—. Sé que me equivoqué mucho. Sé que no fui un buen padre para ti, pero quiero que eso cambie. Quiero que confíes en mí.

No soportaba la idea de contradecirlo después de lo que me pareció una de las cosas más sinceras que jamás me había dicho. Vacilante, asentí y le di la señal para iniciar algo que podría acabar con todos nosotros.

—Haz que vengan los cazadores.

Derek

Me arrastré durante todo el día. No podía ignorar el peso que se había instalado en mi pecho cuando me di cuenta de que acababa de perder a mi padre. Siempre había estado en desacuerdo con Gregor Novak, pero nunca le había deseado una muerte así. No tenía ni idea de cómo enfrentarme a Vivienne. Ni siquiera sabía si ya se lo habían dicho. Pero estaba seguro de que no quería ser el que le diera la noticia. La sola idea de ver sus lágrimas por el fallecimiento de nuestro padre era más de lo que podía soportar.

Parecía que eran las cartas que me habían tocado al repartir.

«Arreglas un problema y aparece otro. Ni siquiera tienes tiempo para recobrarte y recoger los pedazos antes de la siguiente tragedia».

Al final del día, estaba listo para escapar durmiéndome, el único recurso que tenía que me permitía acallar todas mis ansiedades, temores y dudas. Acaricié momentáneamente la idea de ir con Sofía a Las Catacumbas, pero el sueño parecía ser una vía de escape más atractiva incluso que mi encantadora pelirroja, que a buen seguro estaría con Aiden, quien me recordaría una vez más que yo ya era profundamente culpable. Todavía podía sentir la sangre de Sofía corriendo por mis venas. Estaba seguro de que era el manantial del que había extraído vida todo aquel día. También era mi más profunda fuente de vergüenza.

«Solo quiero escapar. De todo esto. Quiero librarme de todo durante unas horas».

Xavier había venido conmigo al Pabellón, probablemente para ver cómo estaba Vivienne, que estaba al cuidado de Liana. Cuando se dio cuenta de que me dirigía a mi ático, Xavier me gritó.

—¿Ni siquiera vas a ver cómo se encuentra Vivienne?

Aquel pensamiento me puso tenso.

—No sé si puedo...

—Tienes que hacerlo, Derek. Si hay alguien que puede entender por lo que estás pasando, es ella. Y tu consuelo y presencia es lo que más necesita Vivienne en estos momentos. Acaba de enterarse de la muerte de Lucas en El Oasis. Te necesita.

Sabía que estaba en lo cierto, por lo que, a pesar del dolor que sentía en mi interior, no tuve más remedio que complacerle. Me dirigí al ático de mi hermana y la encontré en su invernadero, entre sus queridas orquídeas, rosas, lirios y tulipanes. Su mirada azul violeta estaba empañada por las lágrimas.

—Vivienne...

Ella levantó la vista y, al posar sus ojos en mí, rompió a llorar. Se me acercó y me arrojó los brazos al cuello. Rodeé su cintura con mis manos y la atraje hacia mí,

permitiéndola sollozar tanto como necesitara. Tenía la esperanza de que mi presencia fuera suficiente, porque no era capaz de encontrar las palabras adecuadas para consolarla.

—Ahora solo quedamos tú y yo —dijo con voz áspera entre lágrimas—. Somos los últimos Novak.

Bajé la cabeza, como si fuera culpa mía que Gregor hubiera muerto.

Cuando sus sollozos se calmaron, se apartó de mí con los ojos fijos en una orquídea negra que estaba acariciando suavemente con el pulgar.

—Sabía que sucedería —dijo—. Estaba demasiado sumido en la oscuridad. Luchaba con cada gramo de su fuerza para permanecer en la luz, pero ni siquiera tú fuiste lo suficientemente fuerte para enfrentarte a ella cuando comenzó a consumirte. Cedió ante ella durante demasiado tiempo.

—No comprendo...

Vivienne llamó mi atención de esa manera que solo ella podía hacer, de esa manera que me hacía sentir como si estuviera mirando en las profundidades de mi alma. Yo miraba sus ojos y encontraba galaxias desconocidas tras ellos. Nunca podría comprender su profundidad.

—Creo que nos escogió, Derek. Por eso está muerto. Eso explica el mensaje de su brazo. Nos eligió por encima de la oscuridad.

—Me odiaba —fue todo lo que logré decir mientras luchaba para contener mis propias lágrimas.

Vivienne sacudió la cabeza.

—Perdió mucho de sí mismo. Sé que no fue el mejor padre, pero lo hizo lo mejor que pudo. Era un hombre débil. Derek, no se parecía en nada a ti. Nunca te odió. Te envidiaba.

Sonreí con amargura.

—Ahora eso no importa, supongo...

Vivienne dejó escapar un suspiro y pasó su mano suavemente por mi rostro.

—Creo que lo que importa es que todavía nos tenemos el uno al otro. Da igual donde esté nuestro padre ahora, estoy segura de que es mucho más libre de lo que nunca lo fue como gobernante de La Sombra y padre del gran Derek Novak.

Abrumado por la emoción, ya no pude contener las lágrimas. Atraje a Vivienne hacia mí.

—Vivienne, estoy tan contento de que hayas vuelto. No sabría cómo superar esto sin ti.

—Estarás bien, Derek. Siempre has sido más fuerte que todos nosotros. Ahora que tienes a Sofía de regreso, puedes conseguirlo. Puedes enfrentarte al primigenio.

Me separé de sus brazos y la boca se me abrió involuntariamente.

—No puedes decirlo en serio... Vivienne...

Ella se limitó a sonreír y se alejó. Había dicho lo que pensaba y eso fue todo. Me despidió.

Enfrentarse al vampiro primigenio era algo que nunca se me había pasado por la cabeza. No entendía por qué a Vivienne se le ocurriría eso. El primigenio era casi un mito para nosotros. Nadie sabía si la criatura existía realmente, o de qué era capaz. Una cosa era luchar contra algo tangible, pero enfrentarse a un poderoso desconocido era algo completamente diferente.

Estaba totalmente aturdido cuando volví a mi ático, y el sueño me había abandonado. No podría huir sumiéndome en un sopor profundo aunque lo deseara. Vivienne acababa de lanzar una bomba que me haría dar vueltas durante toda la noche.

Por eso, me sentí aliviado al abrir la puerta de mi habitación y encontrar a Sofía sentada encima de la cama. Mi guitarra estaba colocada en el espacio vacío que había junto a ella. Estaba ocupada esbozando un dibujo en el cuaderno de bocetos que tenía en su regazo, mientras unos bucles sueltos de su cabello pelirrojo le caían sobre el rostro. Nada más entrar levantó la vista, mirándome a través de sus largas pestañas, y sonrió.

—Un día duro, ¿eh?

—Más duro imposible. —Me apoyé en el marco de la puerta—. Todavía no me he podido reponer tras la embestida de un problema cuando llega otro rugiendo furioso hacia mí.

Sofía dio unas palmaditas a la guitarra.

—Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que te oí tocar.

Por muy cansado que me sintiera, no había nada que deseara más que rodearme de aquello que amaba: la música y Sofía. Me senté en el borde de la cama y tomé la guitarra. Empecé a rasguear un acorde para comprobar que estaba afinada. Satisfecho, comencé a tocar, perdiéndome en el sonido de la música.

Sofía se acomodó detrás de mí, apoyando su barbilla sobre mi hombro mientras me veía tocar. A medida que brotaba melodía tras melodía, ella comenzó a susurrarme palabras de aliento al oído.

—Eres fuerte. Valiente. Un guerrero. No tienes que ceder a la oscuridad para salir de esto. Te conozco. Podemos superarlo. Lucharemos juntos contra ello.

No tenía idea de cuánto tiempo pasó antes de acostarnos por fin, acurrucándonos uno al lado del otro, disfrutando de ese descanso momentáneo. Nos refugiamos el uno en el otro y en ese dormitorio, sosteniendo a Sofía entre mis brazos, parecía como si el mundo fuera como debería ser.

—Los cazadores llegan mañana —susurró Sofía mientras deslizaba sus dedos sobre mi pecho. ¿Estás preparado para eso?

—No lo sé... ¿Y tú? Si las cosas van mal, Sofía, tal vez tenga que luchar contra tu padre... Yo...

—Está bien —me cortó—. Sé que tendrás que hacer lo que tienes que hacer.

Solo pensar en tener que elegir entre su padre y yo le resultaba desgarrador.

—Sabes que no tienes que elegir. Lo comprendo.

—Lo sé, pero si tuviera que elegir, sabes que te elegiría a ti sin pensarlo, ¿verdad? Su lealtad y su amor por mí me asombraban. Y escucharla decirlo en voz alta lo era todo para mí. Deposité un beso en su frente.

—Sofía, te amo tanto.

Ella alzó la vista y me sonrió.

—Lo sé... Quiero que empieces a creer que yo te quiero igual, Derek.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago, al comprender que, cuando la abandoné en territorio cazador, le había dado a entender que no creía en su amor por mí. Había tomado la decisión al margen de ella, dejándola fuera de la discusión. Había sido injusto con ella y en ese momento decidí que no volvería a suceder jamás.

Teníamos un duro camino por delante, pero, de alguna manera, esa noche me di cuenta de que no tenía necesidad de preocuparme por el mañana. En ese momento estaba bien, porque no importaban las amenazas que se cernían sobre nosotros, tenía a Sofía en mis brazos. Al igual que ella, debía vivir el momento y amar cada minuto juntos.

Me hubiera gustado haberlo sabido antes, porque había desperdiciado mi inmortalidad, pero supuse que no había mejor momento para empezar que ese.

Sofía

Estábamos en el Puerto. Todo el consejo de Élite estaba presente para defender a Derek en caso de lucha. La cura se probaría en el Puerto para que los cazadores no tuvieran acceso a la isla como había tenido Aiden.

Cuando el grupo de seis cazadores emergieron del submarino, todos descubrieron sus rostros excepto dos, que permanecieron ocultos bajo sus capuchas. El secretismo me provocó intranquilidad. Por el modo en que Derek miraba a los dos encapuchados, supe que él también presentía que había algo raro.

Nuestras sospechas se confirmaron cuando Aiden, que estaba a mi lado, gritó:

—¡No conozco a esa gente! No son cazadores.

En cuanto aquellas palabras salieron de sus labios, uno de los “cazadores” se abalanzó sobre mí. Antes de comprender lo que sucedía, un brazo me ahogó apretándome el cuello, y una voz familiar habló.

—Vinimos aquí por ella y solo por ella. O nos dejan salir de aquí o ella muere.

El frío de su aliento y el tono profundo de su voz grave dejaba claro quién me había tomado como rehén.

«*Borys Maslen*».

Mi mirada instintivamente buscó la de Derek, y encontré en las azules profundidades de sus ojos una mezcla de furia y terror. El pánico me sobrecogió ante la idea de ser una vez más la cautiva de Borys Maslen. Solo con su tacto se me erizaba la piel de todo el cuerpo.

—¿Cómo...? —resopló Derek, tal vez preguntándose cómo demonios un vampiro, en este caso Borys Maslen, podía entrar en un submarino sin ser reconocido.

—¿Sorprendido, Novak? —sonrió Borys, soltando su aliento gélido detrás de mi oreja—. Desde que ayudaste a los cazadores a destruir El Oasis, hemos conseguido algo de apoyo exterior. El hechizo de una preciosa bruja nos mantuvo disfrazados de cazadores hasta que pudimos descubrirnos ante ti. Ahora permítenos partir con la joven Sofía y nadie saldrá herido. Si no nos dejas... Bueno, tendré que matarla.

Comenzó a arrastrarme hacia la salida que conducía al submarino, así que sentí un gran alivio al ver que el camino había sido bloqueado por varios de los guardias de La Sombra.

—¡No hay forma de que salgas de aquí con Sofía! —gritó Derek.

Por la mirada de sus ojos, no tuve ninguna duda en mi mente de que vería corazones arrancados.

—Así que ¿prefieres verla morir antes que dejarla marchar conmigo? —Borys surcó mi brazo desnudo con una de sus garras, y mi sangre empezó a gotear—. Y yo

que creía que la amabas.

—¿Qué quieres de ella?

—Quiero lo que es mío. —Me besó en la mejilla y las lágrimas rodaron por mi rostro mientras todos a mi alrededor nos contemplaban con impotencia—. Pero, para ser honesto, no soy el único que la quiere lejos de ti, Novak. Ahora te enfrentas a fuerzas mucho más poderosas.

Tragué con fuerza ante lo que estaba insinuando.

«*El primigenio*».

La desesperación que se había instalado en la cara de Derek me estaba destrozando. Sabía que lo estaba matando verme en manos de Borys, más ahora que el primigenio estaba implicado.

—Es mi hija. —Aiden dio un paso adelante—. Déjala ir. Si pertenece a alguien, me pertenece a mí.

El otro “cazador” encapuchado se echó a reír. No necesitaba saber quién era.

«*Ingrid*».

—¿Realmente creíste que tu cura funcionaría? —preguntó con una mueca—. No hay cura y, para que no lo olvides, también es mi hija.

—Esto se está volviendo agotador. —De nuevo Borys desgarró mi piel, tan profundamente que no pude reprimir el grito—. ¿Nos dejarás ir o no?

A pesar de la angustia que había en sus ojos, Derek sacudió la cabeza.

—No.

—¿Puedes detenerlo? —preguntó Aiden a Derek entre dientes.

—Solo tardaré un par de segundos en partírle el cuello a Sofía —explicó Borys, como para aclarar las cosas—. No puede arriesgarse. Te voy a dar tiempo para meditarlo, Novak. Te concederé una hora para dejarnos marchar a todos sanos y salvos. —Borys comenzó a retroceder hacia las celdas del Puerto, llevándose consigo a Ingrid y a los demás vampiros—. Hasta que te decidas, mi encantadora Sofía y yo pasaremos algo de tiempo en la intimidad, ¿eh? Piensa en lo que nos vamos a divertir en toda una hora...

Así, sin más, me vi encerrada en una habitación con Borys y cinco vampiros montando guardia al otro lado de la puerta.

—¿Qué quieres de mí? —le espeté después de que me arrojara al suelo.

—Muchas cosas, Sofía... —rió entre dientes—. Muchas cosas. Pero primero... —Se relamió los labios y desnudó sus colmillos. Como si lo que implicaba aquello no fuera suficientemente repulsivo, se quitó la camisa y se desabotonó los pantalones. Sabía lo que quería, pero no le iba a permitir tenerlo.

Apretando los dientes, sacudí la cabeza, decidida a luchar con cada gramo de mi fuerza.

«*No me convertirá en una víctima. Otra vez no. Por encima de mi cadáver*».

Derek

Caminé de un lado a otro en la sala de control del Puerto mientras trataba de averiguar qué hacer. Solo pensar en lo que Borys le estaba haciendo a Sofía era suficiente para volverme loco.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Aiden.

—¿Lo hiciste tú? —No me importaba que fuera su padre. Si había puesto a Sofía en peligro deliberadamente solo para llegar a mí, le rompería el cuello.

Aiden lo negó con la cabeza.

—No entiendo que pasó. Debieron encontrar una manera de interceptar mi comunicación con los cazadores. No tuve nada que ver con esto.

Lo miré con ojos entrecerrados mientras me aproximaba a él.

—¿Hay realmente una cura, Aiden? ¿Por qué Ingrid vuelve a ser vampira? —Contuve el deseo de estrangularlo.

El hombre se mantuvo de pie, orgulloso e indignado, poco dispuesto a dejarse intimidar ni siquiera por mí. Me miró directamente a los ojos.

—No hay cura, Derek. Nunca podrá haber una cura para una maldición como la tuya.

Lo golpeé en la cara y lo arrojé al suelo a varios metros de mí.

Tosió sangre.

—Yo solo quería lo mejor para Sofía. Tú no eres lo mejor para ella. Tenía que hacer todo lo posible para quitarle esta idea de la cura de la cabeza, para sacarte para siempre de su cuerpo.

—¿Tú quieres lo mejor para ella? —Señalé hacia la habitación donde estaba atrapada con Borys Maslen—. ¿Tienes la más ligera idea de lo que puede estar haciéndole ahora? ¿Tienes alguna idea de la clase de monstruo que es Borys Maslen?

—No sabía qué hacer. Podía derribar a todos los vampiros de Borys si quería, pero él no dudaría en matar a Sofía. Me mesé los cabellos mientras gritaba por la frustración.

—Necesitamos alejarla de Borys tanto como podamos —logré murmurar.

—Bueno, por una vez estamos de acuerdo en algo... —concedió Aiden.

Tenía ganas de estrangularlo.

—Esto es culpa tuya, ¿sabes? —Estaba a punto de abalanzarme de nuevo sobre él, pero una voz tranquila de mujer me detuvo.

—Cálmate, Derek. No llegaremos a ninguna parte culpándonos unos a otros.

Me giré hacia la voz y encontré a Vivienne de pie en la habitación.

—¿Qué estás haciendo aquí? Vivienne, si Borys Maslen te ve...

—Tuve una visión en la que sucedía esto. Me apresuré hacia aquí, pero me temo que es demasiado tarde. Ya la tiene.

—No sé qué hacer, Vivienne. Quiero matar a alguien... a cualquiera... —Por el raballo del ojo vi a Aiden poniéndose de pie. «*Sería un buen candidato para empezar*»—. Solo de pensar en lo que podría estar haciéndole...

Se oyó un fuerte golpe proveniente del interior de la celda y el corazón se me hundi6 mientras apretaba los puños.

Ingrid lleg6 por el pasillo y entr6 en la sala de control. Escudriñ6 a Aiden de la cabeza a los pies, y luego sonri6 triunfalmente.

—No pensarías que podías mantenerme prisionera en el territorio cazador para siempre, ¿verdad? Después de escapar encontré la forma de interceptar tus comunicaciones con Zinnia. No es precisamente la más lista de la clase, ¿a que no?, Bueno, de cualquier forma... Aquí estamos. Gané.

—¿Exactamente qué has ganado, Ingrid? —espetó Aiden—. ¿En verdad te produce placer ver a tu propia hija atormentada por ese monstruo?

—Deberías ver cómo se defiende. Está en muy malas condiciones.

A pesar de sus palabras, casi pude jurar que Ingrid dudaba, como si ella también se sintiera atormentada por el sufrimiento de Sofía. Incluso parecía orgullosa de que opusiera resistencia, algo que provocó que el corazón me diera un vuelco y se me hiciera un nudo en el est6mago al mismo tiempo.

Ingrid se gir6 hacia mí.

—Sofía luchará hasta su último aliento antes de permitir que Borys le ponga una mano encima. No estoy segura de que aguante siquiera una hora. ¿De verdad quieres alargar todo esto?

—De ninguna manera voy a permitir que Borys abandone la isla con ella.

—Borys está más que dispuesto a romper cada hueso de su cuerpo y forzarla a beber su sangre para que sane, y luego volver a empezar. Una hora es mucho tiempo, Derek. —Sus hombros se hundieron y era fácil ver que se debatía en un conflicto interior—. Déjanos marchar.

Entorné los ojos mirando a Ingrid y me pregunté si de verdad estaba rogando por el bien de Sofía.

—Conozco a Sofía. Preferiría morir antes que abandonar esta isla con Borys. Yo preferiría morir antes que entregársela a él, no después de lo que ya ha sufrido, no después de que me haya contado de lo que es capaz. —No pude evitar mirarla como si fuera estúpida—. ¿Piensas con un poco de cordura siquiera? ¿Cómo puedes dejar a tu propia hija en manos de alguien así?

—Estamos perdiendo el tiempo —interrumpió Aiden con los ojos brillantes a causa de las lágrimas—. Tenemos que impedir que destruya a Sofía. —Su voz sonaba ahogada, y esa fue la primera vez que tuve el convencimiento de que Sofía le importaba de verdad.

—Déjame hablar con él. —Vivienne dio un paso hacia adelante—. Hubo un tiempo en el que era a mí a quien deseaba. Tal vez podamos convencerlo de que me tome a mí en lugar de ella.

Mis ojos se abrieron con horror.

—¡Vivienne!

—¿Se te ocurre alguna otra forma de que aparte sus ojos de Sofía al menos por un momento? Tenemos que intentar algo...

Se oyó otro golpe en la habitación y me encontré conteniendo el impulso de irrumpir en la celda para matar a Borys yo mismo.

—¿Harías eso por mi hija? —Aiden miraba a Vivienne como si se tratara de alguna clase de milagro.

Ingrid, por otro lado, la estudió de la cabeza a los pies.

—¿Qué te hace pensar que Borys aún te desea cuando tiene a su inmune en sus manos?

—Borys desea a Sofía porque es inmune, ¿cierto? —Di un paso hacia adelante—. Tenemos a otra inmune en la isla. Si se la traemos, ¿consideraría la posibilidad de tomarla en lugar de Sofía?

Ingrid pareció sopesar la propuesta y asintió.

—Puedo preguntarle. Aun así... va a hacer que Sofía pase por un infierno hasta que venga esta otra “inmune”...

Una vez más Vivienne se impuso, muy a mi pesar.

—Déjame ir contigo... al menos puedo desviar su atención de ella por unos instantes.

Ingrid sonrió a mi hermana, pero se encogió de hombros.

—Si quieres... Aunque no creo que seas de mucha ayuda... Probablemente te saque a patadas de la habitación tan pronto como asomes la cabeza.

No entendía por qué Vivienne se estaba poniendo de nuevo en peligro por el bienestar de Sofía, pero se me habían acabado las ideas y estaba desesperado por ahorrar a Sofía el dolor que estaba sufriendo.

—Vivienne, ¿qué tienes pensado hacer? No eres ni de lejos tan fuerte como Borys.

—Lo importante es apartar su atención de Sofía. El hecho de que no sea una amenaza para él es una ventaja a mi favor.

Admiraba su valentía y, aun así, la idea de enviar a mi hermana a lo que podría ser su muerte no me gustaba nada.

«La acabo de recuperar y ahora tengo que mandarla con este monstruo».

Volví a mirar furioso a Ingrid.

—Es tu hija. ¿Cómo puedes...?

Ingrid puso los ojos en blanco.

—Por favor. No me lo recuerdes. Si estás intentando apelar a mi instinto maternal, confía en mí... No funcionará.

Aiden dio fe de aquello.

—Esa no es la madre de Sofía. Camilla está muerta.

Sabía que tenía que tomar una decisión rápida, porque justo en el momento que

las palabras salieron de la boca de Aiden, Sofía soltó un grito desgarrador.

Un escalofrío me recorrió la espalda, desde la base de la columna hasta la nuca. Hice un gesto a Vivienne y solté:

—¡Vete! ¡Ahora!

No me importó lo que tuviera que hacer ese día. No iba a perder a Sofía.

Pasara lo que pasara, Borys Maslen no abandonaría La Sombra vivo.

«*Lo voy a hacer trizas*».

E iba a disfrutar de cada instante.

Sofía

«*Va a matarme*».

Cuando el dorso de su mano golpeó mi rostro, me sorprendió que no se me partiera el cuello. La cabeza me daba vueltas por el dolor que atormentaba mi cuerpo. Tenía al menos una costilla rota, y las partes de mi cuerpo en las que había clavado sus garras me hacían gritar de dolor. Empecé a toser sangre, y el líquido rojo encendió una chispa de placer en sus brillantes ojos.

—¿Por qué luchas contra mí, Sofía? ¿Por qué te resistes? —preguntó mientras yo me escabullía, refugiándome contra una pared. Mojó su dedo en la sangre del suelo y lo lamió. Cerró los ojos—. No hay nada como ella. ¿Qué es lo que hace que tu sangre sea tan deliciosamente dulce?

Quería fulminarlo con la mirada, pero uno de mis ojos estaba ya cerrado por la hinchazón. Estaba intentando averiguar una forma de sacar la estaca de madera que tenía atada al muslo sin que Borys se diera cuenta.

«*A lo mejor lo estoy haciendo mal. Tal vez debería jugar a su juego y fingir desearlo para poder apuñalarlo en el corazón mientras me usa*».

Hice una mueca. La sola idea de tener sus manos sobre mi cuerpo me repugnaba.

—¿No estás cansada, Sofía? —Ladeó la cabeza mientras una sonrisa de satisfacción aparecía en su rostro.

«*Exhausta*».

Le devolví la sonrisa.

—La repugnancia que siento mirándote basta para darme toda la energía que necesito. Solo verte hace que se me erice la piel del asco.

Su cuerpo fornido y musculoso se tensó. Mis palabras habían tocado una fibra sensible.

—Retira eso —gruñó.

Si seguía irritándolo con mis insultos me haría más daño, pero en mi interior también esperaba que de alguna manera le provocara rechazo saber lo mucho que lo odiaba.

—Es cierto. ¿Alguna vez has tenido una mujer que realmente quisiera estar contigo? ¿No es eso por lo que tienes que hacerlo? ¿Forzarnos? No soy tuya, Borys. Jamás podré disfrutar de tu tacto de la forma que disfruto con Derek. No eres ni la cuarta parte de hombre que él. Por eso lo envidias tanto.

Me agarró por los hombros y tuve que gritar cuando me lanzó a través de la habitación contra una pared. Me estrellé en el suelo con un ruido sordo y, antes de que pudiera hacer un solo movimiento, ya estaba encima de mí, metiendo su camiseta rota por mi garganta hasta que empecé a sentir arcadas.

—Tienes que aprender a cerrar la boca, Sofía, mascota mía. Di esas estupideces otra vez y te cortaré la lengua... Y te curaré... Y luego te la cortaré otra vez. — Presionó una mano sobre una de mis costillas rotas, haciéndome gritar a través de su camiseta—. Podríamos terminar con esto, Sofía. Solo tienes que colaborar. Dame placer...

No podía odiar a nadie más de lo que lo odiaba a él en aquel momento. En comparación, incluso Lucas, quien me había administrado su propia ración de cruel tormento, parecía un caballero. Arañé a Borys con las fuerzas que me quedaban, pero él se limitó a arrodillarse sobre mí y reír mientras aferraba mis muñecas y me las sujetaba por encima de la cabeza. Utilizó su peso para sujetarme las piernas mientras usaba su mano libre para empezar a desabotonar mi blusa.

Desnudó sus colmillos, listo para beber de mi cuello expuesto, forzando mi cabeza hacia un lado para permitirle acceder mejor. Cerré los ojos intentando escapar. Cuando escuché un golpe en la puerta, no estaba segura de si había sido mi imaginación.

—¿Ya ha transcurrido una hora? —Volvió la cabeza hacia la puerta con una mirada fría antes de retornar su atención hacia mí. Para mi alivio, pareció que había perdido el interés en beber mi sangre, pero se centró en manosear mi cuerpo.

Cuando se oyó otra serie de golpes en la puerta, ni siquiera me molesté en contener el impulso de suspirar con verdadero alivio.

«*Por favor... Por piedad, no dejen de llamar*».

Al darse cuenta del alivio que sentí, Borys decidió hacerme pagar su frustración por la interrupción agarrando mechones de mi cabello. Al hacerlo, me soltó las muñecas y yo lo arañé y golpeé.

Enfadado, me forzó a colocar los brazos a los lados antes de rodearme con uno de sus fuertes brazos para mantenerme quieta mientras se levantaba y besaba mi cuello y la línea de mi mandíbula con total libertad. Caminó hacia la puerta sujetándome en sus brazos.

Me armé de valor para no derramar más lágrimas. No quería llorar más, pero tampoco me quedaban fuerzas para luchar, así que mi cuerpo exhausto colgaba inerte de su brazo. Esperaba que quien estuviera tras esa puerta me proporcionara un alivio momentáneo.

Borys abrió finalmente la puerta.

Solo me di cuenta del aspecto tan horrible que tenía cuando Ingrid, a quien le importaba un bledo lo que me pasara, ahogó un grito.

—¿Qué le has hecho? ¿Estás intentando matarla?

Borys apartó su boca de mi mejilla.

—Ella es la que está intentando matarse con toda la resistencia que está mostrando. No parece que la pequeña descarada pueda meterse en la cabeza que es mía.

—Para que no se te olvide, ella es la única ventaja que tienes contra Derek

Novak. Si la destruyes, no abandonarás esta isla vivo.

Borys se burló.

—Solo un trago de mi sangre la curará.

—Deja que beba la mía.

Me quedé anonadada al oír la voz familiar.

«*Vivienne*».

Entró en la habitación justo detrás de Ingrid.

—¿Qué hace *ella* aquí? —escupió Borys, aunque todos nos dimos cuenta de que había aflojado sus manos mientras estudiaba minuciosamente a Vivienne de pies a cabeza. No había duda que todavía deseaba a Vivienne después de todos esos años.

—Un regalo de Derek Novak. —Ingrid se encogió de hombros.

—Haré cualquier cosa que quieras que haga. —Vivienne parecía tener la suficiente confianza, pero su voz se quebró cuando pronunció esas palabras—. Pero deja de atormentar a Sofía.

Borys sonrió con una mueca mientras me envolvía con ambos brazos, estrujando mis costillas rotas contra su firme pecho.

—¿Lo oyes, Sofía? Tu amante está tan enamorado de ti que está dispuesto a convertir a su propia hermana en una puta solo para rescatarte.

«*Te odio*».

Con toda la resistencia que aún quedaba en mí, escupí en su rostro. Enfurecido, me arrojó al suelo. Vivienne se apresuró a mi lado.

—Sofía, tu aspecto es horroroso —murmuró en voz baja. Se mordió la muñeca y me hizo beber su sangre.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Borys agarró un mechón de cabello de Vivienne.

—Curarla. Si no lo hago, morirá. ¿No ves cuánto la has roto? —contestó Vivienne apretando los dientes—. Apenas puedo ver el rastro de su tez original. Está negra, morada y azul.

—Le está bien empleado por no ceder ante mí. —Borys se alejó de nosotras y se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras miraba cómo Vivienne me alimentaba con más sangre.

Aquel respiro momentáneo fue exactamente lo que necesitaba, y mis ojos se encontraron con los de Vivienne. Su mirada azul violeta se clavó en la mía con simpatía y compasión. Ella era la única persona que conocía que ya había estado en las crueles manos de Borys, por eso me sorprendió tanto cuando me dijo:

—Simplemente ríndete a él, Sofía. Déjale que haga lo que quiera. No tiene sentido defenderse. Si no cedes, solo conseguirás que te haga más daño.

La miré con horror.

«*Ella tiene que saber cuánto me asquea que me toque, cuánto me repugna cuando siento sus ojos en mí. ¿Cómo es posible que me pida eso?*».

Sus propios recuerdos, los que había compartido conmigo tiempo atrás, inundaron

mi mente. Cómo se había defendido con todas sus fuerzas hasta que su mente se rompió. Habían pasado años antes de que pudiera recuperarse.

—De eso precisamente estoy hablando. —Borys acogió sus palabras con deleite—. Deberías escuchar a Vivienne, Sofía. Ella lo sabe. Si Derek no me la hubiera robado, Vivienne y yo nos habríamos llevado bien incluso hasta este mismo momento. ¿Acaso no es verdad, Vivienne?

Vivienne no respondió. Me revisó y pareció satisfecha con que estuviera curándome. Podía ver el pavor en sus ojos, y tragué saliva al pensar en lo que planeaba hacer. Se levantó y se enfrentó a Borys.

Finalmente me di cuenta de lo que estaba intentando. Estaba usándose a sí misma como cebo. Me destrozó el corazón ver el sacrificio que estaba haciendo por mí.

Vivienne se acercó lentamente a Borys, tomándose su tiempo. Atrapado en su hechizo, él se quedó quieto, devorándola con los ojos. No pude evitar despreciarlo por lo encantado que parecía. Estaba segura de que ninguna mujer le había prestado jamás tanta atención como la que Vivienne le estaba dedicando en ese momento.

Vivienne le acarició el rostro y el cabello. Luego presionó los labios contra su mandíbula. Un suspiro de placer escapó de la boca de Borys. El deleite que sentía aquel vampiro con la humillación de Vivienne me produjo ganas de vomitar.

La agarró por la cintura y empujó su cuerpo contra el suyo, antes de girarse para que la espalda de Vivienne estuviera contra la pared. Ahora que tenía una víctima dócil, parecía complacido con la idea de que Vivienne le dejara hacer todo lo que quisiera.

Me levanté con los ojos fijos en Vivienne. Me miró directamente, incluso mientras Borys empezaba a desgarrar el cuello de su blusa y a besar su clavícula.

«¿A qué estoy esperando? Esta es mi oportunidad».

Alcancé la estaca de madera de mi muslo y la saqué. Los ojos de Vivienne se abrieron de par en par y levantó una mano, haciendo un gesto para que esperara.

Para mi sorpresa, empezó a deslizar las manos por su torso desnudo y tiró ligeramente de sus pantalones para bajarlos.

«¿Qué está haciendo?».

—Borys es bueno con los que son buenos con él ¿a que sí? —dijo Vivienne, y Borys asintió con un gemido mientras agarraba sus caderas y la levantaba aún más contra la pared, soportando el peso de Vivienne con su propio cuerpo—. Deja que enseñe a Sofía cómo complacerte. Te gustará cuando aprenda.

Borys dudó. Temí que se girara y viera la estaca de madera en mi mano, así que la escondí detrás de la espalda mientras me acercaba a ellos. Pero Vivienne continuó engatusándolo.

—Nos tendrás a las dos. ¿No es eso lo que quieres?

Aquello me ponía enferma y aceleré mis pasos hacia él. Estaba a unos treinta centímetros de distancia cuando Vivienne volvió a hablar.

—Bájame, Borys... —pidió suavemente después de besarlo.

Su cabeza probablemente todavía estaba disfrutando del beso, porque la depositó en el suelo. Vivienne continuó besándolo.

—Date la vuelta, cariño... Sofía está justo detrás de ti y voy a enseñarle cómo se hace para que no te enfades tanto con ella todo el tiempo.

Tal vez esperaba mis besos, algo que parecía evidente por la expresión de euforia de su rostro cuando se giró para mirarme a la cara.

Para cuando vio la estaca, ya la había clavado profundamente en su corazón.

Se tambaleó, y entonces Vivienne sostuvo su mandíbula desde atrás, y rápidamente le partió el cuello.

Y así, vimos al gran Borys Maslen caer al suelo, muerto.

No podía creer lo que veían mis ojos. Lo habíamos logrado. Vivienne y yo habíamos derrotado a Borys Maslen.

Sin embargo, por mucho alivio que sintiera, también había dolor en mi corazón.

«Esto es lo que se siente al terminar con la vida de otro».

Abrumada, hice lo único que podía hacer. Estallé en lágrimas, al igual que Vivienne.

No sabía exactamente qué había causado sus lágrimas, pero quería creer que llorábamos por lo mismo. Llorábamos por tantas vidas perdidas, por tantas almas rotas, y por las muchas que se perderían y romperían en los días venideros.

Derek

El silencio era peor que los golpes y los gritos. Dejaba demasiado a la imaginación para que mi mente elaborara horribles imágenes de lo que Borys le estaba haciendo a Sofía.

«Y ahora Vivienne también está a su merced».

—Llevan en silencio demasiado tiempo. ¿Qué está ocurriendo ahí dentro? No lo soporto más. —Me encaminé hacia la habitación.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Aiden hizo ademán de detenerme—. Ese monstruo podría matar a Sofía.

—¿Oyes el silencio, Aiden? ¡Tal vez ya esté muerta! —Me atraganté con las palabras—. Vamos a entrar.

A diferencia de Aiden, los vampiros me conocían lo suficiente para no protestar, así que se limitaron a asentir y comenzaron a caminar hacia el corredor que conducía a la habitación. El corredor estaba custodiado por los esbirros de Borys.

—¿A dónde crees que vas? —Ingrid se interpuso en mi camino.

—Sabes con certeza que puedo destruirte, Ingrid —gruñí—. Dado que dejaste muy claro lo indiferente que te resulta Sofía, no creo que a ella tampoco le importe que te mate, así que aparta de mi camino.

—Borys matará a mi hija en cuanto cruces esa puerta.

—¿Tu hija? —dije entre dientes—. Hablas como si te importara lo que le suceda.

—No te precipites —advirtió Ingrid.

—Déjame hablar con él...

Se lo pensó unos instantes y observó a los vampiros que estaban detrás de mí. Asintió y me hizo un gesto para que la siguiera.

Mientras caminábamos dejando atrás a los demás vampiros, no pude evitar la sensación de que algo iba mal. Casi parecía que me contemplaban con admiración. Una en concreto me llamó la atención. Tendría que estar ciego para no notar lo hermosa que era. Nuestros ojos se encontraron, y supe sin duda que ella también se sentía atraída por mí.

Tragué con fuerza, culpable de mirar a otra mujer, una enemiga de hecho, mientras Sofía probablemente estuviera pasando por un infierno.

«¿Pero qué te pasa, Novak?».

Seguí a Ingrid a la habitación y tropecé con ella cuando se paró de golpe. Me detuve a su lado, boquiabierto. El cadáver de Borys yacía en el suelo, y una Sofía destrozada y llena de moretones sollozaba a su lado. Vivienne estaba sentada a medio metro de ella y parecía muy angustiada.

No entendía lo que estaba ocurriendo. Aquella situación me causó una mezcla de

conmoción, alegría y confusión.

Antes de que Ingrid, paralizada por la sorpresa, se recuperara, me apresuré hacia Sofía para asegurarme de que estaba a salvo.

—¡Háganlos prisioneros a todos ahora mismo! ¡Mátenlos si es preciso!

El caos estalló en el exterior de la habitación. Ingrid se arrojó al cuerpo de Borys, temblando con atormentados sollozos. Yo abracé a Sofía, incapaz de soportar la visión de las magulladuras que tenía por todo el cuerpo y que comenzaban a sanar lentamente.

—¿Estás bien? —susurré a su oído, abrazándola con más fuerza y sintiéndola temblar contra mi pecho.

Asintió en mi hombro.

—Lo lograste, Sofía. No sé cómo, pero acabaste con Borys Maslen.

—Puede que te necesiten ahí afuera... —susurró con voz ronca.

Sabía que tenía razón, así que me aparté de ella. Dirigí mi atención hacia Vivienne.

—Vigila a Ingrid. Mantenla alejada de Sofía. —Satisfecho, salí de la habitación y me encontré a los demás vampiros muertos. Todos excepto uno, la hermosa morena que había llamado mi atención unos momentos antes cuando pasé a su lado...

Me miró con ojos llameantes, esta vez de ira.

—No tienes ni idea de lo que has hecho. —Sacudió la cabeza desafiante, e incluso hizo intención de atacarme. Xavier y Sam la sujetaban.

Entrecerré los ojos. Supe por instinto que podría haberse soltado fácilmente si hubiera querido.

—¿Quién eres? —pregunté.

—No lo recuerdas, ¿verdad?

—¿Recordar qué?

—Emilia. Soy Emilia. Hoy has cometido un enorme error, Derek, pero no te preocupes... Volverás a lo de siempre en poco tiempo. Pero ahora, te lo advierto. Él no se detendrá hasta que sea suya.

—¿Él? ¿Quién es él? —Apreté los dientes—. Ni siquiera me importa. Dile que nunca se apoderará de Sofía. Declararé la guerra a cualquiera que la amenace.

—Te voy a perdonar este momentáneo lapso de cordura, Derek. No entiendo cómo, de todos los vampiros, caíste tú en su hechizo, pero saldrás de él con el tiempo. —Me miró con una mirada seductora y persistente—. No actúes como si no supieras de lo que te estoy hablando. Sentiste la atracción de inmediato, ¿no es así? Sentiste lo mismo que yo.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —mentí, tragándome la culpabilidad—. Estás delirando.

Ella se echó a reír.

—Tu lugar no es con ella, Derek Novak. Tu lugar es conmigo.

Me erguí cuán alto era.

—Ni siquiera sé quién eres.

—Por supuesto que lo sabes —sonrió—. Soy una hija de la oscuridad, tan seguro como que tú eres su hijo.

—¿Su hijo?

—Del primigenio. Te quería para mí.

Antes de que pudiera asimilar sus palabras, se desvaneció ante mis ojos.

Mis rodillas cedieron bajo mi peso. Daba igual lo mucho que intentara negarlo, Emilia tenía algo que me atraía hacia ella. Como si estuviéramos conectados de algún modo...

—¿Derek?

Sofía estaba junto a la puerta. Me pregunté si había oído lo que Emilia acababa de decir.

—Sofía... —las palabras salieron en un susurro.

—¿Quién era esa? —preguntó—. ¿Cómo es posible? Acaba de... desaparecer.

No sabía cómo responder.

—No lo sé. No la había visto nunca. —Sofía se acercó a mí y la atraje contra mi cuerpo, convencido de que la amaba profundamente y que ni siquiera mi atracción por otra mujer podía perturbar ese amor. Aun así, mi atracción por Emilia estaba matándome y no entendía por qué.

—¿Qué acaba de ocurrir? Nadie desaparece así... —preguntó Xavier.

—Si es quien dice ser, entonces estamos en guerra contra una fuerza mucho mayor que los aquelarres de vampiros o los cazadores —dijo Vivienne, saliendo de la habitación.

Asentí.

—Necesitamos prepararnos para la guerra.

—No tendremos que hacerlo si la cura funciona —dijo Sofía.

Ante eso, no pude evitar burlarme mientras todos se giraban hacia Aiden, quien, con los ojos bajos, tuvo que decirle a su propia hija que había estado jugando con ella todo el tiempo.

Odié la forma en que le rompió el corazón a Sofía cuando admitió:

—No hay cura.

Sofía

Me acurruqué cerca de Derek en el sofá de la sala octogonal situada en la parte más alta del Faro. Todas las velas de la sala estaban encendidas y el silencio nos rodeaba.

Me preguntaba cómo era posible que Derek y yo tuviéramos esos padres tan disfuncionales. Los míos eran ahora prisioneros de La Sombra y, por mucho que quisiera a Aiden, no lograba sentir ninguna simpatía hacia él.

Derek comenzó a acariciarme el omóplato mientras presionaba sus labios contra mi sien.

—¿Qué tienes en la cabeza, Sofía?

—Mi padre —respondí—. Mi madre loca... Nosotros...

—¿Nosotros?

Me senté y me di la vuelta para estar cara a cara, arrodillándome en el sofá para poder mirarlo directamente a su apuesto rostro.

—¿Todavía quieres casarte conmigo? —Mi voz se quebró cuando brotó la pregunta. Toqué el colgante de diamante que me había regalado por mi cumpleaños.

Sus ojos azules se suavizaron.

—Por supuesto que sí, Sofía. Sabes que sí.

—Eres inmortal.

Esperé a que me ofreciera su habitual reafirmación confiada. Esperaba que me dijera que valía la pena luchar por lo que teníamos y que tenía que haber una manera. En lugar de eso, todo lo que obtuve fue el silencio.

«Tal vez la realidad esté haciendo mella en él por fin. No hay forma de que podamos estar juntos».

Pensar que Aiden había jugado conmigo, que me había usado para llegar hasta Derek, me hacía añicos el corazón, pero no quería llorar por ello. Más que nada, sentía rabia hacia mi padre por hacerme eso.

—Derek por favor, di algo...

—No sé qué decir, Sofía.

—¿Así que eso es todo? ¿Realmente no podemos estar juntos?

La ira desfiguró los rasgos de su rostro.

—¿Qué? Sofía, ¿qué estás diciendo? —Acunó mis mejillas con ambas manos—. Estás diciendo tonterías. Nos pertenecemos el uno al otro.

Sabía que lo que decía era verdad, pero era fácil ceder a la desesperación.

—¿Y cómo va a funcionar, Derek?

Sus ojos se oscurecieron. Me preguntaba qué estaría cruzando por su mente. Deseé poder leer sus pensamientos.

Después de un largo silencio, empecé a sacudir la cabeza.

—Tiene que haber una cura. —Me negaba a aceptar que esa posibilidad ya no existiera.

—No puedes curar una maldición, Sofía. No es una enfermedad.

—¿Y por qué no puede existir, Derek? ¿Se supone que yo debería ser un vampiro! Y, sin embargo, aquí estoy... ¿Puede haber alguien inmune a una maldición?

Derek hizo una pausa antes de encogerse de hombros.

—No lo sé.

—Digamos que no hay cura. ¿Qué es entonces el verdadero santuario? ¿Qué va a ocurrir a partir de ahora, Derek? No solo con nosotros... Quiero decir con la isla... Con todo.

—No me preguntes qué es el verdadero santuario, Sofía. He luchado por conseguirlo durante todo un siglo, prácticamente he dado mi alma por él. Pensé que ya tenía un santuario después de establecer La Sombra, solo para averiguar que no... sencillamente no entiendo la profecía. Lo que sí sé es que se está gestando una guerra. Eso es lo que va a suceder.

—¿Así que eso es todo? ¿Más derramamiento de sangre?

—¿Realmente pensabas que había otra posibilidad?

—No creo que esta sea la manera.

—Bueno, es la única forma, a no ser que encuentres esa cura. —Me agarró por los hombros—. Espero que sepas lo mucho que deseo que sea verdad, Sofía. Quiero esa cura más que nadie, pero hasta que la encontremos, necesito que estés conmigo sin importar lo que nos espere. Te necesito a mi lado.

Me incliné y lo besé. Con dulzura. Con calma. Tranquilizándolo. Susurré a su oído.

—Estoy contigo, Derek. Estoy aquí contigo.

—¿Siempre?

—Mientras me quede aliento.

Vivienne

«*Estaba en medio de un campo de batalla. Había gritos escalofriantes y sangre de humanos y vampiros chorreando por todo el lugar... No hubo vencedores, tan solo víctimas, la mayoría inocentes.*

De repente, el campo de batalla fue absorbido por un vórtice oscuro y me encontré en medio de un gran salón. Cubriendo las paredes había grandes retratos que honraban a los caídos. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando reconocí algunos de los rostros de los cuadros. Los Hudson, la familia que había acogido a Sofía en cuando Aiden la abandonó. Los Hendry, los descendientes de Cameron y Liana. Adultos y niños por igual... Todos perdidos.

La cabeza aún me daba vueltas cuando fui arrastrada una vez más a otra escena, una de las más dolorosas y angustiosas que había presenciado jamás.

Derek Novak estaba siendo forzado a recibir los crueles rayos del sol, gritando de dolor mientras se quemaba hasta morir... Sofía lo contemplaba de pie en un segundo plano, impotente mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Sus ojos se encontraron con los míos y, cuando nuestras miradas se cruzaron, todo se desvaneció».

Salí de la visión, parpadeando varias veces antes de recobrar el control total de mis facultades mentales. Un pensamiento me daba vueltas en la cabeza mientras comenzaba a temblar ante los horrores que acababa de presenciar.

«*Si queremos sobrevivir, debemos encontrar la cura*».